

RAY BRADBURY
Referente

ISAAC ASIMOV
El rayo fatídico

CLIFFORD D. SIMAK
Una muerte en la casa

CORDWAINER SMITH
La dama muerta de Clown Town

KATE WILHELM
Los programadores
(Premio Nebula)

DAMON KNIGHT
Cómo servirlo al hombre

FRITZ LEIBER
El hombre que nunca llegaba a joven

ROBERT SILVERBERG
La danza del sol



EDICIONES ORIÓN

la revista de **CIENCIA FICCIÓN** y fantasía / I

bradbury · asimov · leiber
simak · knight · wilhelm
silverberg · smith



la revista de CIENCIA FICCIÓN y fantasía

Número 1

Octubre 1976

La Dama muerta de Clown Town	CORDWAINER SMITH	2
Algunas notas sobre "La Dama muerta de Clown Town"	PABLO CAPANNA	75
Una muerte en casa	CLIFFORD D. SIMAK	79
Los programadores	KATE WILHELM	96
Referente	RAY BRADBURY	112
El rayo fatídico	ISAAC ASIMOV	120
Cómo servirlo al hombre	DAMON KNIGHT	131
El lugar llano	JOSÉ PEDRO DÍAZ	138
El hombre que nunca llegaba a joven	FRITZ LEIBER	140
La danza del sol	ROBERT SILVERBERG	147

Cubierta de María Cristina Brusca

La revista de ciencia ficción y fantasía es una publicación mensual de Ediciones Orión, Guatemala 4745, 1425 Buenos Aires, Argentina. / Editor-director: Martín Renaud. / Selección y preparación de textos: Marcial Souto. / Impreso en la Argentina. / Printed in Argentina. / Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723. / © 1976, Ediciones Orión. / Se terminó de imprimir en octubre de 1976 en los Talleres Gráficos Zlotoploro S.A.C.I.F., Sarmiento 3149, Buenos Aires.



EDICIONES ORION

Correo
Argentino
Central (B)

FRANQUEO A PAGAR
Concesión N° 1316

TARIFA REDUCIDA
Concesión N° 773

Desde 1950 hasta su muerte, Paul M. A. Linebarger (1913-1966) publicó unos treinta relatos firmados con el seudónimo "Cordwainer Smith". Linebarger, hijo del asesor legal de Sun Yat-sen, estudió en cinco países y fue profesor en las universidades de Harvard, Duke y Johns Hopkins. Durante la Segunda Guerra Mundial ingresó en el ejército norteamericano, donde alcanzó el grado de coronel, y se especializó en guerra psicológica (su libro *Psychological Warfare* es todavía el texto clásico sobre el tema). "Cordwainer Smith —declaró una vez— es precervantino: sus relatos son como ciclos de leyendas medievales, sin el principio, nudo y desenlace aristotélicos de la tragedia clásica, una estructura trasladada luego a la novela moderna, que Cervantes inició. Son, antes que historia futura, ciclos legendarios del futuro, coherentes y relacionados entre sí en el plano legendario y no en el historiográfico. No son el desarrollo de algún concepto de la existencia social, como ocurre en la principal corriente de la ciencia ficción social, sino evocaciones de las respuestas emocionales e imaginativas de la gente frente a situaciones y relaciones sociales extrañas." La Dama muerta de Clown Town, un clásico del género, es la historia de una Juana de Arco del futuro, que inicia una cruzada para dignificar a un subpueblo de animales a los que la ciencia ha dado apariencia humana.

LA DAMA MUERTA DE CLOWN TOWN

Cordwainer Smith

1

VOSOTROS YA CONOCÉIS EL FINAL: el inmenso drama del Señor Jestocost, séptimo de su estirpe, y cómo G'mell, la muchacha-gata, inició la vasta conspiración. Mas no conocéis el principio, cómo recibió su nombre el primer Señor

Jestocost, a causa del terror y la inspiración que su madre, la Dama Goroke, obtuvo del famoso drama de la vida real de la niña perra P'juana. Es todavía más improbable que conozcáis la otra historia, la que hay detrás de la de P'juana, la historia que se suele narrar como el caso de la "bruja

Copyright © 1964 by Galaxy Publishing Corporation for Galaxy Magazine. Copyright 1965 by Cordwainer Smith. Reprinted by arrangement with the Scott Meredith Literary Agency, Inc., 845 Third Avenue, New York, N. Y. 10022, to whom all inquiries should be addressed.

mucha importancia ya que la máquina corregía invariablemente sus propios errores, estuviese o no de guardia el monitor.

Al no obtener respuesta a su llamado inicial, pasó a la segunda fase de alarma. Por un altoparlante instalado en la pared de la sala, una voz humana aguda y clara, la voz de algún empleado muerto miles de años antes, chilló:

—¡Alerta, alerta! ¡Emergencia! ¡Corrección necesaria! ¡Corección necesaria!

La respuesta fue en verdad insólita. Aunque vieja, la máquina nunca había oído nada semejante. Los dedos del músico tañían, veloces y alegres, las cuerdas del instrumento, y su voz clara, fogosa, entonaba un mensaje inverosímil para el entendimiento de cualquier máquina:

¡Repica, repica el Gran Bambú!
¡Repica, repica, repica el Gran Bambú por mí...!

Al instante la máquina puso a trabajar sus bancos de memoria y sus computadoras, en busca del código de referencia de la palabra bambú, para tratar de insertarla en su contexto real. No había referencia alguna. Una vez más la máquina volvió a importunar al hombre.

—Instrucciones equívocas. Instrucciones equívocas. Favor corregir.

—Cállate —le dijo el hombre.

—Imposible cumplir —articuló la máquina—. Favor enunciar

y repetir, favor enunciar y repetir, favor enunciar y repetir.

—¡Cállate de una vez! —dijo el hombre, aunque sabía que la máquina no le iba a obedecer. Sin pensar, pasó a su segunda canción, entonando dos veces consecutivas los dos primeros versos:

¡Elena, Elena,
ve y cura la pena!
¡Elena, Elena,
ve y cura la pena!

La repetición había sido introducida en la máquina a modo de salvaguardia, en la suposición que ningún hombre verdadero repetiría un error. El nombre "Elena" no correspondía a un código numérico correcto, pero el énfasis cuádruple parecía confirmar la orden de un "terapeuta lego, sexo femenino". La propia máquina registró que un hombre verdadero había corregido la tarjeta de situación y que ésta era presentada como un asunto de emergencia.

—Aceptado —dijo la máquina.

Esta palabra, demasiado tarde, despertó de su éxtasis musical al monitor.

—¿Aceptado qué? —preguntó.

Ninguna voz le respondió. Fuera del murmullo del aire caliente y ligeramente húmedo que pasaba por los ventiladores, no hubo sonido alguno.

El supervisor se asomó a la ventana. Alcanzó a divisar un trocito del color rojo sangre negra de la Plaza de la Paz de An-fang; a lo lejos, infinitamente bello e infi-

nitamente tedioso, se extendía el océano.

El monitor suspiró esperanza-do. Era joven. "Me imagino que no tiene importancia", pensó, volviendo a su guitarra.

(Treinta y siete años más tarde descubrió que tenía importancia. La propia Dama Goroke, uno de los jefes de la Instrumentalidad mandó a un subje-fe de la Instrumentalidad a investigar quién había motivado a P'juana. Cuando el hombre descubrió que la instigadora de los disturbios había sido la bruja Elena, le encomendó averiguar cómo se había introducido Elena en un universo perfectamente ordenado. Se buscó al monitor. Seguía siendo músico. No recordaba lo sucedido. Fue hipnotizado. Tampoco así recordó nada. El subje-fe invocó una emergencia y se le administró al músico la Droga Policial Cuatro —"aclara memoria"—. Al instante recordó toda la absurda escena, pero insistió en que no tenía importancia. Se sometió el caso a la Dama Goroke, quien dio instrucciones a las autoridades de que se narrase al músico toda la horrible y bella historia de P'juana en Fomalhaut —la historia que os es narrada ahora— y el hombre lloró. Ningún otro castigo le fue infligido, pero la Dama Goroke ordenó que esos recuerdos permaneciesen en su memoria durante todo el resto de su vida.)

El hombre volvió a su guitarra, pero la máquina continuó con su trabajo.

Seleccionó un embrión humano fertilizado, lo rotuló con el extravagante nombre de "Elena", irradió en el código genético fuertes aptitudes para la brujería y marcó la tarjeta personal para "instrucción en medicina, transporte por nave de vela a Fomalhaut III y licencia para prestar servicios en el planeta".

Sin un oficio con el cual pudiese socorrer o dañar a ningún ser humano existente, indeseada, innecesaria, así nació Elena. Entró en la vida sin una meta, condenada a un triste destino.

Lo raro no fue que naciera por error. Errores suele haber. Lo raro fue el hecho de que lograra sobrevivir sin ser modificada, corregida o asesinada por los dispositivos de seguridad que la especie humana ha instalado en la sociedad para su propia protección.

Indeseada, nacida en vano, erró a lo largo de los tediosos meses, los años inútiles de su propio existir. Siempre bien alimentada, ricamente vestida, habitó en variados lugares. Tenía máquinas y robots a su servicio, subpersonas que la obedecían, personas que la protegían las unas de las otras y también de ella misma, si llegaba el caso. Pero jamás conseguía trabajo, y al no tener trabajo, no le quedaba tiempo para el amor; y al no tener ni trabajo ni amor, no tenía ninguna esperanza.

Si al menos hubiese tropezado con los expertos adecuados o las

autoridades competentes, ellos la habrían alterado o reeducado. De ese modo hubiera podido convertirse en una mujer aceptable; pero ella no encontró a la policía, ni la policía la encontró a ella. Estaba incapacitada, absolutamente incapacitada para corregir su propio programa. Le había sido impuesto en An-fang, en la remota An-fang donde comienzan todas las cosas.

El rubí había temblado, falló la turmalina y el diamante pasó inadvertido. Así nació una mujer condenada a un triste destino.

2

Mucho después, en los tiempos en que la gente inventaba canciones acerca del extraño caso de la niña perra P'juana, los trovadores y juglares trataron de imaginar cómo debió de sentirse Elena, y compusieron para ella *La canción de Elena*. No es auténtica, pero muestra cómo Elena se veía a sí misma antes de que el extraño caso de P'juana empezara a fluir de los actos de la propia Elena:

Las mujeres me odian a mí.
Los hombres no me tocan a mí.
Yo soy demasiado yo.
¡Bruja, bruja seré yo!

Mi mamá nunca me mimó a mí.
Papito nunca me regañó a mí.
Los niños chicos me sacan de quicio
[a mí,
¡Bruja, bruja seré yo!

La gente nunca me nombró a mí.
Los perros nunca me mearon a mí.
¡Oh, es que soy tan yo!
¡Bruja, bruja seré yo!

Haré que todos huyan de mí.
Ellos nunca me echarán a mí.
¿Podrían acaso asustarme a mí?
¡Bruja, bruja seré yo!

Que vengan todos a atacarme a mí.
Sólo lograrán vejarme a mí.
Yo, ah, soy capaz de descuartizarme
[a mí.
¡Bruja, bruja seré yo!

Las mujeres me odian a mí.
Los hombres no me tocan a mí.
Yo soy demasiado yo.
¡Bruja, bruja seré yo!

La balada exagera la situación. Las mujeres no la aborrecían a Elena; no se molestaban en mirarla. Los hombres no rehuían a Elena; tampoco ellos se fijaban en ella. No había en Fomalhaut III lugares donde ella hubiera podido conocer niños humanos ya que a causa de las inclemencias del tiempo y el peligro de las radiaciones imprevistas los hogares infantiles se hallaban en profundos subterráneos. La canción da a entender que Elena empezó por pensar que ella no era humana, que pertenecía al subpueblo y era en verdad de raza canina. Esto no sucedió al principio sino muy al final de la historia, cuando el caso de P'juana circulaba ya entre las estrellas, magnificado por todas las distorsiones del folklore y la leyenda. Elena nunca se volvió loca.

(La "locura" es una rara condición; la de una psiquis humana

que no se conecta correctamente con su medio. Elena estuvo a un paso de la locura antes de encontrar a P'juana. Privada de toda posibilidad de crecer, su vida se había replegado sobre sí misma y su mente se había enroscado en la espiral de la única seguridad que realmente podía conocer, la psicosis. La locura es siempre mejor que X, y X, para cada paciente, es una cosa individual, personal, secreta y abrumadoramente importante. Elena se había vuelto loca normalmente; lo errado fue su carrera señalada, su destino fijado. Los "terapeutas legos, sexo femenino" estaban codificados para actuar con decisión y autonomía, por propia autoridad y con gran rapidez. Tales condiciones de trabajo eran imprescindibles en los nuevos planetas. No estaban codificados para consultar a otras personas; por lo demás, en la mayoría de los lugares tampoco había nadie con quien consultar. Elena hizo lo que para ella se dispuso en An-fang, y lo hizo hasta el extremo de las condiciones químicas individuales de su líquido cefalorraquídeo. El error era ella misma y ella jamás lo supo. La locura era mucho más benévola que el reconocimiento de que ella no era ella, de que no debió haber vivido y que era, a lo sumo, un error cometido entre un rubí tembloroso y un hombre joven y negligente con una guitarra.)

Elena conoció a P'juana y los mundos echaron a rodar.

Se encontraron en un lugar llamado "orilla del mundo", donde la subciudad encontraba la luz del día. Esto era insólito en sí mismo; pero Fomalhaut III era un planeta insólito y poco confortable, donde las inclemencias del tiempo y el capricho de los hombres imponían a los arquitectos proyectos furiosos, ejecuciones grotescas.

Secretamente loca, Elena recorría la ciudad en busca de personas enfermas a quienes socorrer. Troquelada, acuñada, diseñada, nacida, educada y adiestrada para esta tarea, la tarea no existía.

Elena era una mujer inteligente... Las mentes lúcidas sirven tan bien a la locura como a la cordura: es decir, muy bien. Elena nunca pensó en renunciar a su misión.

A semejanza de los habitantes de la propia Tierra Cuna del Hombre, la gente de Fomalhaut III era casi uniformemente hermosa; sólo en los mundos muy lejanos, semi-inalcanzables, el simple esfuerzo por sobrevivir convierte a la especie humana en criaturas feas, tediosas o variadas. Elena no se diferenciaba demasiado de las demás personas inteligentes que pululaban por las calles. Era alta y de pelo muy negro. De brazos y piernas largos, su tronco era menudo. Usaba el pelo estirado hacia atrás, desde una frente alta, estrecha, cuadrada. Sus ojos eran de un extraño azul profundo. La boca hubiera podido ser bonita, pero como nun-

ca sonreía nadie podía decir si era o no realmente hermosa. Su porte era erguido y arrogante; pero también lo era el de todas las demás personas. Por su imposibilidad de comunicarse, su boca era en sí misma extraña, y su mirada giraba como un antiguo radar de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, buscando con pasión enfermos, menesterosos y afligidos a quienes socorrer.

¿Cómo podía ser tan desdichada? Nunca había tenido tiempo para ser feliz. Era fácil para ella pensar que la felicidad era algo que desaparecía al final de la niñez. De tanto en tanto, aquí y allá, acaso cuando un manantial susurraba a la luz del sol o cuando en la asombrosa primavera fomalhautiana las hojas echaban a volar, le sorprendía ver que otras personas —personas tan responsables como ella por la fuerza de su edad, sexo, rango, formación y número de carrera— pudiesen ser felices y que sólo ella pareciera no tener tiempo para la felicidad. Pero siempre soslayaba ese pensamiento y seguía recorriendo las calles y las rampas hasta que los pies le dolían, en busca de un trabajo que no existía aún.

Más vieja que la historia, más tenaz que la cultura, la carne del hombre tiene su propia sapiencia. Los cuerpos de los seres humanos llevan la impronta de arcaicos arduos para sobrevivir, y en Fomalhaut III hasta Elena

conservaba la astucia de antepasados en los que nunca pensó, antepasados que en un pasado increíble y remoto habían dominado la Tierra, la terrible Tierra. Elena estaba loca. Pero había una parte de Elena que sospechaba su propia locura.

Es posible que ese conocimiento la haya sorprendido en camino entre Waterrocky Road y las luminosas explanadas del Shopping Bar. Se fijó en una puerta olvidada. Los robots la habían limpiado alrededor, pero a causa de su antiguo y extraño formato arquitectónico, no podían barrer ni pulir la línea misma de la base. Una delgada e impenetrable capa de polvo vetusto y cera endurecida sellaba el umbral. Era evidente que nadie había franqueado aquella puerta desde hacía mucho, muchísimo tiempo.

La norma civilizada establecía que las zonas prohibidas fuesen señaladas telepáticamente y a la vez por medio de símbolos. Las más peligrosas eran custodiadas por robots o por subpersonas. Pero todo cuanto no estaba prohibido, estaba permitido. Así, aunque Elena no tenía derecho a abrir aquella puerta, tampoco tenía la obligación de no abrirla. Y la abrió.

Por puro capricho.

O eso fue lo que ella imaginó. Entre ese gesto y el estribillo "¡Bruja, bruja seré yo!", que más tarde le atribuyó la balada, hay una distancia inmensa. Elena no estaba todavía frenética, no esta-

ba todavía desesperada, ni siquiera era noble todavía.

Ese gesto de abrir una puerta cambió su propio mundo y transformó la vida de miles de planetas en futuras generaciones, pero el gesto mismo de abrir la puerta no tuvo en sí nada de extraño. Fue el fatigado capricho de una mujer profundamente frustrada y mansamente desdichada. Nada más. Todas las demás descripciones son fantasías, idealizaciones, falsificaciones.

Es verdad que al abrir la puerta experimentó una gran conmoción, pero no por las razones que retrospectivamente le atribuyeron los baladistas e historiadores.

Lo que le produjo la conmoción fue el ver que la puerta daba a una escalera, una escalera cuyos peldaños descendían hasta un paisaje, un paisaje al aire libre iluminado por el sol, espectáculo en verdad inusitado en cualquier mundo. Miró alternativamente, una y otra vez, la Ciudad Nueva y la Ciudad Vieja. La Ciudad Nueva se elevaba sobre su casco por encima de la vieja ciudad y cuando miró hacia "el interior" vio la puesta del sol en la ciudad baja. La inesperada, inaudita belleza de aquella visión la dejó sin aliento.

Allí, la puerta abierta... *y del otro lado de la puerta un mundo desconocido.* Aquí, la vieja calle familiar, limpia, bella, apacible e inútil, por donde ella paseara mil veces su vano existir.

Allá... algo. Aquí, el mundo

conocido. Elena ignoraba las frases "país feérico" y "lugar mágico"; de haberlas conocido las habría usado.

Echaba rápidas miradas curiosas a la derecha, a la izquierda.

Sin reparar en ella ni en la puerta, los transeúntes pasaban de largo. En la ciudad alta empezaba a ponerse el sol. En la ciudad baja ya era rojo sangre con estelas de oro semejantes a enormes llamas escarchadas. Elena no sabía que respiraba agitadamente; no sabía que estaba trémula y al borde de las lágrimas; no sabía que una sonrisa tierna, su primera sonrisa en muchos años, dulcificaba su boca y confería a su rostro tenso, fatigado, una repentina belleza. Estaba demasiado absorta en mirar alrededor.

Preocupada por sus propios asuntos, la gente iba y venía. Calle abajo, una subpersona típica —de sexo femenino, posiblemente gatuna— hizo un largo rodeo para esquivar a un humano verdadero que caminaba a paso más pausado. A lo lejos, un ornitóptero policial revoloteaba lentamente alrededor de una de las torres; a menos que los robots la estuviesen enfocando con un telescopio o que contasen con uno de los raros subhombres-halcón que a veces empleaban como policías, les sería imposible verla.

Cruzó el dintel y volvió a empujar la puerta hasta su primitiva posición.

Elena no lo sabía, pero en ese preciso instante futuros todavía

no nacidos dejaron de existir para siempre; en siglos venideros flameó la rebelión; personas y subpersonas perecieron en extrañas causas; madres cambiaron los nombres de Señores no nacidos aún, y naves estelares volvieron susurrando desde regiones antes ni siquiera imaginadas por los hombres. El Espacio-3, que siempre había estado allí esperando a que el hombre se fijase en él, anticiparía su advenimiento, y todo ello a causa de Elena, a causa de la puerta, a causa de próximos pasos, de las palabras que habría de pronunciar y de la niña que habría de encontrar. (Más tarde los baladistas narraron toda la historia, pero la narraron de atrás para adelante, a partir de lo que ellos mismos llegaron a saber de lo que P'juana y Elena hicieron para poner fuego a los mundos. La simple verdad es el hecho de que una mujer solitaria entró por una puerta misteriosa. Eso es todo. El resto aconteció mucho más tarde.

Elena se detuvo en lo alto de la escalera, la puerta cerrada a sus espaldas y el oro del ocaso de la ignota ciudad volcándose a raudales frente a ella. Vio el punto en que el inmenso casco de la Nueva Ciudad de Kalma se arqueaba hacia la bóveda del cielo; advirtió que los edificios eran aquí más viejos, menos armoniosos que los que había dejado atrás. No conocía el concepto "pintoresco", de lo contrario así la habría calificado. No conocía

ningún concepto que le permitiera describir la escena que se extendía plácida a sus pies.

No había ninguna persona a la vista.

A lo lejos, en lo alto de una torre vetusta, un detector de incendios latía, meciéndose rítmicamente de atrás para adelante, de adelante para atrás. Fuera de eso no había nada más, excepto la ciudad amarillo-oro tendida a sus pies, y un pájaro —un pájaro o una gran hoja que volaba a merced del vendaval?— en el espacio intermedio.

Llena de temor, de esperanza y ansiedad, con el presentimiento de extraños apetitos, con un secreto y desconocido propósito, bajó las escaleras.

3

Al pie de la escalera —eran nueve los tramos de aquella escalera— había una niña, una niña de unos cinco años. La niña vestía una camisola azul brillante, tenía ondulados cabellos de color castaño rojizo y las manos más delicadas que Elena había visto en su vida.

El corazón de Elena voló a la niña. La pequeña la miró y su cuerpo se contrajo. Elena conocía el significado de esos bellos ojos castaños, de esa súplica de confianza expresada con los músculos, de ese temor a la gente. En realidad, no era una niña: era tan sólo una pequeña bestia con forma humana, acaso un perro, un

perro al que con el tiempo le enseñarían a hablar, a trabajar, a ejecutar tareas útiles.

La niña se levantó, irguiéndose como si estuviese a punto de echar a correr. Elena tuvo la sensación de que la niñita-perra no sabía si correr hacia ella o huir de ella. Elena no quería mezclarse con una subpersona —¿qué mujer querría semejante cosa?— pero tampoco deseaba asustar a la criatura. Era tan pequeñita, tan joven.

Ambas se contemplaron por un momento, la niñita con incertidumbre, Elena con alivio. De pronto, la niñita-bestia habló.

—Pregúntaselo a ella —dijo, y esas palabras eran una orden.

Elena la miró sorprendida. ¿Desde cuándo daban órdenes los animales?

—¡Pregúntaselo a ella! —repitió la criatura, y le señaló una ventana sobre la cual había una inscripción con las palabras *Ayuda para viajeros*. En seguida la niña echó a correr. Un centelleo azul de vestido, un blanco resallar de sandalias veloces y se perdió de vista.

Muda, perpleja, Elena se encontró en la ciudad vacía y olvidada.

La ventana le habló.

—Es mejor que te acerques. Y lo harás, tú lo sabes.

Era la voz sensata y madura de una mujer experimentada, una voz con una burbuja de hilaridad por debajo del ribete fónico, con un dejo de simpatía y entusiasmo en el tono. El mandato no era tan

sólo mandato. Era, ya desde el comienzo, una broma sobreentendida y feliz entre dos mujeres sensatas.

A Elena no le causó extrañeza que una máquina le dirigiera la palabra: cintas magnetofónicas le habían estado diciendo cosas durante toda su vida. Sin embargo, la situación no le parecía del todo convincente.

—¿Hay alguien allí? —preguntó.

—Sí y no —respondió la voz—. Yo soy la "Ayuda para viajeros" y auxilio a todos los que pasan por este lugar. Tú te has extraviado, pues de lo contrario no estarías aquí. Pon tu mano en mi ventana.

—Lo que quiero saber —dijo Elena— es si usted es una persona o una máquina.

—Depende —dijo la voz—. Ahora soy una máquina, pero hace mucho, muchísimo tiempo, solía ser una persona. Una Dama, en realidad, una Dama de la Instrumentalidad. Pero me llegó mi hora y ellos me preguntaron: "¿Tendría usted inconveniente en que hiciéramos un registro del conjunto de su personalidad? Prestaría servicios muy valiosos en las cabinas de información." Naturalmente, accedí, y entonces ellos hicieron esta copia; y yo me morí y ellos dispararon mi cuerpo hacia el espacio con los honores de rigor, pero yo estaba aquí. Era rarísimo sentirse así, metida en este artefacto, y yo mirando las cosas y hablando con la gente y

dando buenos consejos, siempre atareada, hasta que construyeron la ciudad nueva. Bueno, ¿qué te parece? ¿Soy yo o no soy yo?

—No lo sé, señora.

Elena no había avanzado un solo paso.

La voz afectuosa perdió su tono festivo y se tornó imperiosa.

—Dame tu mano, entonces, así podré identificarte y decirte lo que tienes que hacer.

—Creo —dijo Elena— que lo que haré será volver a subir las escaleras y salir por la puerta a la ciudad alta.

—¿Y me privarás —dijo la voz de la ventana— de mi primera conversación con una persona verdadera en cuatro años?

La voz era exigente ahora, pero la calidez y el buen humor persistían; y también un algo de soledad. Fue la soledad lo que decidió a Elena. Subió hasta la ventana y apoyó la mano en el antepecho.

—Eres Elena —exclamó la ventana—. ¡Tú eres Elena! Los mundos te aguardan. ¡Eres de An-fang, donde comienzan todas las cosas, de la Plaza de la Paz de An-fang, en la vieja Tierral

—Sí —dijo Elena.

La voz no cabía en sí de entusiasmo.

—Él te está esperando. Oh, te ha esperado tanto, tantísimo tiempo. Y la niñita con quien te encontraste. Era P'juana, ¡la mismísima P'juana! La historia ha comenzado. "Empieza una vez más la gran era del mundo." Y cuando

esto acabe yo podré morir. Perdóname, querida, no quiero confundirte. Yo soy la Dama Panc Ashash. Tú eres Elena. Originalmente tu número terminaba en 783 y no debieras ni siquiera haber puesto los pies en este planeta. Aquí, todas las personas importantes terminan con los números 5 y 6. Tú eres un terapeuta lego y has venido a un planeta equivocado, pero tu amante ya está en camino y tú hasta el día de hoy nunca estuviste enamorada, y eso es tan, tan emocionante.

Elena echó una rápida mirada a su alrededor. A medida que el crepúsculo avanzaba, la antigua ciudad baja aparecía envuelta en un resplandor cada vez más rojo, menos dorado. Miró hacia atrás y la escalera le pareció terriblemente alta y la puerta lejana y pequeñísima. Tal vez se había trabado automáticamente cuando ella la cerró. Tal vez había quedado encerrada en la ciudad baja y nunca más podría salir de allí.

La ventana debía de estar observándola de algún modo, pues la voz de la Dama Panc Ashash le habló con ternura.

—Siéntate, querida mía —dijo la voz de la ventana—. En la época en que yo era yo, hace mucho, muchísimo tiempo, solía ser mucho más cortés con la gente. Ahora soy una máquina, pero todavía me siento como si fuese yo misma. Siéntate, por favor, y perdóname.

Elena miró alrededor. Allí, detrás de ella, estaba el banco de

mármol de la orilla del camino. Obedientemente, se sentó en él. Una vez más sintió bullir en su cuerpo la felicidad que la había embargado en lo alto de la escalera. Si esa vieja máquina sabía tantas cosas de su vida, quizás pudiese aconsejarle lo que debía hacer. ¿Qué quería decir lo del "planeta equivocado"? ¿Y lo del "amante"? ¿Y eso de "ya está en camino"? ¿No era eso lo que le había dicho la vieja voz?

—Respira hondo, querida mía —dijo la voz de la Dama Panc Ashash. Podía estar muerta desde hacía centenares o millares de años, pero todavía hablaba con la autoridad y la ternura de una gran dama.

Elena respiró a pleno pulmón. A lo lejos, a gran altura por encima del mar, vio una enorme nube roja, semejante a una ballena preñada, disponiéndose a embestir la orilla de la ciudad alta. Se preguntó si las nubes tendrían sentimientos.

La voz le estaba hablando nuevamente. ¿Qué le había dicho?

Al parecer, la pregunta había sido repetida.

—¿Sabías que venías hacia aquí? —dijo la voz de la ventana.

—Por supuesto que no. —Elena se encogió de hombros.— Vi por casualidad esta puerta, y como no tenía nada especial que hacer la abrí. Y aquí, en el interior de una casa, había un mundo totalmente nuevo. Me pareció extraño y bastante bonito, por eso

entré. ¿No hubiera hecho usted lo mismo?

—No sé —dijo la voz cándidamente—. En realidad, yo soy una máquina. Hace tanto, tantísimo tiempo que dejé de ser yo. Tal vez habría entrado, cuando estaba viva. Eso no lo sé, pero sé muchas cosas. Tal vez pueda ver el futuro, o quizá la máquina que es parte de mí computa tan buenas probabilidades que parece que lo adivinara. Pero sé quién eres tú y lo que habrá de ocurrirte. Sería conveniente que te cepillaras el pelo.

—¿Para qué?

—Él está por llegar —dijo la voz gastada y feliz de la Dama Panc Ashash.

—¿Quién está por llegar? —preguntó Elena en tono casi irritado.

—¿Tienes un espejo? Me gustaría que te mirases el pelo. No es que no sea hermoso tal como está, pero lo podría ser más. Tienes que lucir lo mejor posible. Es tu amante, por supuesto, quien está en camino.

—Yo no tengo amante —replicó Elena—. No estoy autorizada para tenerlo, o por lo menos no hasta tanto haya empezado a cumplir mi misión en la vida. No soy la clase de muchacha que irá a suplicar las fantasías a un jefe, cuando no tengo siquiera derecho a la cosa verdadera. Es posible que yo no sea gran cosa como persona, pero tengo mi amor propio.

En su indignación se había da-

do vuelta en el banco, sentándose de espaldas a la mirada de la ventana omnividente.

Esta vez la ventana le habló con tan profunda seriedad, con una sinceridad tan enternecedora, que un escalofrío le recorrió los brazos.

—Elena, Elena ¿de veras no sabes quién eres?

Elena volvió a cambiar de posición y miró de frente a la ventana. Los rayos del sol en el oca-so le teñían el rostro de rojo. A duras penas atinó a balbucear:

—No entiendo lo que me quiere decir...

La voz prosiguió, inexorable.

—Piensa, Elena, piensa. ¿No significa nada para ti el nombre P'juana?

—Supongo que es el nombre de una subpersona, un perro. Por eso lleva la P, ¿no es así?

—Era la niña con quien te encontraste —dijo la Dama Panc Ashash, como si estuviese proclamando una verdad trascendente.

—Sí —dijo Elena con manse-dumbre. Era una mujer bien educada y jamás discutía con extraños.

—Espera un minuto —dijo la Dama Panc Ashash—. Voy a sacar mi cuerpo. Sabe Dios cuándo lo usé por última vez, pero te hará sentirte mucho más cómoda conmigo. Perdona la vestimenta. Son trapos viejos, pero creo que el cuerpo funcionará bien. Este es el principio de la historia de P'juana y quiero verte ese pelo cepillado, aunque yo misma deba

cepillártelo. Espérame allí, muchacha, allí mismo. Tardaré apenas un minuto.

El color de las nubes viraba ahora del rojo intenso al negro hígado. ¿Qué podía hacer Elena? Se quedó sentada en el banco, golpeando el borde de la acera con la punta del zapato. Experimentó un pequeño sobresalto cuando de pronto, con simultaneidad geométrica, se encendieron los anticuados faroles de la ciudad baja; no tenían las gradaciones sutiles de los modernos lampadarios de la otra ciudad, escaleras arriba, donde el día se transformaba paulatinamente en noche clara y brillante sin bruscos cambios de color.

La puerta junto a la pequeña ventana crujió al abrirse. Escombros de antiguo material plástico se desmenuzaron y rodaron por la acera.

Elena estaba asombrada.

Elena sabía que, inconscientemente, debió de esperar un monstruo; pero se halló en presencia de una mujer encantadora de más o menos su misma estatura, vestida con ropas fantásticas y anticuadas. La extraña mujer tenía el pelo renegrido y brillante; no se advertía en ella ningún vestigio de enfermedades actuales o recientes, ningún rastro de lesiones graves en el pasado, ningún defecto en la vista o en el andar, ningún deterioro de la capacidad visual. (No tenía a mano los elementos necesarios para verificar el funcionamiento de los sentidos

del gusto y del olfato, pero este era el examen médico que desde el día de su nacimiento formaba parte integrante de su persona. Diseñada para ser un "terapeuta lego, sexo femenino", era buena en su oficio, aun cuando no hubiese absolutamente nadie a quien tratar.)

El cuerpo era en verdad suntuoso. Debía de haber costado el precio de unos cuarenta o cincuenta aterrizajes en el planeta. La figura humana estaba reproducida a la perfección. La boca se movía sobre dientes genuinos; las palabras se formaban entre la garganta, el paladar, la lengua, y los labios; no en un micrófono implantado en la cabeza. El cuerpo era una verdadera pieza de museo, probablemente una copia fiel de la mismísima Dama Panc Ashash en vida. Cuando el rostro sonreía, el efecto era indescriptiblemente seductor. La dama vestía el ropaje de algún tiempo remoto: una augusta pechera coronaba en el frente el vestido de pesada tela azul, orlado en el ruedo, la cintura y el corpiño por un bordado en oro con un diseño de figuras geométricas. Una capa haciendo juego, de un oro oscuro algo descolorido, bordada en azul con el mismo motivo de cuadros del vestido, completaba su atuendo. El cabello, recogido en un alto y apretado rodete, estaba sujeto por peinetas enjovadas. Parecía perfectamente natural, pero había motas de polvo en un lado.

El robot sonrió.

—Ya sé que soy una antigua-lla, mi querida. Sin embargo, me pareció que te iba a ser más fácil conversar con este cuerpo vetusto que con esa ventana...

Elena asintió en silencio.

—¿Sabes que esto no soy yo? —preguntó bruscamente el cuerpo.

La dama Panc Ashash miraba a Elena con expresión seria.

—No, no soy yo. Este es un cuerpo robot. Tú lo miraste como si fuese una persona verdadera. Y tampoco yo soy yo. A veces duele. ¿Sabías que una máquina podía sentir dolor? Yo puedo. Pero... yo no soy yo.

—¿Quién es usted? —preguntó Elena a la adorable anciana.

—Antes de morir, yo era la Dama Panc Ashash. Ya te lo dije. Ahora soy una máquina, y una parte de tu destino. Nos ayudaremos mutuamente para cambiar el destino de los mundos, y quizá hasta para restituir humanidad a la especie humana.

Elena, perpleja, no le quitaba los ojos de encima. Este no era un robot común. Se parecía tantísimo a una persona verdadera, y hablaba con tan afectuosa autoridad. Además, esa cosa, fuera lo que fuese, parecía saber tanto acerca de ella. Era la primera vez que alguien la trataba con cariño. Las enfermeras del Hogar Materno Infantil de la Tierra habían comentado: "Otra bruja-niña, y bonita por añadidura; no dan demasiado trabajo", y ha-

bían dejado que su vida siguiera su curso.

Al fin, Elena pudo mirar cara a cara aquella cara que no era una cara verdadera. Aquella cara siempre encantadora, siempre alegre, siempre vivaz.

—¿Qué... qué —tartamudeó Elena—, qué debo hacer ahora?

—Nada —dijo la archimuerta Dama Panc Ashash—, sólo ir al encuentro de tu destino.

—¿De mi amante, quiere decir?

—¡Qué impaciente! —rió de una manera muy humana el disco de la dama muerta—. ¡Cuánta prisa! Primero el amante y luego el destino. También yo era así de muchacha.

—Pero ¿qué tengo que hacer? —insistió Elena.

Ahora la noche las cercaba por completo. En las calles sucias y desiertas brillaban los faroles. Unos pocos portales, ninguno de ellos a menos de una calzada de distancia, estaban iluminados por rectángulos de luz o de sombra: de luz si se hallaban lejos de los lampadarios, inundados entonces por sus propias y brillantes luces interiores; de sombra si se encontraban tan próximos a los grandes faroles que interceptaban los rayos luminosos que emitían los altos lampadarios.

—Pasa por esta puerta —dijo la bondadosa anciana.

Pero le señalaba la blancura uniforme de una pared totalmente lisa. No había puerta alguna en ese lugar.

—Pero es que no hay ninguna puerta —dijo Elena.

—Si hubiese una puerta —dijo la Dama Panc Ashash— no me necesitarías a mí para que te dijera que entres por ella. Y la verdad es que me necesitas.

—¿Por qué? —preguntó Elena.

—Porque te he estado esperando durante centenares de años, por eso.

—¡Esa no es una respuestal —replicó Elena con impaciencia.

—¡Que no es una respuestal —sonrió la dama. Su falta de hostilidad no tenía nada de robótico. Era la benevolencia y la calma de un ser humano maduro. Miró a Elena a los ojos y le habló con énfasis pero con dulzura—. Yo sé porque sé. No porque sea una persona muerta, eso ya no tiene importancia, sino porque ahora soy una viejísima máquina. Entrarás en el Corredor Pardo y Amarillo y pensarás en tu amante, y harás lo que tienes que hacer, y los hombres te perseguirán. Pero todo terminará con felicidad. ¿Entiendes esto?

—No —dijo Elena—. No lo entiendo.

Pero le tendió la mano a la bondadosa anciana. La dama le tomó la mano. El contacto era cálido y muy humano.

—No es necesario que lo entiendas. Basta con que lo hagas. Y yo sé que lo harás. Entonces, puesto que vas a marcharte, vete ahora mismo.

Elena intentó sonreírle, pero se sentía turbada. Nunca en su vi-

da había estado tan conscientemente preocupada como ahora. Por fin, después de tan larga espera, algo real le estaba sucediendo, a ella, a su ser íntimo e individual.

—¿Cómo entraré por la puerta?

—Yo te la abriré —sonrió la dama, soltándole la mano— y reconocerás a tu amante cuando te cante el poema.

—¿Qué poema? —dijo Elena, tratando de dar largas al asunto y atemorizada por una puerta que ni siquiera existía.

—Empieza así: "Te conocí y te amé y te conquisté, en Kalma..." Tú lo reconocerás. Entra ahora. Al principio será desagradable, pero cuando encuentres al Cazador, todo te parecerá diferente.

—¿Estuvo usted allí alguna vez?

—Desde luego que no —dijo la vieja máquina—. Yo soy una máquina. Ese lugar es totalmente impenetrable al pensamiento. Nadie puede ver, oír, pensar ni hablar al entrar o salir de allí. Es un refugio que quedó de las guerras de los antiguos tiempos, cuando el más leve indicio de un pensamiento habría bastado para provocar la destrucción de todo el lugar. Fue por eso que el Señor Englok lo construyó, mucho tiempo antes de que yo viviera. Pero tú podrás entrar. Y entrarás. Aquí tienes la puerta.

La vieja dama robot no esperó más. Miró a Elena con una son-

risa extraña, afectuosa y traviesa a la vez, mitad orgullosa y mitad humilde. Con las puntas de sus dedos firmes asió el codó izquierdo de Elena. Juntas descendieron unos pocos peldaños hasta encontrar la pared.

—Aquí, aquí es —dijo la Dama Panc Ashash, empujándola.

Al sentirse oprimida contra la pared, Elena se contrajo. Sin saber cómo, se encontró del otro lado. Los olores la hirieron de golpe como el rugir de una batalla. La atmósfera estaba caldeada. La luz era pobre. Aquel sitio se parecía a un cuadro del Planeta Dolor, oculto en algún lugar del espacio. Más tarde los poetas intentaron describir a Elena en aquella puerta con un poema que comienza así:

Los había pardos y azules
Y blancos y más blancos
En la escondida y prohibida
Ciudad Baja de Clown Town.
Los había hórridos y más hórridos
En el corredor pardo y amarillo.

La verdad fue mucho más simple.

Elena, por ser bruja de nacimiento, bruja por formación, tardó apenas un instante en comprender la verdad. Toda aquella gente, toda la que ella veía, por lo menos, estaba enferma. Todos necesitaban ayuda. La necesitaban a ella.

Pero la dificultad estaba en ella. Porque no podía hacer nada por ninguno de ellos. No había allí ni una sola persona verdadera. Eran simples bestias, ani-

males con figura humana. Eran subpueblo. Escoria.

Y Elena estaba condicionada hasta la médula para nunca en su vida socorrer a aquellos seres.

No supo por qué los músculos de las piernas la hicieron avanzar, pero eso fue lo que ocurrió.

Existen muchos cuadros de esa escena.

La Dama Panc Ashash, que apenas acaba de estar con ella, le parecía remotísima. Y la propia ciudad de Kalma, la nueva ciudad, a diez pisos por encima de su cabeza, era como si jamás hubiese existido. Esto, esto era real.

Miró fijamente a aquellas subpersonas.

Y esta vez, la primera en toda su vida, ellos le devolvieron la mirada. Nunca le había ocurrido nada semejante.

No les tenía miedo; la sorprendían. El miedo, presintió Elena, vendría después. Pronto quizá, pero no aquí, no ahora.

4

Algo que parecía ser una mujer de mediana edad se le acercó y la interpeló sin rodeos.

—¿Eres la muerte?

Elena la miró azorada.

—¿La muerte? ¿Qué quieres decir? Soy Elena.

—¡Vete al demonio! —replicó la mujer-bestia—. ¿Eres la muerte?

Elena desconocía la palabra "demonio", pero tenía la absolu-

ta certeza de que "muerte", incluso para estos seres, significaba simplemente "el final de la vida".

—Por supuesto que no —dijo Elena—. No soy más que una persona. Una mujer bruja, diría la gente normal. Nosotras no tenemos nada que ver con ustedes, las subpersonas. Nada que ver.

Elena vio que la mujer-bestia tenía un enorme peinado de pelo castaño y pegajoso, una cara congestionada y sudorosa y dientes torcidos que mostraba al sonreír.

—Todas dicen lo mismo. Siempre ignoran que son la muerte. ¿Cómo supones que nosotros nos morimos, si no es porque vosotras, las personas, nos mandáis robots contaminados con enfermedades? Cada vez que lo hacéis morimos todos, y luego, con el tiempo, otras subpersonas descubren este lugar y se refugian en él, y viven aquí durante varias generaciones hasta que otras máquinas mortíferas, cosas como tú, llegan sorpresivamente a la ciudad y vuelven a exterminarnos. Este lugar es Clown Town, la ciudad del subpueblo. ¿Nunca oíste hablar de él?

Elena trató de adelantarse a la mujer-bestia, pero notó que ésta le había asido el brazo. Nunca, en la historia del mundo, pudo haber ocurrido nada semejante: ¡que una subpersona capturase a una persona verdadera!

—¡Suélteme! —gritó Elena.

La mujer-bestia le soltó el bra-

zo y se volvió hacia sus compañeros. Su voz había cambiado. Ya no era chillona y ansiosa sino perpleja y suave.

—No sabría decirlo. A lo mejor es una persona verdadera. ¡Qué complicación! Aquí, perdida con nosotros. O a lo mejor es la muerte. No sabría decirlo. ¿Qué opinas tú, Carlitos-es-mi-amorcito?

El hombre a quien se había dirigido dio un paso adelante. En otras circunstancias, en otro lugar, pensó Elena, esa subpersona hubiera podido pasar por un ser humano atrayente. Tenía un rostro vivaz, iluminado por la inteligencia. La miró cara a cara como si la estuviese viendo por primera vez, lo cual era la pura verdad, pero la siguió observando con una mirada tan fija, tan extraña y penetrante, que Elena se sintió molesta. Su voz, cuando le habló, era enérgica, aguda, clara y amistosa; en ese contexto trágico, era más bien la caricatura de una voz, como si la bestia hubiese sido programada para hablar imitando las costumbres de un ser humano, catequista de profesión, como los que solían verse en las cajas narradoras, que llevaban a las gentes mensajes que no eran en sí ni buenos ni importantes, sino tan solo ingeniosos. La hermosura era en el fondo deformidad. Elena se preguntó si sería de origen caprino.

—Bienvenida, señorita —dijo Carlitos-es-mi-amorcito—. Ahora que estás aquí ¿cómo te vas a

arreglar para salir? ¿Qué te parece si le retorremos el pescuezo, Mabel? —preguntó a la submujer que había sido la primera en saludar a Elena—. Si se lo retorciéramos ocho o diez veces, se le caería la cabeza. Entonces podríamos vivir algunas semanas o algunos meses más, hasta que nuestros señores y creadores nos descubriesen y nos exterminasen a todos. ¿Qué opinas tú, señorita? ¿Debiéramos matarte?

—¿Matarme? Quitarme la vida, quieres decir? Eso es ilegal. Ni siquiera la Instrumentalidad puede hacerlo sin juicio previo. Vosotros no podéis hacerlo. No sois más que subpersonas.

—Pero si tú vuelves a salir por esa puerta —dijo Carlitos-es-mi-amorcito irradiando su sonrisa vivaz e inteligente— nosotros nos vamos a morir. La policía te leerá en la mente que estuviste en el Corredor Pardo y Amarillo y nos inundarán con veneno o nos pulverizarán enfermedades y todos, nosotros y nuestros hijos, moriremos.

Elena le clavó la mirada.

La cólera apasionada no le alteraba la sonrisa ni el tono persuasivo de la voz, pero los músculos de las órbitas y de la frente revelaban la terrible tensión. El resultado era una expresión que Elena no había visto en toda su vida, una especie de autodomnio que iba ms allá de las fronteras de la insanía.

El le devolvió la mirada.

En realidad, Elena no le tenía

miedo. Las subpersonas no podían retorcerles el pescuezo a las personas verdaderas. Un acto de esa naturaleza era contrario a todas las reglamentaciones vigentes.

Un pensamiento la asaltó de pronto. ¿Y si las reglamentaciones no tuvieran vigencia en un sitio como este, donde bestias ilegales aguardaban perpetuamente una súbita muerte? La criatura que tenía delante era lo bastante vigorosa como para retorcerle el pescuezo diez veces en el sentido de las agujas del reloj y otras diez en sentido inverso. Sabía con absoluta certeza, por haberlo aprendido en sus clases de anatomía, que en algún momento de ese proceso se le caería la cabeza. Miró a su interlocutor con interés. No estaba condicionada para experimentar miedo de tipo animal, pero acababa de descubrir que sentía un profundo horror por la terminación de la vida en circunstancias azarosas. Tal vez sus conocimientos de "brujería" pudiesen ayudarla. Trató de verlo como a un hombre verdadero. El diagnóstico "hipertensión; agresión crónica, ahora frustrada, conducente a sobreexcitación y neurosis; deficiente estado de nutrición; probable trastorno hormonal" saltó a su mente.

Procuró hablar con una nueva voz.

Soy más pequeña que tú —le dijo— y si quieres "matarme" te dará igual hacerlo más tarde que

ahora. De todas maneras, podríamos presentarnos. Yo soy Elena, asignada a este planeta desde la Tierra Cuna del Hombre.

El efecto fue espectacular.

Carlitos-es-mi-amorcito dio un paso atrás. Mabel quedó boquiabierta. Los demás la miraron atónitos. Uno o dos, más perspicaces que el resto, empezaron a cuchichear al oído de sus vecinos. Por último, Carlitos-es-mi-amorcito tomó la palabra.

—Bienvenida, señora mía. ¿Puedo llamarte mi señora? Sospecho que no. Bienvenida, Elena. Nosotros somos tu pueblo. Haremos todo cuanto nos digas. Naturalmente, pudiste entrar. Te mandó la Dama Panc Ashash. Hacía un centenar de años que nos anunciaba que alguien vendría desde la Tierra, una persona verdadera con nombre de animal, no con un número, y que tendríamos una niña llamada P'juana que tomaría en sus manos los hilos del destino. Siéntate, por favor. ¿Quieres beber un sorbo de agua? Aquí no tenemos ninguna vasija limpia. Aquí todos somos subpersonas, y como hemos utilizado todo lo que encontramos aquí el lugar está contaminado para una persona verdadera. —De pronto se le ocurrió una idea.— Babybaby ¿tienes en el horno alguna vasija nueva? —Al parecer vio que alguien asentía, pues siguió hablando sin detenerse.— Sácala entonces, para nuestra invitada, con pinzas. Pinzas nuevas. No la toques. Llénala con agua de lo

alto de la pequeña cascada. Así nuestra invitada podrá beber agua incontaminada. Agua limpia.

Rebosaba de hospitalidad, una hospitalidad tan ridícula como genuina.

Elena no tuvo el coraje de decir que no quería beber el agua.

Esperó. También ellos esperaron.

Ya entonces sus ojos se habían acostumbrado a la penumbra. Notó que el corredor principal estaba pintado de amarillo, un amarillo descolorido y manchado, y de una tonalidad contrastante de fea combinación. Una serie de corredores transversales parecían confluir en el corredor principal; sea como fuere, vio arcadas iluminadas y gente que salía por ellas con paso ágil. Nadie hubiera podido salir a paso normal y vigoroso de una alcoba de techo bajo, de modo que tuvo la certeza de que las arcadas conducían a algún lugar.

También pudo distinguir con nitidez a las subpersonas. En verdad, se parecían muchísimo a las personas. De tanto en tanto se veía uno que otro individuo revertido al tipo animal: un hombre-equino, cuyo hocico había vuelto a crecerle hasta las dimensiones ancestrales, una mujer-rata con rasgos humanos normales excepto unos bigotes blancos de cerda semejante al nylon, doce o catorce de cada lado y de unos veinte centímetros de longitud. Una de aquellas subpersonas que hubiera podido pasar perfecta-

mente por una persona de verdad —una mujer joven y hermosa sentada en un banco a unos ocho o diez metros de la entrada del corredor— no prestaba atención alguna a la muchedumbre, a Mabel, a Carlitos-es-mi-amorcito ni a la misma Elena.

—¿Quién es aquella? —preguntó Elena indicando con un movimiento de cabeza a la hermosa joven.

Mabel, aliviada de la tensión que la dominara cuando le había preguntado a Elena si era “la muerte”, rebosaba de una sociabilidad que parecía exagerada en aquella atmósfera.

—Esa es Rastri.

—¿Qué hace?

—Ella tiene su orgullo —dijo Mabel. En su cara roja y grotesca había ahora una expresión divertida y ansiosa; su boca floja rociaba saliva cada vez que hablaba.

—Pero ¿no hace nada? —insistió Elena.

Carlitos-es-mi-amorcito intervino.

—Aquí nadie tiene que hacer nada, Lady Elena.

—Es ilegal llamarle Lady —dijo Elena.

—Disculpa, ser humano Elena. Aquí nadie tiene que hacer nada. Todos nosotros somos un grupo totalmente ilegal. Este corredor es un refugio anti-pensamiento, y ningún pensamiento puede entrar o salir de aquí. Espera un poco! ¡Fíjate en el techo...! ¡Ahora!

Un resplandor rojizo recorrió

el cielo raso y se extinguió.

—Cada vez que algo piensa contra él —explicó Carlitos-es-mi-amorcito— el techo emite esta luz. Todo el túnel registra hacia el exterior “depósito de aguas servidas: residuos orgánicos”, de modo que las leves trazas de vida que puedan escanar de aquí no son considerados demasiado inexplicables. La gente lo construyó para su uso personal hace un millón de años.

—No había gente en Fomalhaut III hace un millón de años —replicó vivamente Elena. ¿Por qué, se preguntó, le respondía en ese tono? El no era una persona, no era más que un animal hablante que por pura casualidad no había sido arrojado en el incinerador más próximo.

—Disculpa, Elena —dijo Carlitos-es-mi-amorcito—. Debí decir hace mucho tiempo. Nosotros, el subpueblo, no tenemos muchas oportunidades de estudiar la verdadera historia. Pero utilizamos este corredor. Alguien con un morboso sentido del humor le puso a este lugar el nombre de Clown Town. Vivimos durante diez, veinte o un centenar de años, y luego las personas o los robots nos descubren y nos matan a todos. Por eso Mabel estaba inquieta. Pensó que esta vez tú eras la muerte. Pero no eres la muerte. Eres *Elena*. Y esto es maravilloso, maravilloso.

Su semblante ladino, demasiado inteligente, irradiaba transparente sinceridad. A él mismo de-

bía de asombrarle tanta sinceridad.

—Me estabas por decir qué hace allí la submuchacha —dijo Elena.

—Es Rastri —fue la respuesta—. No hace nada. En realidad, ninguno de nosotros tiene por qué hacer nada. De todas maneras estamos condenados. Ella es un poco más honesta que el resto de nosotros. Tiene su orgullo. Se burla de nosotros. Nos hace sentirnos inferiores. La consideramos un miembro valioso de nuestra comunidad. Todos nosotros tenemos nuestro orgullo, lo cual es inútil de todas maneras, pero ella tiene su orgullo propio y muy personal, aunque no se toma ninguna molestia al respecto. Si la dejamos en paz, también ella nos deja en paz.

Qué bichos raros son ustedes, pensó Elena. Tan parecidos a las personas pero tan inexpertos, como si todos tuviesen que “morir” antes de haber aprendido qué significa realmente el estar vivos. En voz alta, sólo atinó a decir:

—Nunca conocí a nadie como ella.

Rastri debió de adivinar que estaban hablando de ella, porque clavó en Elena una mirada fugaz de odio fulminante. Echando fuego por los ojos, su hermoso rostro se concentró en una mueca hostil y sarcástica; luego desvió la mirada y Elena sintió que ella, Elena, había dejado de existir en la mente de aquella criatura, salvo como una repulsa total que

había sido expresada y olvidada. Nunca había visto una intimidación tan impenetrable como la de Rastri. Y sin embargo la criatura, cualquiera que fuese su origen, era realmente hermosa en términos humanos.

Una vieja arpa de horrible aspecto, cubierta de piel color ratón se precipitó hacia Elena. La mujer-rata era la Baby-baby que había sido enviada en busca del recipiente. Con un par de largas pinzas sostenía una vasija de cerámica. Había agua en la vasija.

Elena tomó la vasija.

Sesenta o setenta subpersonas, entre ellas la niña del vestido azul que viera a la entrada, miraron cómo bebía. El agua era buena y la bebió hasta la última gota. Hubo una exhalación universal, como si todos en el corredor hubiesen estado esperando ese momento. Elena iba a poner la vasija en el suelo, pero la vieja mujer-rata fue más veloz que ella. Deteniéndola en mitad del gesto, y utilizando las pinzas para que el recipiente no se contaminase por el contacto de una subpersona, tomó la vasija de manos de Elena.

—Está bien, Baby-baby —dijo Carlitos-es-mi-amorcito—. Ahora podemos hablar. Es nuestra costumbre no hablar con un recién llegado hasta haberle brindado nuestra hospitalidad. Te seré franco. Tal vez tengamos que matarte, si todo este asunto resulta ser una equivocación, pero quie-

ro asegurarte que si yo mismo tengo que matarte, lo haré amablemente y sin la menor maldad. ¿Está claro?

Elena no entendió qué era lo que estaba tan claro, y se lo dijo. Visualizó su cabeza arrancada del cuello. Aparte del dolor y la humillación, le parecía tan espantosamente sucio, terminar su vida en una alcantarilla con bestias que ni siquiera tenían el derecho de existir.

El no le dio la oportunidad de exponer sus argumentos, sino que siguió explicándole:

—Supongamos que las cosas resulten para bien. Supongamos que tú eres la Esther-Elena-o-Leonor que todos esperábamos, la persona que le hará no sé qué a P'juana y nos traerá a todos socorro y liberación, nos dará vida, en suma, *verdadera vida*. ¿Qué hacemos entonces?

—No sé de dónde sacas todas esas ideas sobre mí. ¿Por qué yo soy Esther-Elena-o-Leonor? ¿Qué tengo que hacerle a P'juana? ¿Por qué yo?

Carlitos-es-mi-amorcito la miró como si no pudiese creer esa pregunta. Mabel frunció el ceño como si no se le ocurriesen las palabras apropiadas para expresar su opinión. Baby-baby, que había vuelto a unirse al grupo con la celeridad y el sigilo propios de una rata, miró a su alrededor como esperando que alguien, desde la retaguardia, tomase la palabra. No se había equivocado. Rastri volvió su rostro hacia Ele-

na y dijo, con infinita condescendencia:

—Yo no sabía que las personas verdaderas podían ser ignorantes o estúpidas. Tú pareces ser ambas cosas. Todos nosotros hemos sido informados por la Dama Panc Ashash. Como ella está muerta, no tiene prejuicios contra nosotros, el subpueblo. Y como tampoco tiene mucho que hacer, ha barajado para nosotros billones y billones de probabilidades. Todos nosotros sabemos a qué conducen la mayor parte de las probabilidades: a la muerte súbita por enfermedad o gas, o tal vez a ser transportados a los mataderos en los grandes ornitópteros policiales. Pero la Dama Panc Ashash descubrió que vendría una persona con un nombre como el tuyo, un ser humano con un nombre antiguo y no un nombre numérico, que esa persona conocería al Cazador y que ella y el Cazador enseñarían a la subniña P'juana un mensaje, un mensaje que transformaría los mundos. Hemos criado, una tras otra, muchas niñas llamadas P'juana, hemos esperado un centenar de años. Ahora aparecen tú. Tal vez seas la que esperábamos. A mí no me parece muy competente. ¿Qué sabes hacer?

—Soy una bruja —dijo Elena.

Rastri no pudo impedir que la sorpresa se reflejase en su rostro.

—¿Una bruja? ¿Es verdad lo que dices?

—Sí —dijo Elena casi humildemente.

—Yo nunca sería bruja —dijo

Rastri—. Yo tengo mi orgullo.

Dio vuelta la cara y una vez más concentró sus facciones en su perenne expresión de enojo y desdén.

Sin cuidarse de si Elena escuchaba o no sus palabras, Carlitos-es-mi-amorcito habló en voz baja al grupo más cercano.

—Esto es prodigioso, prodigioso. ¡Una bruja! Una bruja humana. ¡Quizá éste sea el gran día! Elena —dijo con tono humilde— ¿tendrías la bondad de mirarnos?

Elena miró. Cuando se detuvo a pensar en el lugar donde se encontraba, le pareció increíble que afuera, a pocos pasos, apenas del otro lado del muro, estuviese la antigua y desierta ciudad baja de Kalma y que la activa ciudad nueva se alzara a solo treinta y cinco metros más arriba. Aquel corredor era en sí mismo un mundo. Con sus horrendos pardos y amarillos, el débil resplandor de sus luces, los olores humanos confundidos en ese mal ventilado túnel, daba no obstante la sensación de un mundo verdadero. Baby-baby, Rastri, Mabel y Carlitos-es-mi-amorcito eran parte de ese mundo. Eran reales, pero con relación a Elena, a Elena misma, se hallaban afuera, afuera.

—Dejadme ir —dijo—. Algún día volveré.

Carlitos-es-mi-amorcito, que evidentemente era el cabecilla, habló, como en éxtasis:

—Tú no comprendes, Elena. Si a algo "irás", es a la muerte. No

existe otra dirección. No podemos permitir que tu viejo yo salga por esa puerta, no ahora que la Dama Panc Ashash te ha enviado a nosotros. O marchas hacia tu destino, que es también nuestro destino, para amarnos y para que nosotros te amemos —añadió en tono soñador— o de lo contrario yo te mato, con mis propias manos. Aquí mismo. Ahora mismo. Antes podría darte otro sorbo de agua clara. Pero nada más. No te quedan muchas opciones, ser humano Elena. ¿Qué supones que ocurriría si salieras?

—Nada, espero —dijo Elena.

—¡Nada! —repitió Mabel con desdén. Su rostro tenía nuevamente la primitiva expresión de furia—. Vendría la policía revoloteando en sus ornitópteros...

—Y a ti te picotearían los senos —dijo Baby-baby.

—Y sabrían que estamos aquí —añadió un hombre alto y pálido que hasta ese momento no había hablado.

—Y todos nosotros —dijo Rastri desde su silla— moriríamos en el lapso de una o dos horas a lo sumo. ¿Te afectaría eso a ti, señora y Elena?

—Y —concluyó Carlitos-es-mi-amorcito— desconectarían a la Dama Panc Ashash, para que hasta la matriz grabada de esa querida dama muerta desapareciera para siempre, y no habría más misericordia para este mundo.

—¿Qué es "misericordia"?

—preguntó Elena.

—Es obvio que nunca tuviste

noticias de su existencia —dijo Rastri.

La vieja araña-rata Baby-baby se acercó a Elena, la miró y entre sus dientes amarillos le susurró:

—No dejes que te atemoricen, muchacha. La muerte no importa tanto, ni a vosotros, los humanos verdaderos con vuestros cuatrocientos años ni a nosotros, los animales, con el matadero a la vuelta de la esquina. La muerte no es un *qué* sino un *cuándo*. Es la misma para todos nosotros. No tengas miedo. Sigue adelante y conocerás misericordia y amor. Si eres capaz de encontrarlos, verás que son mucho más preciosos que la muerte. Y cuando los hayas encontrado, ya la muerte no será muy importante.

—Todavía no sé qué es *misericordia* —dijo Elena—, pero creía saber lo que es *amor* y no espero encontrar a mi amante en un sucio y vetusto corredor atestado de subpersonas.

—No me refiero a esa clase de amor —rió Baby-baby, aventando con un movimiento de su manozarpa un conato de interrupción por parte de Mabel. Su decrepita cara ratonil chisporroteaba de expresividad. Súbitamente, Elena pudo imaginar con qué ojos habría visto a Baby-baby joven un subhombre ratón, cuando su piel era gris y tersa. A medida que hablaba, la vehemencia ponía juventud en sus viejas facciones.

—No me refiero al amor por

un amante, muchacha. Me refiero al amor por tu propia persona. Al amor por la vida. Al amor por todos los seres vivientes. Hasta el amor por mí. ¿Puedes imaginártelo?

Elena se moría de cansancio pero hizo un esfuerzo por contestar a la pregunta. Miró en la penumbra a la arrugada y vieja araña-rata, con sus ropas mugrientas y sus ojillos rojos. La imagen fugitiva de la joven y hermosa mujer-rata se había desvanecido; sólo quedaba aquella vieja criatura vulgar e inservible, con sus reclamos inhumanos y su absurdo alegato. Las personas jamás amaban a las subpersonas. Las utilizaban, como utilizaban sillas y picaportes. ¿Desde cuándo un picaporte exige el Privilegio de Antiguos Derechos?

—No —dijo Elena lisa y llanamente—. No puedo imaginar que algún día pueda amarte.

—Lo sabía —dijo Rastri desde su silla. Había triunfo en su voz.

Carlitos-es-mi-amorcito sacudió la cabeza como para aclararse la visión.

—¿Ni siquiera sabes quién manda en Fomalhaut III?

—La Instrumentalidad —dijo Elena—. Pero ¿es preciso que sigamos hablando? Dejarme ir, o matarme, o lo que sea. Esto no tiene sentido. Estaba cansada cuando llegué y ahora tengo millones de años de cansancio.

—Llévala —dijo Mabel.

—Bien —dijo Carlitos-es-mi-

amorcito. ¿Está allí el Cazador? La pequeña P'juana, que había permanecido a la zaga del grupo, habló entonces:

—El Cazador entró por el otro camino cuando ella entró por el frente.

—Me mentiste —le dijo Elena a Carlitos-es-mi-amorcito—. Me dijiste que había un solo camino.

—No te mentí. Hay un solo camino para ti, para mí y para los amigos de la Dama Panc Ashash. El camino por el que tú llegaste. El otro camino es la muerte.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir es que ese camino conduce directamente a los mataderos de los hombres que tú conoces. Los Señores de la Instrumentalidad que están aquí, en Fomalhaut III. Está el Señor Femtosex, que es justo y desconoce la piedad. Está el Señor Limaono, que piensa que el subpueblo es un peligro en potencia y que no debió ser creado. Está la Dama Goroke, que no sabe rezar pero que intenta meditar sobre el misterio de la vida y que ha tenido gestos bondadosos para con el subpueblo, siempre y cuando sus bondades no atentaran contra la ley. Y está la Dama Arabella Underwood, cuya justicia ningún hombre puede comprender. Ni tampoco el subpueblo —añadió riéndose entre dientes.

—¿Quién es? Quiero decir ¿de dónde sacó ese nombre tan raro? No hay ningún número en él. Es

tan malo como vuestros nombres. O como el mío —dijo Elena.

—Es oriunda de la Antigua Norstrilia, el mundo del *stroom*; ha sido cedida en préstamo a la Instrumentalidad y se atiene a las leyes del mundo en que nació. El Cazador puede entrar en los salones y los mataderos de la Instrumentalidad. Pero ¿podrías tú entrar? ¿Podría yo?

—No —dijo Elena.

—Entonces, adelante —dijo Carlitos-es-mi-amorcito—. Encáminate a tu muerte o a los grandes prodigios. ¿Puedo indicarte el camino, Elena?

Elena asintió en silencio.

La arpa-ratón Baby-baby le palmeó la manga. Brillaba en sus ojos una esperanza extraña. Cuando Elena pasó junto a la silla de Rastri, la bella y orgullosa joven le clavó los ojos, con una mirada fría, fulminante y severa. La niña-perro P'juana siguió a la pequeña comitiva como si hubiese sido invitada.

Bajaron y bajaron y bajaron. En realidad, no debió de ser ni siquiera medio kilómetro. Pero con los interminables pardos y amarillos, las extrañas formas de las subpersonas clandestinas y sin hogar, los olores nauseabundos y la atmósfera densa y cargada, Elena tenía la sensación de estar dejando atrás a todos los mundos conocidos.

En realidad, eso era precisamente lo que estaba haciendo, pero no se le ocurrió que su sospecha pudiese ser cierta.

5

Al final del corredor había una abertura redonda con una puerta de oro o de bronce.

Carlitos-es-mi-amorcito se detuvo.

—Yo no puedo ir más lejos —dijo—. Tú y P'juana tendrán que seguir. Esta es la antecámara olvidada entre el túnel y el palacio superior. Allí se encuentra el Cazador. Sigue adelante. Tú eres una persona. No corres ningún peligro. Las subpersonas suelen morir allí. Sigue adelante.

Le dio un golpecito en el codo y empujó la puerta corrediza.

—¿Y la niña? —dijo Elena.

—No es una niña —dijo Carlitos-es-mi-amorcito—. No es más que un perro, como tampoco yo soy un hombre, sino un cabro instruido y compuesto y acicalado para parecer un hombre. Si vuelves, Elena, te amaré como a un dios o te mataré. Depende.

—¿Depende de qué? —preguntó Elena—. ¿Y qué es "dios"?

Carlitos-es-mi-amorcito sonrió con aquella sonrisa vivaz y traviesa que era a la vez totalmente insincera y completamente amistosa. Esa debía de ser la característica de su personalidad en tiempos normales.

—Ya te enterarás de qué es dios en alguna otra parte, si eres capaz. No por nosotros. Y lo de la dependencia, es algo que aprenderás por tus propios medios. No necesitas esperar que yo te lo explique. Sigue adelante

ahora. Dentro de unos pocos minutos todo habrá terminado.

—Pero... P'juana... —insistió Elena.

—Si la cosa no resulta —dijo Carlitos-es-mi-amorcito— siempre podremos engendrar otra P'juana y esperar a otra tú. La Dama Panc Ashash nos lo ha prometido. ¡Entra ahora!

La empujó con tanta brusquedad que Elena trastabilló al cruzar el umbral. La luz clara y brillante la deslumbró, y el aire puro que respiró le supo tan bien como el agua fresca en su primer día fuera de la cápsula de la nave espacial.

La niña-perro había entrado trotando junto a ella.

Inmóviles, pegada la una a la otra, Elena y P'juana miraban hacia adelante, hacia arriba.

Hay muchos cuadros célebres de esta escena. Casi todos pintan a Elena cubierta de harapos, con el rostro desfigurado, dolorido de una bruja. Esto es estrictamente falso desde el punto de vista histórico. Cuando Elena entró por la otra punta de Clown Town vestía su falda-pantalón de todos los días, su blusa, y llevaba un par de bolsos gemelos colgados de los hombros. Esta era la vestimenta usual en Fomalhaut III en aquella época. No había hecho nada que hubiese podido deteriorar sus ropas, de modo que debió de tener el mismo aspecto cuando salió.

Y P'juana, bueno, todo el mundo sabe qué aspecto tenía P'juana.

El Cazador les salió al paso.

El Cazador las saludó, y nuevos mundos nacieron.

Era un hombre de estatura más bien baja, de pelo negro y rizado, ojos negros que bailaban llenos de alegría, hombros anchos y piernas largas. Caminaba con paso rápido y seguro. Sus manos estaban siempre quietas sobre sus flancos, pero no tenían el aspecto tosco, encallecido, de manos que hubiesen exterminado vidas, ni siquiera vidas de animales.

—Subid y tomad asiento —les dijo a modo de saludo—. Os he estado esperando, a ambas.

Elena avanzó y subió, tambaleante.

—¿Esperándonos? —balbuceó.

—No hay ningún misterio —dijo el Cazador—. Miraba el pantavisor que da al túnel. Tiene conexiones blindadas y no existe peligro de que la policía haya espionado.

Elena se detuvo en seco. La niña-perro, un paso más atrás, se detuvo también. Elena trató de erguirse en toda su estatura. Tenía casi la misma altura que el Cazador. Era difícil, puesto que él estaba cuatro o cinco escalones más arriba. Logró hablar con voz serena cuando le dijo:

—¿Tú sabes, entonces?

—¿Qué?

—Todas las cosas que ellos dijeron.

—Claro que las sé —sonrió el Cazador—. ¿Por qué no?

—Pero... —tartamudeó Elena— ¿lo de que tú y yo seremos amantes? ¿También eso?

—Eso también. —Volvió a sonreír.— Lo he estado oyendo la mitad de mi vida. Subid, tomad asiento y comed un bocado. Si es que la historia ha de consumarse a través de nosotros, tendremos muchas cosas que hacer esta noche. ¿Quieres comer, pequeña? —le preguntó a P'juana con ternura—. ¿Carne cruda o comida humana?

—Soy una niña hecha y derecha —dijo P'juana—, de modo que prefiero torta deocolate con helado de vainilla.

—Eso tendrás —dijo el Cazador—. Venid las dos y tomad asiento.

Habían subido al último peldaño. Una mesa fastuosa, ya servida, las esperaba. Rodeando a la mesa había tres divanes. Elena miró alrededor, buscando a la tercera persona que los acompañara. Sólo en el momento de sentarse comprendió que él se proponía invitar a la niña-perro.

El Cazador advirtió esa sorpresa, pero no la comentó directamente.

En cambio le habló a P'juana. —Tú me conoces, pequeña ¿verdad?

La niña sonrió y por primera vez desde que Elena la viera pareció aflojarse. La niña-perro era en verdad asombrosamente hermosa cuando no estaba tensa. La cautela, la quietud, la inquietud en potencia: esas eran caracterís-

ticas caninas. La niña parecía ahora totalmente humana y madura, mucho más allá de sus pocos años. Su rostro blanco tenía oscuros, oscuros ojos castaños.

—Te he visto muchas veces, Cazador. Y tú me dijiste lo que sucedería si yo resultaba ser la P'juana. Que yo difundiría la palabra y afrontaría grandes pruebas. Que podría morir y no morir, pero el pueblo y el subpueblo recordarían mi nombre durante miles y miles de años. Tú me dijiste casi todas las cosas que sé, excepto las cosas de que no puedo hablarte. Tú también las sabes, pero no hablarás, ¿verdad que no? —dijo la niña con voz suplicante.

—Sé que fuiste a la Tierra —dijo el Cazador.

—¡No lo digas! ¡Te suplico que no lo digas! —imploró la niña.

—¡La Tierra! ¿La Tierra Cuna del Hombre? —exclamó Elena—. ¿Cómo, por los astros del cielo, llegaste hasta allí?

El Cazador intervino.

—No la presiones, Elena. Es un gran secreto y ella quiere guardarlo. Descubrirás más cosas esta noche que las que ninguna mujer mortal supo jamás.

—¿Qué significa "mortal"? —preguntó Elena que no gustaba de los antiguos vocablos.

—Significa, sencillamente, alguien cuya vida tiene un final.

—¡Eso es disparatado! —dijo Elena—. Todo tiene un final.

Piensa en esa pobre gente sucia que ya cumplió sus cuatrocientos años y sigue viviendo en la ilegalidad.

Miró alrededor. Suntuosos cortinados de tela bordada en negro y rojo descendían del cielo raso al piso. En un costado del aposento había un mueble que ella nunca había visto. Era parecido a una mesa, pero tenía en el frente puertecitas anchas y chatas que lo cubrían de lado a lado; estaba ricamente ornamentado con extraños objetos de madera y metal. No obstante, había temas más importantes que los muebles de que hablar.

Miró abiertamente al Cazador (ninguna enfermedad orgánica; herida en brazo izquierdo a edad temprana; exposición un tanto excesiva a los rayos del sol; podría necesitar corrección para visión de cerca) y le preguntó:

—¿También tú me has capturado?

—¿Capturado?

—Tú eres un Cazador. Tú cazas a las criaturas, para matarlas, supongo. Ese subhombre de allá abajo, el cabro que se llama a sí mismo Carlitos-es-mi-amorcito...

—¡No es verdad! —exclamó la niña-perro P'juana, interrumpiéndola.

—¿Qué es lo que no es verdad? —dijo Elena, enfadada por la interrupción.

—No es verdad que se llame a sí mismo así. Otra gente, subgente, quiero decir, lo llama así. Su

nombre es Baltasar, pero nadie lo usa.

—¿Qué importancia tiene, pequeña? —dijo Elena—. Yo estoy hablando de mi vida. Tu amigo dijo que me quitaría la vida si algo no sucedía.

Tanto P'juana como el Cazador permanecieron callados.

Elena notó que su voz adquiría un tono frenético.

—¡Tú se lo oíste decir! —Se volvió al Cazador.— ¡Tú lo viste en el pantavisor!

La voz del Cazador era calma y segura:

—Nosotros tres tenemos muchas cosas que hacer antes de que esta noche acabe. Y no podremos hacerlas si tú tienes miedo o estás preocupada. Conozco al subpueblo, pero también conozco a los Señores de la Instrumentalidad, a los cuatro que tenemos aquí. Los Señores Limaono y Femtosex y la Dama Groke. Y también a la norstriliana. Ellos te protegerán. Es posible que Carlitos-es-mi-amorcito quiera quitarte la vida porque está preocupado, porque teme que el túnel de Englok, donde tú acabas de estar, sea descubierto. Tengo medios para protegerlo a él y también a ti. Ten confianza en mí por un momento. No es tan difícil ¿verdad?

—Pero el hombre —protestó Elena—, el hombre o el cabro o lo que sea, Carlitos-es-mi-amorcito, dijo que todo sucedería inmediatamente, en cuanto yo estuviese aquí, contigo.

—¿Cómo va a suceder algo —dijo la pequeña P'juana— si tú no cesas de hablar?

El Cazador sonrió.

—Es verdad —dijo—. Ya hemos hablado bastante. Ahora debemos convertirnos en amantes.

Elena se levantó de un salto.

—¡No conmigo, no, no! ¡No con ella aquí presente! ¡No cuando todavía no sé ni siquiera qué trabajo debo hacer! Yo soy una bruja. Se supone que algo tengo que hacer, pero nunca he podido saber realmente en qué consiste.

—Mirad esto —dijo tranquilamente el Cazador, yendo hasta la pared y señalando con el dedo un intrincado dibujo circular.

Elena y P'juana miraron.

El Cazador volvió a hablar, esta vez con apremio en la voz.

—¿Lo ves, P'juana? ¿Lo ves realmente? Las eras giran esperando este momento, pequeña. ¿Lo ves? ¿Te ves a ti misma en su interior?

Elena miró a la niña-perro. P'juana había casi cesado de respirar. Miraba fijamente el curioso diseño simétrico como si fuese una ventana abierta a mundos de maravilla.

El Cazador rugió, al máximo de su voz.

—¡P'juana! ¡Juana! ¡Juanita!

La niña no respondió.

El Cazador se acercó a la niña, le palmeó suavemente la mejilla, volvió a gritar. P'juana seguía mirando el intrincado diseño.

—Ahora —dijo le Cazador—, tú y yo hacemos el amor. La niña está ausente, en un mundo de sueños felices. Ese dibujo es un mandala, algo que nos ha quedado de un pasado inimaginable. Hace que la conciencia humana se encierre en sí misma. P'juana no nos verá ni nos oír. No podremos ayudarla a marchar hacia su destino a menos que antes tú y yo hagamos el amor.

Elena, con la mano sobre la boca, trató de inventariar los síntomas con el fin de mantener en equilibrio sus pensamientos familiares. Pero fue en vano. Se sentía invadida por una dulce languidez, una felicidad, una paz que nunca había vuelto a sentir desde su infancia.

—¿Creías —le preguntó el Cazador— que yo cazaba con mi cuerpo y mataba con mis manos? ¿No te dijeron que las presas acuden a mí gozosas, que las bestias mueren gritando de placer? Soy telépatha y trabajo bajo licencia, y ahora bajo licencia otorgada por la Dama muerta Panc Ashash.

Elena supo que la conversación había tocado a su fin. Trémula, feliz, temerosa, cayó en los brazos del Cazador y se dejó conducir por él hasta el diván, en un rincón de aquel negro y dorado aposento.

Mil años después, le estaba besando la oreja al Cazador y susurrándole palabras tiernas, palabras que no creía conocer. Pensó que las cajas narradoras debieron

de enseñarle muchas más cosas de las que ella suponía.

—Tú eres mi amor —le decía—, mi único amor, mi adorado. Nunca me dejes, nunca; no me abandones nunca. ¡Oh, Cazador, te amo tanto!

—Antes que pase el día de mañana —le dijo el Cazador— tendremos que separarnos, pero nos volveremos a encontrar. ¿Te das cuenta de que todo esto duró apenas un poco más de una hora?

Elena se sonrojó.

—Y yo —tartamudeó— y yo... tengo hambre.

—Perfectamente natural —dijo el Cazador—. Muy pronto podremos despertar a la pequeña y entonces comeremos juntos. Y en seguida sobrevendrá la historia, a menos que alguien entre y nos detenga.

—Pero, querido —dijo Elena— ¿no podríamos seguir siquiera un rato más? ¿Un año? ¿Un día? Manda de nuevo a la niña al túnel, por un tiempo.

—No, no es posible —dijo el Cazador—, pero voy a cantarte la canción que me vino a la mente sobre nosotros dos. La estuve pensando durante mucho tiempo, de a pedacitos, pero ahora se ha convertido en realidad.

Tomó en sus manos las dos manos de Elena y la miró a los ojos con franqueza y serenidad. Nada en él parecía indicar que tenía poderes telepáticos.

Le cantó la canción que conocemos con el nombre de *Te amé y te perdí*.

Te conocí y te amé
y te conquisté, en Kalma.
Te amé y te conquisté,
y te perdí, mi amada.

Los oscuros cielos de Waterrock
cayeron sobre nosotros.
Iluminados solamente por los relámpagos
de nuestro amor, mi amada.

Fue el nuestro un tiempo breve,
una efímera hora de gloria:
El placer conocimos,
la negación sufrimos.
El cuento de nosotros dos
es una agri dulce historia.
Como un disparo, breve,
como la muerte, larga.

Nos conocimos y nos amamos
y en vano conspiramos
Para salvar la belleza
de una guerra sin tregua.
Para nosotros no tuvo tiempo el tiempo,
ni los minutos, misericordia.
Hemos amado, hemos perdido,
mas el mundo no se ha detenido.

Hemos perdido, hemos besado,
hermosa, y nos hemos separado.
Todo cuanto hemos podido conquistar
en nuestros corazones hemos de
[guardar.

El recuerdo de la belleza
y la belleza del recuerdo...
Te amé y te conquisté
y te perdí, en Kalma.

Los dedos del Cazador, moviéndose en el aire, producían un sonido semejante al de la suave música de un órgano. Elena había percibido antes ondas musicales, pero era la primera vez que tocaban algo para ella.

Cuando el Cazador terminó de cantar, ella sollozaba. Era todo tan verdadero, tan maravilloso, tan desgarrador.

Él había conservado en su mano derecha la izquierda de ella.

Repentinamente se la soltó y se puso de pie.

—Primeramente a trabajar y luego a comer. Hay alguien cerca de nosotros.

Se acercó con paso vivo a la niña-perro, que seguía sentada en la silla mirando el mandala con ojos muy abiertos, ojos de sonámbula. Firme, suavemente, el Cazador le tomó la cabeza entre sus manos y le apartó la mirada del dibujo. La niña luchó un momento contra las manos y luego pareció despertar por completo.

—Fue muy hermoso —sonrió—. Descansé. ¿Cuánto tiempo pasó? ¿Cinco minutos?

—Un poco más —dijo el Cazador con dulzura—. Quiero que tomes la mano de Elena.

Pocas horas antes Elena habría protestado ante la extravagancia de dejarse tomar de la mano por una subpersona. Esta vez nada dijo; obedeció. Parecía profundamente enamorada del Cazador.

—Vosotras dos no necesitáis saber mucho —dijo el Cazador—. Tú, P'juana, vas a captar todo cuanto hay en nuestras mentes y en nuestras memorias. Te convertirás en nosotros, en nosotros dos. Y para siempre. Marcharás al encuentro de tu destino glorioso.

La niña se estremeció.

—¿Ha llegado el día, de verdad?

—Ha llegado —dijo el Cazador—. Las eras del futuro recordarán esta noche. Y tú, Elena

—añadió—, no harás otra cosa que amarme y quedarte muy quieta. ¿Comprendes? Verás cosas grandiosas, algunas de ellas aterradoras. Pero no serán reales. Quédate quieta, nada más.

Elena asintió sin decir palabra.

—En el nombre —dijo el Cazador— del Primer Olvidado, en el nombre del Segundo Olvidado, en el nombre del Tercer Olvidado. Por el amor del pueblo que les dará vida. Por el amor que les dará una muerte limpia y verdadera...

Sus palabras eran claras, pero Elena no podía comprenderlas.

El día de los días había llegado.

Ella lo supo.

Trepando a través del piso compacto apareció, con su afable cuerpo robótico, la Dama Panc Ashash. Se acercó a Elena y le susurró:

—No temas, no tengas miedo.

¿Miedo?, pensó Elena. No es el momento de tener miedo. Esto es demasiado interesante.

Como si respondiera a su reflexión, una voz clara, masculina, potente, habló desde la nada:

Es el momento del valeroso compartir.

Al ser pronunciadas estas palabras, fue como si se hubiese pinchado una burbuja. Elena sintió que su personalidad y la de P'juana se amalgamaban. Con la telepatía ordinaria, la experiencia hubiera sido aterrador. Pero aquello no era comunicación. Era ser.

Se había convertido en P'juana.

na. Sintió el cuerpecito limpio con sus prendas muy pulcras. Una vez más tuvo conciencia de la forma infantil. Era curiosamente grato y familiar poder recordar, en sensaciones de naturaleza terriblemente remota, que también ella había tenido alguna vez aquellas formas: el pecho liso e inocente, la inglete delicada, los dedos que todavía daban la sensación de estar sueltos y vivos cuando los extendía desde la palma. Pero la mente, ¡la mente de aquella niña! Era como un inmenso museo iluminado por suntuosos vitrales, un museo en cuyo interior yacían en desorden montañas de tesoros y maravillas multicolores, perfumados por un extraño incienso que flotara en el aire sereno. P'juana tenía una mente que se remontaba hasta los orígenes del color y la gloria del hombre. P'juana había sido un Señor de la Instrumentalidad, un hombre-mono tripulando las naves del espacio, una amiga de la querida Dama muerta Panc Ashash, y la propia Panc Ashash.

No era raro que la niña fuese tan prodigiosa y extraña: la habían hecho heredera de todas las edades.

Es el momento del resplandeciente apogeo de la verdad en el agotador compartir, dijo la voz sin nombre, clara y enérgica. *Es el momento de tú y de él.*

Elena se percató de que estaba respondiendo a las sugerencias hipnóticas que la Dama Panc

Ashash había puesto en la mente de la niña perra, sugerencias que estallaban con toda su potencia en el momento en que las tres entraban en contacto telepático.

Por espacio de una fracción de segundo, sólo percibió asombro en su interior. Sólo a sí misma se veía: cada detalle, cada secreto, cada pensamiento y sentimiento, cada contorno de la carne. Era extraño sentir los senos suspendidos del pecho, la tensión de los músculos abdominales que mantenían firme y erguida la columna vertebral femenina...

¿Columna vertebral femenina?

¿Por qué había pensado que tenía una columna vertebral femenina?

De pronto supo el porqué.

Iba siguiendo el pensamiento del Cazador, a medida que la conciencia de éste recorría su cuerpo, lo sorbía, lo gozaba, lo amaba nuevamente, esta vez de adentro hacia afuera.

Supo de algún modo que la niña-perra lo observaba todo, serena y callada, sorbiendo de ellos dos el puro matiz de ser verdaderamente humano.

Hasta en pleno delirio tuvo conciencia de su turbación. Quizá aquello fuese un sueño, pero aun así era demasiado. Empezó a cerrar la mente. Se le ocurrió de pronto que debía soltar las manos del Cazador y de la niña-perra.

Pero en ese momento llegó el fuego...

Un fuego brotó del piso y ardió, intangible, en torno de ellos. Elena no sentía nada... pero percibía el contacto de la mano de la niña.

Las llamas rodean a las damas, gamas, dijo una voz idiota desde la nada.

La hoguera rodea a la caldera, fiera, dijo otra.

El bochorno es como un horno, corno, dijo una tercera.

Súbitamente, Elena recordó la Tierra, pero no era la Tierra que ella conocía. Ella, Elena, era P'juana, y no era P'juana. Era un hombre-mono alto, vigoroso, indiferenciable de un ser humano verdadero. Ella/él caminaba por la Plaza de la Paz de An-fang con el corazón muy alerta. Ella/él notaba una discrepancia. Faltaban algunos de los edificios.

La Elena real pensó para sí: "De modo que esto es lo que hicieron con la niña, grabaron en ella los recuerdos de otras subpersonas. Otras, que tuvieron la audacia de hacer cosas, de conocer otros lugares."

El fuego se extinguió.

Por espacio de un instante, antes de que lo invadieran las aguas del océano verde con su blanca corona de espuma, Elena vio, despejado e incólume, el aposento negro y rojo. Las aguas manaban a raudales sobre ellos sin siquiera mojarlos. El verdor se derramaba en torno sin presiones, sin sofocaciones.

Elena era el Cazador. Dragones gigantes flotaban en el cielo de Fomalhaut III. Elena, el Cazador, vagabundeaba por una colina, cantando de amor y añoranza. Tenía la mente del Cazador, sus recuerdos. El dragón, intuyendo su presencia, voló hacia abajo. Las alas enormes del reptil eran más bellas que el crepúsculo, más delicadas que las orquídeas. Su batir en el aire era más suave que el aliento de un niño de pecho. Y Elena no solamente era el Cazador, también era el dragón; sintió que sus mentes se encontraban y que el dragón moría en un éxtasis jubiloso.

De algún modo, las aguas se habían retirado. También P'juana y el Cazador habían desaparecido. Elena ya no estaba en el aposento. Era otra vez la tensa, preocupada Elena buscando por una calle sin nombre destinos sin esperanzas. Tenía que hacer cosas que nunca pudieron hacerse. Y mi yo, mal nacido, en mala hora, en un lugar impropio: estoy sola, sola, gemía su mente. Otra vez estaba allí el aposento; y también las manos del Cazador y de la niña.

Empezó a levantarse una niebla...

¿Otro sueño?, pensó Elena. ¿No hemos sido derrotados acaso?

Pero de algún lugar llegó otra voz, una voz que chirriaba como los dientes de una sierra al atravesar un hueso, como el rechinar de una máquina rota que continuamente funcionando a una velocidad

imposible y nefasta. Era una voz maligna, una voz aterradora.

Quizá esta vez era en verdad la "muerte", la muerte con quien la habían confundido las subpersonas del túnel.

La mano del Cazador soltó su mano. Ella soltó la de P'juana.

Ahora había en el recinto una mujer extraña. Lucía el tahalí de la autoridad y los leotardos del viajero.

Elena le clavó la mirada.

—Serás castigada —dijo la terrible voz, que ahora provenía de la extraña mujer.

—¿Qu... qu... qué? —tartamudeó Elena.

—Estás condicionando sin autoridad a una subpersona. No sé quién eres, pero el Cazador debería saber cómo son las cosas. La bestia, desde luego, tendrá que morir —dijo la mujer, mirando a la pequeña P'juana.

El Cazador musitó, mitad a modo de saludo a la desconocida, mitad a modo de explicación para Elena, como si no supiese qué otra cosa decir:

—Lady Arabella Underwood.

Elena, por más que quiso hacerlo, no pudo inclinarse ante la dama.

La sorpresa la dio la niña perra.

—Yo no soy una bestia para ti —dijo—, soy tu hermana Juana.

La Dama Arabella parecía tener trastornos auditivos. (Ni la propia Elena sabía a ciencia cierta si escuchaba las palabras habladas o si recibía el mensaje con la mente.)

—Soy Juana y te amo.

La Dama Arabella se sacudió como si le hubiesen echado agua encima.

—Claro que eres Juana. Tú me amas. Y yo te amo a ti.

—El pueblo y el subpueblo se encuentran en el amor.

—Amor, amor, por supuesto. Tú eres una niñita buena. Y tan recta.

—Tú me olvidarás —dijo Juana— hasta que volvamos a encontrarnos y a amarnos nuevamente.

—Sí, querida. Y por ahora, adiós.

Por fin P'juana usaba palabras. Le habló al Cazador y le habló a Elena.

—Este es el final. Ahora sé quién soy y qué debo hacer. Será mejor que Elena vaya conmigo. Te veremos pronto, Cazador, si es que vivimos.

Elena miró a la Dama Arabella que se había quedado paralizada con la mirada fija, vacía de una ciega. Con su mirar inteligente, tierno y melancólico, el Cazador le hizo una seña a Elena.

La niña guió a Elena escaleras abajo, más y más abajo hasta la puerta de bronce que daba al túnel de Englok. En el momento de franquearla, Elena oyó la voz de la Dama Arabella que le decía al Cazador.

—¿Qué haces tú aquí, a solas? Hay un olor extraño en este cuarto. ¿Has tenido animales? ¿Mastaste alguno?

—Sí, señora —dijo el Cazador en el instante en que P'juana

y Elena trasponían el umbral.
—¿Qué? —vociferó la Dama Arabella.

El Cazador debió de alzar la voz hasta un punto de énfasis penetrante, porque quería que también las otras dos lo oyese.

—He matado, señora —dijo el Cazador—, como siempre: con amor. Esta vez fue un sistema.

Elena y P'juana se deslizaron por la puerta mientras la voz airada de la Dama Arabella, autoritaria e inquisitiva, azotaba aún al Cazador.

P'juana encabezaba la marcha. Su cuerpo era el cuerpo de una niña bonita, pero su personalidad era el despertar en pleno de todas las subpersonas que habían sido impresas en ella. Elena no podía comprenderlo, porque Juana era todavía la niña-perra, pero ahora también era Elena y a la vez el Cazador. No había duda alguna en cuanto a sus movimientos; la niña, que ya no era una subniña, iba adelante, y Elena, humana o no, la seguía.

La puerta se cerró detrás de ellas. Una vez más, estaban en el corredor pardo y amarillo. Casi todo el subpueblo las estaba esperando. Había docenas de ojos clavados en ellas. Como olas lentas, pesadas, los densos olores animales del viejo túnel se volcaron sobre ellas. Elena sentía un incipiente dolor en las sienes, pero estaba demasiado alerta para preocuparse.

Por un momento, P'juana y Elena enfrentaron al subpueblo.

La mayoría de vosotros habréis visto cuadros o representaciones teatrales basados en esta escena. La más famosa es, fuera de toda duda, el fantástico dibujo "en un solo trazo" de San Shigonanda. El fondo de un gris casi uniforme, una que otra pincelada parda y amarilla a la izquierda, un toque de negro y rojo a la derecha y en el centro la extraña línea blanca que de algún modo sugiere a la atribulada Elena y a Juana, la niña condenada y bienaventurada.

Carlitos-es-mi-amorcito fue, desde luego, el primero en recuperar la voz. (Elena ya no lo veía como un hombre-cabra. Parecía un hombre de mediana edad serio y cordial, luchando con denuevo contra la mala salud y una vida azarosa. Su sonrisa le parecía ahora persuasiva y encantadora. ¿Por qué, pensó Elena, antes no lo veía así? ¿Habré cambiado?)

Carlitos-es-mi-amorcito habló antes que Elena encontrase una respuesta.

—Fue él quien lo hizo. ¿Eres P'juana?

—¿Soy P'juana? —dijo la niña, interrogando a la multitud de seres deformes, horribles, apiñadas en el túnel—. ¿Os parece que soy P'juana?

—No. No. Eres la dama que nos fue prometida, eres el puente hacia el hombre —gritó una mujer vieja y alta, de pelo amarillo, a quien Elena no recordaba haber visto antes.

La mujer se dejó caer de rodillas a los pies de la niña e intentó tomarle las manos. Con calma pero con firmeza, la niña apartó sus manos y entonces la mujer hundió el rostro en la falda de la pequeña y echó a llorar.

—Soy Juana —dijo la niña— y ya no soy un perro. Ahora todos vosotros sois personas, personas, y si morís conmigo, moriréis siendo humanos. ¿No es esto mejor que lo que siempre fue? Y tú, Ruthie —le dijo a la mujer hincada a sus pies—, levántate y deja de llorar. Alégrate. Sé que se llevaron y mataron a todos tus hijos, Ruthie, y eso me apena. No puedo devolverles la vida. Pero os hago humanos. Hasta de Elena hice una persona.

—¿Quién eres tú? —dijo Carlitos-es-mi-amorcito—. ¿Quién eres?

—Soy la niña que hace apenas una hora enviaste a vivir o a morir. Pero ahora soy Juana, no P'juana. Vosotras sois mujeres. Vosotros sois hombres. Sois todos personas. Podéis usar el arma.

—¿Qué arma?

Era la voz de Rastri, desde la tercera fila de espectadores.

—Vida y vida compartida —dijo la niña Juana.

—No seas tonta —replicó Rastri—. ¿Cuál es el arma? No nos des palabras. Hemos tenido palabras y muerte desde el principio del mundo del subpueblo. Eso es lo que la gente nos da: buenas palabras, bellos principios y asesinato a mansalva año tras año,

generación tras generación. No me digas que yo soy una persona, porque no lo soy. Soy un bisonte, y lo sé. Dame algo con qué matar. Déjame morir peleando.

La pequeña Juana parecía incongruente con su cuerpo infantil, su escasa estatura y el mismo vestidito azul con que Elena la había visto por primera vez. Era ella quien dominaba en el corredor. Bastó que alzara la mano para que se acallasen los cuchicheos que habían comenzado mientras Rastri gritaba.

—Rastri —dijo, con una voz que resonó en todo el recinto—, la paz sea contigo en el eterno ahora.

Rastri frunció el ceño. Tuvo la gracia de mostrar su desconcierto ante el mensaje de Juana, pero no dijo nada.

—No me habléis, querido pueblo —dijo la pequeña Juana—. Ante todo, acostumbraos a mí. Yo os traigo vida compartida. Es más que amor. Amor es una palabra dura, triste, sucia, una palabra fría, una palabra antigua. Dice demasiado y promete demasiado poco. Os traigo algo mucho más grande que el amor. Si estáis vivos, estáis vivos. Si convivís, entonces sabéis que también está la otra vida: vosotros dos, cualesquiera de vosotros, todos vosotros. No hagáis nada. No codiciéis nada, no arrebatéis, no poseáis nada. Limitaos a *ser*. Esa es el arma. No hay llama ni fusil ni veneno capaz de detenerla.

—Quiero creerte —dijo Ma-

yese, tendría que despedazarme, que destrozarme los sesos contra la pared, que... —La risa se transformó en llanto; pero Rastri se contuvo y siguió hablando.— Vosotros, bestias, sois tan estúpidos que ni siquiera sabéis que sois monstruos. No sois personas. Nunca seréis personas. Yo soy uno de vosotros. Y soy lo bastante honesta como para admitir que lo soy. Somos escoria, somos nada, somos cosas que son menos que máquinas. Como basura nos escondemos bajo tierra y cuando la gente nos mata no nos lloran. Al menos estábamos escondidos. Y ahora vienes tú, con tu mansa mujer humana —Rastri lanzó a Elena una mirada fulminante— y hasta eso tratas de cambiar. Te mataré otra vez si puedo, a ti, inmundicia, a ti, perra, a ti, bestia. ¿Qué estás haciendo con el cuerpo de esa niña? Ni siquiera sabemos quién eres. ¿Puedes decirnoslo?

El hombre-oso se había acercado a Rastri sin que ella lo advirtiera, y se disponía a abofetearla otra vez si amagaba atacar nuevamente a la pequeña Juana.

Juana lo miró de frente y con un simple movimiento de los ojos le ordenó que no le pegase.

—Estoy cansada —dijo—. Estoy cansada, Rastri. Aún no tengo cinco años y ya soy milenaria. Y ahora soy Elena y también el Cazador y soy la Dama Panc Ashash y sé muchas más cosas que las que jamás pensé saber. Tengo cosas que hacer, Rastri,

porque os amo y creo que pronto he de morir. Pero por favor, buena gente, ante todo dejadme descansar.

El hombre-oso estaba a la derecha de Rastri. A su izquierda acababa de aparecer una mujer-serpiente. A no ser por la fina lengua bifurcada que entraba y salía de su boca como una llama agonizante, su rostro era bonito y humano. Tenía hombros y caderas bien formados, pero no tenía senos. Un corpiño dorado de copas vacías se balanceaba sobre su pecho liso. Las manos daban la impresión de ser más resistentes que el acero. Cuando Rastri amagó acercarse a Juana, la mujer-serpiente dejó escapar un silbido.

Era el silbido de la serpiente de la Vieja Tierra.

Por un instante, todas las subpersonas apiñadas en el corredor contuvieron el aliento. Todas las miradas estaban fijadas en la mujer-serpiente. Con los ojos clavados en Rastri, volvió a silbar. En el estrecho recinto aquel sonido era una verdadera abominación. Elena advirtió que Juana se ponía tensa como un perrito. Carlitos-es-mi-amorcito parecía estar tomando impulso para dar un salto mortal de veinte metros y Elena misma sintió de pronto ansias de golpear, de matar, de destruir. Aquel silbido era un desafío para todos ellos.

Plenamente consciente de la atención que había suscitado, la mujer-serpiente miró con calma a su alrededor.

—No os preocupéis, amado pueblo. Ya véis, estoy usando el nombre de Juana por todos nosotros. No le voy a hacer ningún daño a Rastri, no a menos que ella le haga daño a Juana. Pero si ella le hace daño a Juana, si cualquiera daña a Juana, tendrá que vérselas conmigo. Vosotros tenéis una idea clara de quién soy yo. Nosotras, las personas-S, tenemos una fuerza inmensa, una alta inteligencia y ningún miedo. Sabéis que nosotras no podemos reproducirnos. Las personas tienen que hacernos una por una, a partir de las serpientes comunes. No me hagáis enojar, amado pueblo. Quiero saber en qué consiste este nuevo amor que trae Juana y mientras yo esté aquí nadie le va a hacer ningún daño. ¿Me oís, pueblo? Nadie. Intentadlo y moriréis. Pienso que antes de morir podría mataros a casi todos, aun cuando todos vosotros me atacáseis unánimemente. *Dejad en paz a Juana.* Esto también va para ti, suave mujer humana. Tampoco a ti te temo. A ver, tú —le dijo al hombre-oso—, levanta a la pequeña Juana y llévala a dormir a un lecho tranquilo. Ella necesita descansar. Debe estar tranquila un rato. También vosotros quedaos quietos, todos vosotros; de lo contrario os las veréis conmigo.

Sus ojos negros recorrieron uno a uno todos los rostros. La mujer-serpiente dio un paso al frente, y todos se apartaron, como si ella fuese el único ser real en

medio de una muchedumbre de espectros.

Sus ojos se posaron un momento en Elena. Aunque no era agradable hacerlo, Elena le sostuvo la mirada. Los ojos negros sin cejas ni pestañas parecían rebosantes de inteligencia y despojados de emoción. Orson, el hombre-oso, la siguió obedientemente, llevando en sus brazos a la pequeña Juana.

Al pasar al lado de Elena la pequeña trató de permanecer despierta. Murmuró:

—Hazme más grande. Hazme más grande, por favor. Ahora mismo.

—No sé cómo... —dijo Elena.

La niña luchó con el sueño hasta despertarse por completo.

—Tendré muchas cosas que hacer. Trabajo... y acaso mi muerte para morir. Todo será en vano si soy tan pequeña. Hazme más grande.

—Pero... —protestó nuevamente Elena.

—Si no sabes, pregúntale a la Dama.

—¿Qué Dama?

La mujer-S, que se había detenido a escuchar la conversación, intervino.

—La Dama Panc Ashash, naturalmente. La dama muerta. ¿Crees que una Dama viviente de la Instrumentalidad haría otra cosa que matarnos a todos?

Mientras la mujer-serpiente y Orson se llevaban a Juana, Carlitos-es-mi-amorcito se acercó a Elena.

—¿Quieres ir tú? —le preguntó.

—¿A dónde?

—A ver a la Dama Panc Ashash, por supuesto.

—¿Yo? —replicó Elena—. ¿Ahora? —añadió más enfáticamente—. Desde luego que no —concluyó, pronunciando cada palabra como si fuese una ley. ¿Qué eres que soy? Hace unas pocas horas ni siquiera conocía vuestra existencia. No sabía muy bien lo que significaba la palabra "muerte". Suponía simplemente que todo terminaba a los cuatrocientos años, como debiera ser. Fueron horas de peligro y durante todo este tiempo todo el mundo ha estado amenazando a todos los demás. Me siento cansada y sucia y tengo sueño y necesito ocuparme de mí, y además... .

Calló de pronto, y se mordió el labio. Había estado a punto de decir, y además, mi cuerpo está extenuado después de haber hecho el amor, ese amor de maravilla con el Cazador. Ese no era asunto de Carlitos-es-mi-amorcito: tal cual era, era ya suficientemente caprino. Su mente era caprina y no percibiría la dignidad que había en todo eso.

El hombre-cabra le dijo con gran dulzura:

—Elena, tú estás haciendo historia, y cuando uno hace historia no siempre puede ocuparse al mismo tiempo de todas las minucias. ¿Eres más feliz y más importante de lo que jamás fuiste? ¿Sí? ¿No eres una persona di-

ferente de la que hace apenas algunas horas conoció a Baltasar?

Tanta solemnidad desconcertó a Elena. Asintió con un gesto.

—Soporta el hambre y el cansancio. Soporta la suciedad. Un ratito más, apenas. No podemos perder tiempo. Puedes hablar con la Dama Panc Ashash. Averigua qué es lo que hay que hacer con la pequeña Juana. Cuando vuelvas trayendo instrucciones más amplias, yo me ocuparé de ti. Este túnel no es tan malo como parece. En el aposento de Englok tendremos todo cuanto puedas necesitar. Englok mismo lo construyó hace mucho, muchísimo tiempo. Trabaja tan sólo un poquito más y luego podrás comer y descansar. Aquí tenemos de todo. "Yo soy el ciudadano de una ciudad que no es mezquina." Pero ante todo debes ayudar a Juana. Tú la quieres a Juana ¿verdad?

—Oh, sí, la quiero.

—Entonces ayúdanos sólo un poquito más.

¿Con muerte?, pensó Elena. ¿Con asesinato? ¿Con violación de la ley? Pero... todo sea por Juana.

Así fue como Elena se encaminó hacia la puerta secreta, salió al aire libre, vio el Gran Casco de la Ciudad Alta de Kalma coronando la Antigua Ciudad Baja. Habló con la voz de la Dama Panc Ashash y recibió, junto con otros mensajes, ciertas instrucciones. Más tarde podría repetir-

los, pero ahora estaba demasiado cansada para captar su verdadero significado.

Regresó, tambaleándose, hasta el lugar del muro donde suponía se encontraba la puerta; empujó pero la pared no cedió.

—Un poco más allá, Elena, más lejos. Date prisa. También yo me cansaba cuando yo era yo —le llegó el sonoro cuchicheo de la Dama Panc Ashash—. Pero ¡date prisa!

Elena se alejó unos pocos pasos del muro.

Un haz luminoso la hirió en pleno rostro.

La Instrumentalidad la había descubierto.

Aterrada, se precipitó contra la pared.

La puerta se entreabrió apenas y la mano vigorosa y acogedora de Carlitos-es-mi-amorcito la ayudó a pasar.

—¡La luz! ¡La luz! —gritó Elena—. Me vieron. Nos he matado a todos.

—Todavía no —sonrió el hombre-cabra, con su sonrisa rápida, inteligente y traviesa—. Tal vez yo no sea educado, pero soy bastante listo.

Introdujo la mano en el portón interior, volvió a mirar a Elena estímativamente y empujó al exterior un robot de dimensiones humanas.

—Un barrendero de más o menos tu misma estatura. Sin banco de memoria. Un cerebro agotado. Motivaciones simples. Si

ellos bajan a ver lo que creyeron ver, verán esto. Mantenemos a unos cuantos de estos robots cerca de la puerta. No salimos con frecuencia, pero cuando lo hacemos, es bueno tenerlos a mano para protegernos.

La tomó del brazo.

—Mientras comes me pondrás al tanto. ¿Podremos hacerla crecer...?

—¿A quién?

—A Juana, por supuesto. A nuestra Juana. Eso fuiste a averiguar.

Elena tuvo que inventariar su propia mente para saber lo que al respecto le había dicho la Dama Panc Ashash. Al cabo de un momento lo recordó.

—Necesitaremos una cápsula. Y un baño de gelatina. Y narcóticos, porque le va a doler. Cuatro horas.

—Magnífico —dijo Carlitos-es-mi-amorcito guiándola por el túnel.

—Pero ¿para qué? —dijo Elena—, si ya he traído la ruina para todos nosotros. La Instrumentalidad me vio entrar. Me seguirán. Os matarán a todos, incluso a Juana. ¿Dónde está el Cazador? ¿No sería mejor que durmiese primero?

Sentía que los labios se le hinchaban de fatiga; no había descansado ni probado bocado desde que, a medio camino entre Waterrocky y el Shopping Bar, se aventurara a abrir la extraña puertecita.

—Tú no corres peligro, Elena,

tú no corres peligro —dijo Carlitos-es-mi-amorcito; su sonrisa astuta irradiaba ternura y su voz suave trasuntaba sincera convicción. En su fuero íntimo, no creía una sola palabra de lo que le decía. Pensaba que todos corrían peligro, mas no tenía sentido aterrorizar a Elena. Elena era la única persona verdadera que estaba de parte de ellos, excepto el Cazador, que era un extraño, casi como un animal, y la Dama Panc Ashash, que era muy bondadosa pero que, a fin de cuentas, era una persona muerta. También él tenía miedo, pero era un miedo al miedo. Quizá todos ellos estuviesen condenados a morir.

En un sentido no se equivocaba.

7

La Dama Arabella Underwood llamó a la Dama Goroke.

—Algo me ha interferido la mente.

La Dama Goroke se alarmó muchísimo. Postergó la pregunta. Envío una sonda.

—Ya está. Nada.

¿Nada?

Más alarma para la Dama Goroke.

Haz sonar la alerta, entonces.

—Oh, no. Oh, no, no. Era una interferencia amistosa, agradable.

La Dama Arabella Underwood, que era oriunda de la Antigua Australia del Norte, solía ser un tanto formal: siempre pensaba

con todas las palabras para sus amigos, hasta en contacto telepático. Jamás irradiaba ideas en bruto.

Pero eso es totalmente ilegal. Tú perteneces a la Instrumentalidad. ¡Es un delito!, pensó la Dama Goroke.

Obtuvo una risita por respuesta.

¿Te estás riendo?, preguntó.

—Pensé, sencillamente, que acaso hubiera aquí un nuevo Señor. Un Señor de la Instrumentalidad. Investigándome.

La Dama Goroke era muy recta y se ofendía con facilidad.

¡Jamás haríamos cosa semejante!

Para sus adentros, pero sin transmitir, la Dama Arabella pensó: "No a ti, queridita. Tú eres flor de mojígata." Para la otra transmitió:

—Olvidate del asunto, entonces.

Perpleja y preocupada, la Dama Goroke pensó: Bueno, de acuerdo. ¿Cortamos?

—De acuerdo. Cortemos.

La Dama Goroke se puso seria. Dio unas palmadas a la pared. Central Planetaria, pensó al hacerlo.

Un hombre común apareció sentado frente a un escritorio.

—Soy la Dama Goroke —se anunció ella.

—Por supuesto, señora —contestó el hombre.

—Fiebre policial, grado uno. Sólo grado uno. Hasta rescisión.

¿Está claro?

—Clarísimo, señora. ¿Todo el planeta?

—Sí.

—¿Desea dar una razón? —La voz era respetuosa y rutinaria.

—¿Debo darla?

—Desde luego que no, señora.

—Ninguna entonces. Cierro.

El hombre saludó con una reverencia y su imagen se borró de la pared.

La Dama Goroke elevó su mente al nivel de un llamado leve pero claro. Instrumentalidad Solamente. Instrumentalidad Solamente. He ordenado elevar fiebre policial grado uno. Razón, alarma personal. Vosotros conocéis mi voz. Vosotros me conocéis. Goroke.

Calle abajo, en el otro extremo de la ciudad, un ornitóptero policial aleteaba lentamente.

El policía-robot estaba fotografiando a un barrendero, al barrendero más desmañadamente inepto que jamás viera.

El barrendero se desplazaba a velocidades ilícitas, de casi trescientos kilómetros por hora, se detenía de golpe con un siseo de plástico sobre piedra, y recogía las motas de polvo del pavimento.

Cada vez que el ornitóptero le estaba por dar alcance, el barrendero despegaba nuevamente, volvía a una velocidad fantástica tres o cuatro esquinas y reanudaba luego su tonta tarea.

Cuando esta escena se repitió por tercera vez, el robot tripu-

lante del ornitóptero logró interceptar al barrendero con un dispositivo inmovilizador, descendió en rápido vuelo y lo levantó con los garfios de su aparato.

Pudo entonces examinarlo de cerca.

—Inteligencia de pájaro. Modelo viejo. Inteligencia de pájaro. Por suerte ya no los utilizan más. Podía haber herido a Un Hombre. En mí, en cambio, imprimieron la mente de un ratón, de un auténtico ratón con montones y montones de inteligencia.

Llevando consigo al averiado barrendero, voló al depósito central de chatarra. Inválido, pero todavía consciente, el barrendero trataba de quitar el polvo de los garfios de hierro que lo sujetaban.

Abajo, la Ciudad Vieja, con sus extrañas luces geométricas, se perdió de vista. Y la ciudad nueva, bañada en su suave y perpetuo resplandor, brillaba en el cielo nocturno de Fomalhaut III. Más allá, a lo lejos, el océano imprecadero bullía en sus secretas tempestades.

No es fácil en verdad para los actores representar en un escenario la escena del interludio, ese lapso de una sola noche en el cual Juana fue trasmutada de una niña de cinco años en una doncella de quince o dieciséis. Aunque a riesgo de su vida, la máquina biológica funcionó a la perfección. La devolvió convertida en una persona joven,

vital y robusta, sin alterar su mente en absoluto. Un proceso difícil de reflejar, para cualquier actriz. En ese sentido, las cajas narradoras aventajan al escenario. Pueden mostrar la máquina con toda suerte de aditamentos: luces incandescentes, chispazos de relámpagos, rayos misteriosos. En realidad, semejava una bañera colmada de una hirviente gelatina parda que cubría por completo a Juana.

Elena, mientras tanto, comía con avidez en el aposento palaciego del propio Englok. Las vitallas eran viejas, viejísimas, y ella, como bruja que era, dudaba de su valor nutritivo, pero le calmaban el hambre. Por razones que Carlitos-es-mi-amorcito no supo explicarle, los habitantes de Clown Town habían decretado que el aposento era para todos ellos "terreno vedado". Por tal razón, se quedó del otro lado de la puerta y le indicó lo que tenía que hacer para procurarse alimentos, activar la cama y sacarla del piso, abrir el cuarto de baño. Todo cuanto había allí era muy anticuado y nada respondía a un simple pensamiento, a una mera palmada.

Ocurrió un hecho curioso.

Elena se había lavado las manos, había comido y se estaba preparando para bañarse. Se había desnudado casi por completo, pensando sencillamente que Carlitos-es-mi-amorcito era un animal, no un hombre, de modo que no importaba.

De pronto supo que sí importaba.

Podía ser una subpersona, pero para ella era un hombre. Intensamente ruborizada, se precipitó al cuarto de baño y le gritó: —Vete. Voy a bañarme y luego me acostaré a dormir. Despiértame cuando sea necesario, no antes.

—Sí, Elena.

—Y... y...

—¿Sí?

—Gracias —dijo—. Muchas gracias. ¿Sabes una cosa? Nunca antes le había dicho "gracias" a una subpersona.

—No tienes por qué darlas —repuso Carlitos-es-mi-amorcito con una sonrisa—. La mayoría de las personas no lo hacen. Que duermas bien, mi querida Elena. Cuando despiertes, prepárate para presenciar grandes cosas. Arrancaremos una estrella del cielo y pondremos fuego a mil mundos...

—¿Qué es eso? —preguntó Elena, asomando la cabeza por el ángulo de la puerta del baño.

—Una simple figura de lenguaje —sonrió él—. Lo que quiero decirte es que no tendrás mucho tiempo. Que descanses bien. Y no olvides poner tu ropa en la máquina-doncella para damas. Todas las de Clown Town están estropeadas. Pero como nosotros no hemos usado este cuarto, la tuya debería funcionar.

—¿Cuál es?

—La de tapa roja con asa dorada. Levántala.

Con esta nota doméstica, Carlitos-es-mi-amorcito la dejó sola para que descansara, mientras él se encaminaba a urdir el destino de cien billones de vidas.

Cuando salió del aposento de Englok, se enteró de que era media mañana. ¿Cómo podía saberlo? El corredor pardo y amarillo, con sus lóbregos y vetustos faroles amarillos, estaba tan penumbroso como siempre.

Sin embargo, todos sus habitantes parecían haber cambiado.

Baby-baby no era ya una vieja arpia-rata sino una mujer de gran vitalidad y una inmensa ternura. Rastri era tan peligrosa como un enemigo humano, los ojos clavados en Elena, su bello rostro desfigurado por el odio secreto. Carlitos-es-mi-amorcito estaba alegre, cordial y persuasivo. Hasta en los rostros de rasgos tan extraños como los de Orson y la mujer-S le pareció leer expresiones.

Luego de una serie de saludos singularmente corteses, preguntó:

—¿Y ahora qué sucede?

Una voz nueva, una voz familiar y a la vez desconocida, le respondió.

Elena miró de soslayo uno de los nichos de la pared.

¡La Dama Panc Ashash! ¿Y quién era la que estaba con ella?

En el momento mismo de preguntárselo, supo la respuesta. Era Juana, Juana crecida, sólo media cabeza más baja que la Dama Panc Ashash o que ella misma.

Era una nueva Juana, poderosa, feliz y serena; pero era también la pequeña, la antigua y querida P'juana.

—Bienvenida a nuestra revolución —le dijo la Dama Panc Ashash.

—¿Qué es una revolución? —preguntó Elena—. Yo pensaba que usted no podía entrar aquí, con todo ese blindaje antipensamiento.

La Dama Panc Ashash recogió un cable que pendía de su cuerpo robot.

—Para poder usar el cuerpo me adosé este artefacto. Ya no necesitamos tomar precauciones. En adelante, quienes deberán tomarlas son los del otro bando. Una revolución es una forma de cambiar a los sistemas y a las personas. Esta es una. Tú, Elena, marcha adelante. Por aquí.

—¿Para morir? ¿Es eso lo que quieres decir?

La Dama Panc Ashash rió de buena gana.

—Tú ya me conoces, Elena. Conoces a mis amigos aquí presentes. Sabes lo que fue tu vida hasta ahora, la de una bruja inservible en un mundo que no te necesitaba. Podemos morir, sí, pero lo que cuenta es lo que haremos antes de morir. Esta es Juana, yendo al encuentro de su destino. Tú encabezarás la comitiva hasta llegar a la Ciudad Alta. Luego, será Juana quien nos guíe. Y entonces, entonces veremos.

—¿Quiere decir que toda esta gente también va?

Elena miró a la multitud de subpersonas, que empezaba a formar doble fila a lo largo del corredor. Las filas sobresalían de tanto en tanto, cuando una madre llevaba a sus hijos de la mano o en brazos a los más pequeños. De vez en cuando asomaba por encima de las demás la cabeza de una subpersona gigantesca.

Ellos eran la nada, pensó Elena, y también yo era la nada. Ahora, todos juntos vamos a hacer algo, aunque ello pueda significar el exterminio para todos nosotros. "Puede", pensó: "sea" es la palabra. Pero si Juana es capaz de cambiar los mundos, aunque sea un poco, aunque sea para otra gente, valdrá la pena.

Juana tomó la palabra. Aunque su voz había crecido a la par de su cuerpo, era siempre la misma voz querida que la niñita-perra tenía dieciséis horas (parecen dieciséis años, pensó Elena) antes, cuando Elena la vio por primera vez a la entrada del túnel de Englok.

Dijo Juana:

—El amor no es una cosa especial, reservada exclusivamente a los humanos.

"Amor no es orgullo. El amor no tiene un nombre verdadero.

"Amor es amor a la vida misma, y nosotros tenemos vida.

"Nosotros no podemos vencerlos peleando. Las personas son superiores a nosotros numéricamente, poseen más armas que nosotros, son más veloces y saben

luchar mejor. Empero, no fueron ellos los que nos crearon. Lo que creó a las personas, cualquier cosa que haya sido, también nos hizo a nosotros. Esto todos vosotros lo sabéis, mas ¿diremos su nombre?

Un murmullo de *nos* y *nuncas* le llegó desde la multitud.

—Vosotros me esperábais. Yo os esperaba a vosotros. Acaso esta sea la hora de morir, pero moriremos como morían las personas en el principio, antes de que las cosas se tornaran para ellos fáciles y crueles. Ellos viven en un permanente estupor y mueren en un sueño. No es un buen sueño, y si despiertan sabrán que también nosotros somos personas. ¿Estáis conmigo?

—Sí —murmuró el coro de voces.

—¿Me amáis?

Hubo otro murmullo de asentimiento.

—¿Iremos todos al encuentro del día?

Todas las voces la aclamaron.

Juana se volvió a la Dama Panc Ashash.

—¿Es todo como lo habéis querido y ordenado?

—Sí —respondió la querida dama muerta desde su cuerpo robot—. Juana irá adelante, para guiarnos. Elena la precederá, para ahuyentar a los robots o a las subpersonas comunes. Cuando encontréis personas verdaderas, tendréis que amarlas. Esto es todo. Las amaréis. Y si os matan, tendréis que amarlas. Juana os en-

señalará la manera de amarlas. De mí, ya no volváis a ocuparos. ¿Listos?

Juana había levantado la mano derecha y hablaba consigo misma. La gente, caras y hocicos y morros de todos tamaños y colores, se inclinaba ante ella. En la retaguardia, un bebé de alguna especie animal maulló en un ligerísimo falso.

Antes de volverse para encabezar la procesión, Juana enfrentó a la multitud.

—Rastri ¿dónde estás? —preguntó.

—Aquí, entre todos —dijo desde el fondo una voz clara y serena.

—¿Me quieres ahora, Rastri?

—No, P'juana. Te quiero menos aún que cuando eras una perrita. Pero este es también mi pueblo, como es el tuyo. Soy valiente. Sé caminar. No crearé dificultades.

—Rastri —dijo Juana— ¿amarás a las personas cuando las encontremos?

Todas las miradas se volvieron hacia la bella joven bisonte.

Elena la vio muy al fondo del lóbrego corredor. Notó que el rostro de la joven se había puesto mortalmente pálido de emoción. Si de furor o miedo, no podía saberlo con certeza.

Finalmente, Rastri dijo:

—No, no voy a amar al pueblo. Tampoco a ti voy a amarte. Yo tengo mi orgullo.

Suave, suavemente, como la muerte misma a la cabecera de

un lecho silencioso, Juana volvió a hablar.

—Entonces, puedes quedarte, Rastri. Puedes quedarte aquí. No es una gran suerte, pero es una suerte.

Rastri la miró.

—Mala suerte para ti mujer perra, y mala suerte para el in-mundo ser humano que está a tu lado.

Elena se había puesto en puntillas para ver mejor.

Repentinamente, la cara de Rastri desapareció, cayó hacia atrás.

Abriéndose paso a fuerza de codos hasta llegar al frente, la mujer-S se detuvo junto a Juana, para que todos pudieran verla, y con una voz tan clara como el metal, entonó:

—Cantad "pobre, desdichada Rastri", amado pueblo. Cantad "Yo amo a Rastri", amado pueblo. Ella ha muerto. Acabo de matarla, para que todos podamos rebosar de amor. También a vosotros os amo —dijo la mujer serpiente, cuyo semblante de reptil no mostraba ningún indicio de amor o de odio.

A instancias de la Dama Panc Ashash, volvió a hablar Juana.

—Nosotros la amamos a Rastri, querido pueblo. Pensemos en ella y emprendamos la marcha.

Carlitos-es-mi-amorcito le dio un leve empujón a Elena.

—Vamos, tú a la cabeza.

Azorada, en un sueño, Elena tomó la delantera.

Al pasar junto a la nueva Jua-

na, tan alta y sin embargo tan familiar, se sintió cálida, feliz y valiente. Juana la miró con una sonrisa generosa y le susurró:

—Díme que estoy obrando bien, mujer humana. Yo soy un perro y nosotros, los perros, hemos vivido un millón de años para glorificar al hombre.

—Estás obrando bien, Juana, estás obrando bien. Yo estoy contigo. Y ahora ¿debo seguir adelante?

Los ojos cuajados de lágrimas, Juana asintió.

Elena inició lo marcha.

La seguían Juana y la Dama Panc Ashash, perra y dama muerta a la cabeza de la procesión.

En una doble fila las seguía a su vez el subpueblo.

Cuando abrieron la puerta misteriosa, la luz del día inundó el corredor. Elena tuvo la sensación de que junto con ellos salía a borbotones el aire nauseabundo. Cuando volvió la cabeza por última vez, vio tendido en el corredor, solitario, el cuerpo sin vida de Rastri.

Elena se encaminó a la escalera y empezó a subir.

Hasta ese momento, nadie había reparado en la procesión.

Mientras subía, Elena oía el tintineo del cable de la Dama Panc Ashash al rozar la piedra y el metal de los peldaños.

Cuando llegó a la puerta de arriba, Elena tuvo un momento de vacilación y pánico. "Esta es mi vida, mi vida", pensó. "No tengo ninguna otra. ¿Qué he hecho?"

Oh, Cazador, Cazador, ¿dónde estás? ¿Me has traicionado?

Muy suavemente, a sus espaldas, le habló Juana:

—¡Sigue adelante! ¡Sigue adelante! Esta es una guerra de amor. ¡Sigue adelante! ¡No te detengas!

Elena empujó la puerta que daba a la calle de arriba. La carretera estaba atestada de gente. En lo alto, tres ornitópteros policiales aleteaban lentamente. Tres era un número insólito. Elena se detuvo otra vez.

—Sigue adelante —le dijo Juana— ahuyenta a los robots.

Elena avanzó y la revolución comenzó.

8

La revolución duró seis minutos y abarcó ciento doce metros.

Ni bien el subpueblo empezó a fluir a borbotones por la puerta, la policía voló sobre ellos.

El primer aparato revoloteó como un enorme pájaro, mientras su voz tronaba:

—¡Identificaos! ¿Quiénes sois?

—Apártate —dijo Elena—. Es una orden.

—Identificate —le dijo la máquina que parecía un pájaro, inclinándose bruscamente y escrutando a Elena con las lentes de sus ojos robóticos.

—Apártate —le dijo Elena—. Yo soy un ser humano verdadero y te lo ordeno.

Aparentemente el primer ornitóptero llamó por radio a los otros

dos. Juntos descendieron alejándose entre los altos edificios.

Un nutrido grupo de personas se había congregado en la calle. En casi todos los rostros se pintaba una expresión de desconcierto; unos pocos parecían animados, divertidos u horrorizados a la vista de tantas subpersonas apiñadas en un solo lugar. Pronunciando con el acento más claro posible el Viejo Idioma Común, la voz de Juana salmodió:

—Amado pueblo. Nosotros somos personas y os amamos. Os amamos.

Las subpersonas empezaron a corear "amamos, amamos, amamos", en un misterioso canto llano en el que abundaban los sostenidos y los semitonos. Los humanos verdaderos retrocedieron. Juana misma dio el ejemplo besando a una mujer joven de aproximadamente su misma estatura. Carlitos-es-mi-amorcito tomó por el hombro a un hombre humano y exclamó:

—¡Yo te amo, hermano mío, mi semejante! Créeme, te amo de verdad. Es maravilloso conocerte.

Al hombre humano lo sorprendió el contacto y más lo sorprendió todavía la calidez que irradiaba la voz del hombre-cabra. Quedó petrificado, la boca floja y el cuerpo blando de simple, pura y aceptada sorpresa.

En algún lugar, desde la retaguardia, alguien lanzó un grito. Un ornitóptero policial retrocedió revoloteando. Elena no sabía

a ciencia cierta si era uno de los tres que había ahuyentado o si se trataba de un cuarto, recién llegado. Esperó a que se acercase lo bastante como para poder ordenarle que se retirara. Por primera vez se preguntó cuál era el carácter físico real del peligro. ¿Podía dispararle una bala la máquina policial? ¿O ponerle fuego? ¿O levantarla con sus chirriantes garras de hierro para transportarla a algún lugar donde nunca, nunca más volvería a ser ella misma?

—Oh, Cazador, Cazador, ¿dónde estás ahora? ¿Te has olvidado de mí? ¿Me has traicionado?

El subpueblo seguía fluyendo del corredor, y al confundirse con las personas verdaderas les tomaba las manos, les asía las ropas y les repetía la extraña y discordante cantinela:

—Te amo. Oh, cuánto te amo. Somos personas. Somos vuestros hermanos y vuestras hermanas...

La mujer serpiente no parecía hacer grandes progresos. Con su mano más fuerte que el acero había asido a un hombre humano. Elena no notó que le dijera nada, pero el hombre se desplomó en el suelo, sin sentido. Enrollándose en el brazo, como si fuese un gabán sin cuerpo, la mujer serpiente siguió buscando a algún otro a quien amar.

Detrás de Elena una voz muy queda susurró:

—El vendrá muy pronto.

—¿Quién? —preguntó Elena a la Dama Panc Ashash; sabía muy bien a quién se refería, pero ocu-

pada como estaba en vigilar al ornitóptero policial que revoloteaba en círculo a su alrededor, no quería admitirlo.

—El Cazador, desde luego —respondió el robot con la voz de la querida Dama muerta—. Vendrá por ti. Tú vas a estar muy bien. Mi cable ya se está acabando. Mira para otro lado, querida. Van a matarme nuevamente y me temo que este espectáculo pueda entristecerte.

Catorce robots, modelo infantería, avanzaban con firme paso militar hacia la multitud. Los humanos verdaderos se reanimaron al verlos y algunos de ellos empezaron a replegarse hacia los portales. Pero la mayoría de las personas verdaderas no había vuelto todavía de su asombro y permanecía junto a las subpersonas, que las acariciaban con sus zarpas, balbuceando una y otra vez sus palabras de amor y revelando en el acento el origen animal de sus voces.

El sargento-robot no parecía prestar atención a todo esto. En cambio, cuando intentó llegar a la Dama Panc Ashash, tropezó con Elena que le salió al paso.

—Te ordeno —le dijo con la pasión de una bruja en plena actividad— *te ordeno que te retires de este lugar.*

Como oscuras bolitas azules, las lentes oculares del sargento-robot flotaban en un fondo lechoso. Cuando las alzó para mirar a Elena, parecían lacrimosas y mal enfocadas. Sin responder, y con

movimientos demasiado rápidos para que ella pudiese interponer su cuerpo, avanzó en línea recta hacia la querida Dama Panc Ashash.

Perpleja, Elena notó que el cuerpo robótico de la Dama parecía más humano que nunca.

El sargento robot la desafió.

Esta es la escena que todos recordamos, la primera crónica auténtica, registrada en imágenes, de todo el episodio:

El sargento en oro y negro, sus ojos lechosos clavados en la Dama Panc Ashash.

La Dama misma, con su decrepito y afable cuerpo robótico, alzando una imperiosa mano.

Elena, acongojada, volviéndose como si fuese a sujetar al robot por el brazo derecho. Su cabeza gira de lado a lado tan rápidamente que su pelo negro oscila acompañando ese movimiento.

Carlitos-es-mi-amorcito gritando a voz en cuello: “¡Te amo, te amo, te amo!” a un hombrecito bien parecido de pelo color ratón. Y el hombre sofoca un sollozo y no dice nada.

Todo esto sabemos.

Y luego viene lo increíble, lo que ahora nosotros creemos, el suceso para el cual ni los astros ni los mundos estaban preparados.

El motín.

El motín de los robots.

Desobediencia a plena luz del día.

Las palabras se escuchan con dificultad en la grabación, pero podemos adivinarlas. El registra-

dor del ornitóptero policial había fijado una pantalla sobre el rostro de la Dama Panc Ashash. Los que saben leer los movimientos de los labios, podrán descifrar las palabras; los que no, podrán escucharlas la tercera o cuarta vez que pasen el registro por la caja ocular.

Dijo la Dama:

—Obedece.

Dijo el sargento:

—No, usted es un robot.

—Compruébalo tú mismo. Lee mi cerebro. Soy un robot. También soy una mujer. Tú no puedes desobedecer a las personas. Yo soy persona. Yo te amo. Y además, tú eres persona. Tú piensas. Nos amamos el uno al otro. Intenta. Intenta atacar.

—No... no puedo —dijo el sargento robot; sus ojos lechosos parecían girar de excitación. ¿Usted me ama a mí? ¿Quiere decir que yo estoy vivo? ¿Que existo?

—Con amor, sí —dijo la Dama Panc Ashash—. Mírala a ella —añadió señalándole a Juana— porque ella te ha traído el amor.

El robot miró y desacató la ley. Su escuadrón miró junto con él. Se volvió hacia la Dama y le hizo una reverencia.

—Usted ya sabe lo que tenemos que hacer, si no podemos obedecerle a usted ni podemos desobedecer a los otros.

—Hacedlo —dijo la Dama, consternada— pero sabed lo que estáis haciendo. No estáis, en realidad, desobedeciendo dos órdenes humanas. Estáis haciendo una

elección. Vosotros. Y eso os hace hombres.

El sargento enfrentó a su pelotón de robots de forma y dimensiones humanas.

—¿Habéis oído? Ella dice que somos *hombres*. Yo le creo. ¿Lo creéis vosotros?

—Sí, creemos —gritaron todos, casi al unísono.

Aquí se acaba el registro visual, pero podemos imaginar cómo concluyó el episodio. Elena se había detenido bruscamente detrás del sargento-robot. Los otros robots se habían detenido detrás de Elena. Carlitos-es-mi-amorcito había dejado de hablar. Juana, sus cálidos, perrunos ojos castaños agrandados de piedad y comprensión, estaba alzando las manos para imponer su bendición.

La gente dejó constancia escrita de las cosas que no podemos ver.

Aparentemente, el sargento-robot dijo:

—Nuestro amor, querido pueblo, y adiós. Desobedecemos y morimos.

Agitó la mano en dirección a Juana. No hay ninguna certeza de que haya dicho: “Adiós, nuestra señora y libertadora.” Tal vez algún poeta inventó la segunda frase; de la primera, estamos seguros. También lo estamos de la palabra siguiente, acerca de la cual todos los historiadores y poetas se muestran de acuerdo. Se volvió a sus hombres y les dijo:

—Destruíd.

Catorce robots, el sargento ne-

gro y oro y sus trece soldados de infantería azul y plata, estallaron en blancas llamaradas en la calle de Kalma. Detonaron sus botones suicidas, sus cascos de termita sobre sus propias cabezas. No acataron una orden humana sino la de otro robot, el cuerpo de la Dama Panc Ashash, y tampoco ella tenía autoridad humana, sino tan sólo la palabra de Juana, la niña perra que fue convertida en adulta de la noche a la mañana.

Catorce antorchas blancas obligaron a todos los presentes, personas y subpersonas, a desviar las miradas. Un ornitóptero especial de la policía descendió en medio de las llamas y de él se apearon las dos Damas, Arabella Underwood y Goroke. Ambas levantaron los antebrazos para protegerse los ojos de la luz enceguedora que emitían los robots agonizantes. No vieron al Cazador que, misteriosamente, acababa de aparecer en una ventana abierta por encima de la calle y que, las manos sobre los ojos, espía la escena por entre los dedos. Todavía ofuscada por la luz, la multitud recibió el impacto telepático de la mente de la Dama Goroke al tomar el mando la situación. Como Jefe de la Instrumentalidad, estaba en su derecho. Algunos, no todos, sintieron el contragolpe de la mente de Juana, enfrentando a la Dama Goroke.

—Aquí mando yo —pensó la Dama Goroke, manteniendo su mente abierta a todos los seres.

—Es verdad, mandas tú, pero

yo amo, yo te amo —pensó Juana.

Las mentes de primer orden entraron en contacto.

Entraron en contacto y se enfrentaron.

La revolución ya había terminado. En realidad, nada había sucedido, pero Juana había obligado a las personas a enfrentarla. No hubo, como pretende el poema, una confusión general de personas y subpersonas. La confusión vino mucho tiempo después, después incluso de los tiempos de G'mell. El poema es bonito pero, como vosotros mismos podréis comprobarlo, absolutamente falso.

Deberías preguntármelo a mí

A mí, a mí, a mí,
Porque yo sé...
Yo vivía

En la Costa Oriental.
No son hombres los hombres,
Ni mujeres las mujeres
Y la gente ya no es gente.

En todo caso, no hay una Costa Oriental en Fomalhaut III. La crisis pueblo/subpueblo fue muy posterior a esto. La revolución había fracasado, mas la historia había llegado a un nuevo punto crucial: la disputa entre las dos Damas. De pura sorpresa, ambas dejaron sus mentes abiertas. Robots suicidas y perros que aman al mundo eran cosas inauditas. Suficientemente grave era el hecho de ver subpersonas ilegales merodeando por la ciudad, pero estas novedades... ¡ah!

Destruílos a todos, dijo la Dama Goroke.

—¿Por qué? —pensó la Dama Arabella Underwood.

Mal funcionamiento, replicó Goroke.

—Pero ¡si no son máquinas!

Entonces son bestias, subpersonas. ¡Destruídlas! ¡Destruídlas!

Llegó entonces la respuesta que dio nacimiento a nuestra propia época. Llegó de la Dama Arabella Underwood, y la oyó toda Kalma:

Quizá sean personas. Deberán ser juzgadas.

La muchacha perra Juana cayó de rodillas.

—¡He triunfado! ¡He triunfado! ¡He triunfado! ¡Podéis matarme, querida gente, pero yo os amo, os amo, os amo!

La Dama Panc Ashash le dijo a Elena, en voz muy baja:

—Yo pensaba que a esta altura estaría muerta. Muerta de verdad, por fin. Pero no es así. He presenciado la transformación de los mundos, y tú los has visto transformarse, junto a mí.

Al oír la discusión teleptica de elevado volumen entre las dos grandes Damas, el subpueblo se llamó a silencio.

En sus ornitópteros sibilantes que aleteaban como aves de rapiña, los soldados verdaderos descendieron del cielo, y abalanzándose sobre el subpueblo comenzaron a amarrarlos con cuerdas.

Uno de los soldados echó una sola mirada al cuerpo robot de la Dama Panc Ashash. Lo tocó con su vara y ésta se volvió rojo

cereza a causa del calor. Despedido súbitamente de su calor, el cuerpo robótico se desmoronó en un montón de cristales helados.

Elena echó a andar entre los fríos escombros y la vara al rojo vivo. Acababa de ver al Cazador.

A quien no alcanzó a ver fue al soldado, que había llegado hasta Juana y empezado a maniatarla, para luego retroceder llorando y balbuciendo:

—¡Me ama! ¡Me ama!

El Señor Femtiosex, que era quien comandaba a los soldados volantes, amarró a Juana con una cuerda, a pesar de las protestas de la muchacha.

—Ya sé que me amas —le contestó malhumorado—. Eres un perro bueno. Pronto morirás, perrito, pero hasta ese momento vas a obedecer.

—Estoy obedeciendo —dijo Juana—, pero soy perro y persona. Abre tu mente, hombre, y lo sabrás.

Al parecer, Femtiosex abrió su mente y se sintió anegado por el oleaje de aquel océano de amor. Se sobresaltó. Su brazo se bamboleó hacia arriba y atrás, y con el filo de la mano golpeó el cuello de Juana para provocarle la antigua muerte.

—No, no lo hagas —pensó la Dama Arabella Underwood—. A esta joven debemos someterla a un juicio decoroso.

Femtiosex la miró echando fuego por los ojos: Jefe no ataca a Jefe, mi Dama. Suéltame el brazo.

Abierta y públicamente, la Dama Arabella pensó hacia él:

—Juicio, entonces.

En su cólera, el Señor Femtiosex asintió. No iba a pensar hacia ella y menos hablarle delante de toda aquella gente.

Un soldado condujo a su presencia a Elena y el Cazador.

—Señor y amo, estas son personas, no subpersonas. Pero albergan en sus mentes pensamientos caninos, pensamientos gatunos, pensamientos caprinos e ideas robóticas. ¿Desea usted mirar?

—¿Por qué mirar? —dijo el Señor Femtiosex, que era tan rubio como las antiguas imágenes de Baldur, y a menudo igualmente arrogante—. El Señor Limaono está a punto de llegar. Eso significa que estaremos todos. Podremos celebrar el juicio aquí y ahora.

Elena sintió en las muñecas la mordedura de las cuerdas; oyó que el Cazador le susurraba palabras de consuelo, palabras que ella no comprendía totalmente.

—No nos van a matar —le murmuraba el Cazador—, aunque antes de que acabe este día desearemos que lo hayan hecho. Todo está ocurriendo tal como ella lo predijo, y...

—¿Quién es esa ella? —interrumpió Elena.

—¿Ella? La Dama, naturalmente. La querida Dama muerta Panc Ashash, que con la simple reproducción de su personalidad en la máquina ha obrado milagros después de muerta. ¿Quién

supones tú que me dijo lo que tenía que hacer? ¿Por qué te esperé para que condicionaras a Juana para su grandeza? ¿Por qué los habitantes del corredor de Clown Town criaron una Juana tras otra, en espera de la esperanza y de un gran prodigio?

—¿Lo sabías? —dijo Elena—. ¿Lo sabías... antes de que ocurriese?

—Por supuesto —dijo el Cazador—. No exactamente sino más o menos. Después de muerta, vivió en esa computadora centenares de años y tuvo tiempo de pensar millones de pensamientos. Ella previó cómo sería si llegaba a ocurrir y yo...

—¡Silencio, gente! —rugió el Señor Femtiosex—. Estáis soliviantando a las bestias con vuestra cháchara. ¡Silencio u os atrofiol

Avergonzado por haber puesto su cólera al desnudo en presencia de otra persona, el Señor Femtiosex echó una rápida ojeada a Elena. Y añadió con más calma:

—Se va a iniciar el juicio. El que ordenó la alta Dama.

9

Todos vosotros sabéis lo del juicio, de modo que no es preciso explayarse en sus detalles. Otro cuadro de San Shigonanda, perteneciente a su período convencional, lo pinta muy a las claras.

La calle estaba colmada de personas verdaderas, ansiosas por

ver algo que mitigase el tedio de la perfección y el tiempo. Todos tenían números o códigos numéricos en lugar de nombres. Todos eran hermosos, buenos, tontamente felices. Hasta se parecían muchísimo los unos a los otros, semejantes en su belleza, en su salud, en su aburrimiento esencial, y cada uno de ellos tenía un total de cuatrocientos años para vivir. Ninguno había conocido una verdadera guerra, si bien la ligereza extrema de los soldados ponía en evidencia el vano adiestramiento de centenares de años. Eran personas bellas pero se sentían inútiles, y sin que ellos mismos lo supiesen, vivían secretamente desesperadas. Todo esto es clarísimo en el cuadro, y en la forma sorprendente en que San Shigonanda los alinea en hileras informales y logra que la plácida luz azul del día les ilumine los rostros bellos y desesperanzados.

Con el subpueblo, el artista hace verdaderos prodigios.

Juana misma aparece circundada por un halo de luz. Su pelo castaño claro y sus castaños ojos caninos expresan dulzura y bondad. Hasta sugiere la idea de que su cuerpo nuevo es terriblemente nuevo y vigoroso, que ella es una virgen y está dispuesta a morir, que es una doncella apenas, pero una doncella que no teme a nada. La actitud de amor es visible en las piernas: apenas roza el suelo. El amor es visible en sus manos, cuyas palmas abiertas se alzan hacia los jueces. El amor se

muestra en su sonrisa: es una sonrisa confiada.

¡Y los jueces!

También a ellos los capta el artista con maestría. El Señor Femtiosex, otra vez sereno, con labios finos, enjutos, que denotan la ira perpetua contra un universo que ha demostrado ser demasiado pequeño para él. El Señor Limaono, sagaz, dos veces renacido, indolente pero astuto como una víbora detrás de sus ojos adormilados y su lenta sonrisa. La Dama Arabella Underwood, el ser humano más alto presente, con su orgullo norstriliano y la arrogancia de una gran fortuna, junto a la ternura caprichosa de una gran fortuna, expresada en su forma de sentarse, de juzgar a sus colegas más que a los prisioneros. La Dama Goroque, desconcertada al fin, frunciendo el ceño ante una jugada del azar que no alcanza a comprender. El artista lo ha captado todo.

Y también están, si queréis ir a un museo, las auténticas cintas de video. La realidad no es tan dramática como la pinta el célebre cuadro, pero no deja de tener su valor. La voz de Juana, muerta durante todos estos siglos, es aún extrañamente conmovedora. Es la voz de un perro trasmutado en ser humano, pero es también la voz de una gran Dama. La imagen de la Dama Panc Ashash debió de enseñárselo, además de lo que aprendió de Elena y del Cazador en la antecámara sobre el Corredor Pardo y Amarillo de Englok.

También se han conservado las palabras del juicio. Muchas de ellas se hicieron famosas a través de todos los mundos.

Dijo Juana, durante la indagatoria:

—Pero es el deber de la vida buscar más que vida, y trocarse por esa bondad más alta.

Cuando se pronunció la sentencia, Juana comentó:

—Mi cuerpo es de propiedad vuestra, pero no así mi amor. Mi amor es sólo mío, y os amaré con fervor mientras me matéis.

Suando los soldados hubieron dado muerte a Carlitos-es-mi-amorcito, y mientras trataban de degollar a la mujer-S hasta que a uno de ellos se le ocurrió congelarla en cristales, Juana dijo:

—¿Somos acaso tan extraños a vosotros, nosotros, las bestias de la Tierra que habéis traído a las estrellas? Hemos compartido el mismo sol, los mismos océanos, el mismo cielo. Todos hemos venido de la Cuna del Hombre. ¿Cómo sabéis que, de haber permanecido juntos en el terruño, no habríamos llegado a comprenderos? Mis antepasados fueron perros. Os amaban antes que hiciérais de mi madre una bestia con forma de mujer. ¿No debo amaros? El milagro no está en que hayáis hecho personas de nosotros. El milagro consiste en que hayamos tardado tanto tiempo en comprenderlo. Ahora somos personas, al igual que vosotros. Lamentaréis lo que me vais a hacer, pero recordad que también amaré

vuestro remordimiento, porque él rendirá ricos y buenos frutos.

El Señor Limaono preguntó asustadamente:

—¿Qué es un “milagro”?

Juana le respondió:

—Hay una sabiduría de la Tierra que todavía no habéis vuelto a descubrir. Está el nombre del Innominado. Hay en el tiempo secretos que permanecen ocultos para vosotros. Sólo los muertos y los no nacidos pueden conocerlos en este instante: y yo soy ambas cosas.

La escena nos es familiar, y sin embargo jamás podremos comprenderla.

Sabemos lo que los Señores Femtiosex y Limaono creían estar haciendo. Estaban manteniendo el orden establecido y trataban de obtener un registro completo. Las mentes de los hombres sólo pueden convivir si las ideas esenciales son comunicadas. Nadie, hasta ahora, ha descubierto la forma de registrar la telepatía directamente en un instrumento. Poseemos trozos sueltos, fragmentos entreverados y confusos, pero nunca obtuvimos un registro satisfactorio de lo que uno de los grandes le transmitía al otro. Los dos jefes varones estaban tratando de registrar todos aquellos aspectos del episodio que enseñarían a las personas indiferentes a no jugar con la vida del subpueblo. Hasta estaban tratando de hacer comprender a las subpersonas las normas y designios en virtud de los cuales fueron transformados de

bestias que eran en los supremos servidores del hombre. Esto, dados los prodigiosos sucesos de las últimas horas, hubiera sido difícil de lograr, incluso de un Jefe de la Instrumentalidad a otro; y para el común de la gente, era casi imposible. Pese a que la Dama Goroke había sorprendido a P'juana, la tumultuosa salida del Corredor Pardo y Amarillo fue totalmente inesperada; y el amotinamiento de la policía robótica tendría que ser discutido a través de toda la galaxia. Además, la muchacha-perra estaba planteando problemas que tenían alguna validez verbal. Si se los dejaba estar en forma de meras palabras, sin un contexto adecuado, podrían afectar a los espíritus incautos o impresionables. Una idea nefasta puede propagarse con la rapidez de un germen mutado. Si despierta un mínimo de interés, podrá saltar de un espíritu a otro a través del universo entero, antes que nadie logre detenerlo. Ved si no las innovaciones funestas, las modas absurdas que han atormentado a la humanidad, incluso desde los tiempos del orden supremo. Hoy día sabemos que la variedad, la flexibilidad, el peligro y el cultivo de un pequeño odio pueden hacer que el amor y la vida florezcan como jamás florecieron antes; sabemos que es preferible vivir con las complicaciones de trece mil lenguas antiguas rescatadas de un pasado muerto y remoto que con la fría perfección del callejón sin salida del Antiguo

Idioma Común. Sabemos muchas cosas que los Señores Femtiosex y Limaono ignoraban, y antes de juzgarlos estúpidos o crueles, recordemos que debieron transcurrir varios siglos antes de que la humanidad llegase por fin a dilucidar el problema del subpueblo y decidiera qué cosa era “la vida” dentro de los límites de la comunidad humana.

Tenemos, finalmente, el testimonio de los dos mismísimos Señores. Ambos vivieron hasta muy avanzada edad, y hacia el final de sus vidas les preocupó e indignó el hecho de que el episodio de P'juana hubiese dejado en sombras todas las cosas malas que no ocurrieron durante sus largas carreras —cosas malas que ellos se habían esforzado por prevenir para la protección del planeta Fomalhaut III— y les entristecía verse retratados como hombres crueles, indiferentes, cuando en realidad no lo eran en absoluto. De haber previsto que la historia de Juana en Fomalhaut III llegaría a ser lo que hoy es —uno de los grandes romances de la humanidad, junto con la historia de G'mell o el romance de la dama que llevó *El Alma*— no se habrían sentido tan defraudados, si bien la volubilidad de los hombres no habría dejado de indignarlos y con justa razón. Los papeles que les tocó desempeñar son claros porque ellos mismos los esclarecieron. El Señor Femtiosex asume la responsabilidad por la idea del fuego; el Señor Limaono

no admite que él tuvo su parte en la decisión. Ambos, muchos años más tarde, revisaron las cintas en que se había registrado la escena y admitieron que algo que dijo o pensó la Dama Arabella Underwood...

Algo los había llevado a hacerlo.

Pero hasta con las cintas para refrescarles y aclararles los recuerdos, no supieron decir qué.

Hemos llegado incluso a usar computadoras para catalogar cada palabra del juicio, cada inflexión de voz; tampoco ellas han logrado determinar el punto crítico.

Y a la Dama Arabella... a ella nadie le hizo preguntas nunca. No se atrevieron. La Dama Arabella regresó a su planeta natal, a la Antigua Australia del Norte, rodeada por el inmenso tesoro de la droga santaclara, y ningún planeta desea pagar a razón de dos millones diarios de créditos por el privilegio de enviar a un investigador a conversar con un montón de tozudos labriegos norstrilianos, simples y acaudalados, que de todas maneras no querrán hablar con visitantes extramundanos. Esa es la suma que los norstrilianos reclaman por la admisión de cualquier huésped que no haya sido especialmente seleccionado e invitado por ellos mismos; nunca sabremos, por consiguiente, qué cosas dijo o hizo la Dama Arabella Underwood cuando volvió a su tierra natal.

Los norstrilianos dijeron que no

estaban dispuestos a discutir el tema, y si no queremos que nuestras vidas vuelvan a reducirse a unos escasos setenta años, más vale no provocar las iras del único planeta que produce el *stroom*.

En cuanto a la Dama Goroke, ella, la pobre, se volvió loca.

Loca, durante años.

De esto la gente no llegó a enterarse sino con el tiempo, pero a ella no fue posible sacarle una sola palabra. Realizó los extraños actos que, ahora lo sabemos, son propios de la dinastía de los Señores Jestocost, los que por diligencia o mérito se impusieron a la Instrumentalidad por espacio de doscientos años o más. Pero acerca del caso de Juana, ella no tuvo nada que decir.

El juicio es, por lo tanto, un episodio acerca del cual sabemos todo, y nada.

Creemos conocer las circunstancias materiales de la vida de P'juana que se transformó en Juana. Sabemos de la Dama Panc Ashash, que sin cesar le murmuraba al subpueblo augurando una justicia que todavía estaba por venir. Conocemos la vida toda de la infortunada Elena y su papel protagónico en el caso. Sabemos que en aquellas centurias, cuando el subpueblo era un invento relativamente reciente, había muchas guardias secretas en las que las subpersonas ilegales ponían en juego su ingenio casi humano, su astucia animal y su don del lenguaje para poder subsistir, aunque la humanidad las hubiese de-

clarado inservibles. El Corredor Pardo y Amarillo no fue por cierto único en su especie. Hasta sabemos lo que le sucedió al Cazador.

En cuanto al resto de las subpersonas —Carlitos-es-mi-amorcito, Baby-baby, Mabel, la mujer-S, Orson y todos los demás— poseemos las cintas del juicio mismo. A ellos nadie los juzgó. Fueron exterminados en el acto, por los soldados, ni bien se hizo evidente que su testimonio era innecesario. Como testigos, hubieran podido vivir unos pocos minutos más, acaso una hora; como animales, estaban ya fuera de la ley.

Ah, sabemos ahora todo eso, y sin embargo nada sabemos. Morir es simple, aunque tendamos a ocultárnoslo. El *cómo* del morir es un problema científico menor; el *cuándo* del morir es un problema para cada uno de nosotros, así se viva en los planetas a la antigua una vida de cuatrocientos años o en los modernos y radicales donde se ha reimplantado la libertad de enfermedad y accidente; el *por qué* es todavía más aterrador, como lo fue para el hombre preatómico, que acostumbra cubrir los predios de labranza con los cadáveres encajonados de sus muertos. Estas subpersonas murieron como nunca antes murió bestia alguna. Con alegría.

Una madre alzó en sus brazos a todos sus hijitos para que el soldado los matase. Debía de ser de origen ratonil, porque tenía sep-

tillizos, todos ellos muy parecidos entre sí.

La cinta nos muestra el cuadro de los soldados preparándose. La mujer-rata los recibe con una sonrisa, mientras sostiene en brazos a sus siete pequeños. Son muy rubios, de mejillas relucientes y vivaces ojos azules, y usan bonetes rosados o celestes.

—Ponlos en el suelo —dijo el soldado—. Voy a matarte a ti y también a ellos.

La cinta nos revela el tono nervioso y perentorio de la voz. Como si ya hubiese empezado a pensar que debía justificarse ante estas subpersonas, añadió una palabra:

—Ordenes.

—No importa que los tenga en brazos, soldado. Soy su madre. Se sentirán mejor si mueren contentos, junto a su madre. Yo te amo, soldado. Amo a todas las personas. Aunque mi sangre es ratonil y la tuya humana, tú eres mi hermano. No vaciles, soldado, mátales. Yo ni siquiera puedo hacerte daño. ¿Eres capaz de comprenderlo? *Te amo, soldado*. Comparémos un lenguaje común, esperanzas comunes, temores comunes y una muerte común. Esto es lo que Juana nos ha enseñado a todos. No es mala la muerte, soldado. A veces nos llega de mala manera, pero después que nos hayas matado, a mí y a mis bebés, tú me recordarás. Recordarás que ahora yo te amo...

El soldado, lo vemos en el registro, no soporta más. Empuña

su arma y derriba a la mujer; los bebés caen dispersos por el suelo. Vemos cómo levanta el tacón de la bota y les aplasta las cabezas. Oímos el húmedo estallido de las cabecitas al quebrarse, el agudo y breve quejido de los bebés al morir. Tenemos una última imagen de la mujer-rata. Ha vuelto a levantarse en el preciso momento en que es asesinado su séptimo bebé. Tiende la mano al soldado para estrechar la suya. Su cara está sucia y magullada, un hilo de sangre le corre por la mejilla izquierda. Incluso ahora sabemos que es una rata, una subpersona, una bestia modificada, una nada. Y sin embargo nosotros, nosotros mismos, después de tantos siglos, sentimos que se ha vuelto de algún modo más humana que nosotros, que su muerte es humana y verdadera. Sabemos que ella ha triunfado sobre la muerte; no así nosotros.

Vemos al soldado mirándola con pavoroso terror, como si el simple amor fuese un artificio insondable, de origen misterioso.

Y escuchamos las siguientes palabras:

—Soldado, te amo, os amo a todos...

Habría podido matarla en una fracción de segundo, si hubiese usado correctamente el arma. Pero no lo hizo. La empuñó, y la golpeó con ella, como si el extractor de calor fuese una maza de madera y él un hombre salvaje y no un miembro de la elite policial de Kalma.

Sabemos lo que luego acontece.

Bajo esos golpes, la mujer se desploma. Y señala. La señala a Juana envuelta en humo y llamas.

La mujer-rata grita por última vez, grita hacia la lente de la cámara robot como si hablase no al soldado sino a la humanidad entera.

—No podréis matarla. No podréis matar al amor. Yo te amo, soldado, te amo a ti. *Eso* no lo puedes matar. Recuerda...

La mujer-rata recibe en plena cara el golpe de gracia.

Otra vez se desploma sobre el pavimento. El soldado, lo vemos en la cinta, le hunde un pie directamente en la garganta. En una danza extraña, salta hacia adelante, aplastando con todo su peso el cuello frágil. Se balancea al pisotearla, y entonces la cámara nos muestra su rostro en primer plano.

Es la cara llorosa de un niño azorado ante el dolor, aterrado ante la perspectiva de nuevos dolores.

Ha empezado a cumplir con su deber y ese deber ha resultado ser un error, un terrible error.

Pobre hombre. Ha de haber sido uno de los primeros hombres de los mundos nuevos que intentó usar las armas contra el amor. El amor es un ingrediente demasiado acre y poderoso para enfrentarlo en el ardor de la batalla.

Todo el subpueblo murió de esa manera. La mayoría murió sonriendo, pronunciando la palabra "amor" o el nombre "Juana".

El hombre-oso, Orson, había quedado para el final. Murió de una manera muy extraña. Murió riendo a carcajadas.

El soldado levantó su perdigona y apuntó directamente a la frente de Orson. Los perdigones tenían veintidós milímetros de diámetro y una velocidad de sólo ciento veinticinco metros por segundo. De esa manera les era fácil reprimir a los robots recalcitrantes y a las subpersonas malvadas sin correr el riesgo de que los proyectiles penetrasen en los edificios e hiriesen a las personas verdaderas que pudieran estar en el interior, fuera del alcance de la vista.

En la cinta que registraron los robots, la expresión del rostro de Orson hace pensar que sabe perfectamente qué clase de arma es. (Probablemente lo sabía. El subpueblo estaba acostumbrado a vivir, desde su nacimiento hasta su supresión, bajo la amenaza de una muerte violenta.) En los cuadros que poseemos, no parece temer el arma; se echa a reír. Su risa es cálida, generosa, espontánea, como la risa amistosa de un feliz padre adoptivo que ha encontrado a un niño culpable y azorado y sabe muy bien que el niño espera castigo, pero no lo recibirá.

—Dispara, hombre. Tú no puedes matarme, hombre. Estoy en tu mente. Te amo. Eso fue lo que nos enseñó Juana. Escucha, hombre. No existe la muerte. No existe para el amor. Jo, jo, jo, pobre

amigo, no tengas miedo de mí. ¡Dispara! Tú eres el desdichado. Tú vas a vivir. Y recordar. Y recordar. Y recordar. Yo te hice humano, amigo mío.

El soldado gruñe:

—¿Qué dijiste?

—Hombre, te estoy salvando. Estoy haciendo de ti un ser humano verdadero. Vamos, dispara contra mí si la espera te hace sentir mal. Si de todos modos lo vas a hacer.

Esta vez no vemos la cara del soldado, pero la rigidez de su espalda y su cuello traicionan la tensión interna que lo domina.

Vemos cómo la cara grande y ancha del oso estalla en una inmensa y líquida flor roja, cuando los blandos y pesados perdigones lo surcan y penetran.

A continuación la cámara capta otra escena.

Un niñoito, probablemente un zorro, pero de formas humanas muy cabales.

Era más grande que un niño de pecho, mas no lo suficientemente crecido, como los subniños mayores, para comprender la importancia inmortal de la prédica de Juana.

Fue el único del grupo que se comportó como una subpersona común. Se soltó y echó a correr.

Era muy ágil: correteaba entre los espectadores para que los soldados no pudiesen atacarlo con sus perdigones o sus reductores de calor sin herir al mismo tiempo a algún ser humano verda-

dero. Correteaba, brincaba, esquivaba, luchando pasiva pero denodadamente por su vida.

Por último, uno de los espectadores —un hombre de elevada estatura y sombrero plateado— le hizo una zancadilla. El niño-zorro cayó sobre el pavimento desollándose las palmas y las rodillas. En el preciso instante en que se incorporaba para ver quién iba hacia él, una bala le penetró, certera, en la cabeza. Cayó, sin vida, unos pasos más adelante.

La gente muere. Nosotros sabemos cómo muere la gente. Hemos visto a muchos morir, tímidos y callados, en las Casas Mortuorias. Hemos visto a otros penetrar en las alcobas de los cuatrocientos años, esas alcobas que no se abren desde adentro y en cuyo interior no hay cámaras. Hemos visto escenas de multitudes que morían en desastres naturales, y que los equipos robots registraron para los archivos y para investigaciones ulteriores. La muerte no es una rareza, y es muy desagradable.

Pero esta vez hasta la muerte fue distinta. Con excepción del niño-zorro, demasiado joven para comprender y demasiado grande para esperar la muerte en los brazos de su madre, el subpueblo no sentía temor alguno ante la muerte. La enfrentaban con alegría, con amor y paz en los cuerpos, las voces, el porte. Lo mismo daba si vivían o no el tiempo suficiente para saber qué había sido de la propia Juana; de todos modos,

tenan una perfecta confianza en ella.

Esta era en realidad el arma nueva, el amor y la buena muerte.

Rastri, con su orgullo, nunca llegó a conocerla.

Más tarde, los investigadores hallaron en el corredor el cuerpo de Rastri. Fue posible reconstruir quién era y lo que le había sucedido. La computadora en cuyo interior sobrevivió unos pocos días la imagen incorpórea de la Dama Panc Ashash, luego del juicio, fue, por supuesto, encontrada y desmontada. Nadie pensó en aquel momento en recoger sus opiniones y sus postreras palabras. Este olvido ha hecho rechinar los dientes de numerosos historiadores.

Los detalles están claros por lo tanto. Los archivos preservan asimismo el prolongado interrogatorio y las respuestas de Elena, cuando fue procesada después del juicio. Pero no sabemos de dónde surgió la idea del "fuego".

Es probable que en alguna parte, invisible para el ojo observador de la máquina registradora, la consigna pasara de uno a otro, entre los cuatro Jefes de la Instrumentalidad que instruían el juicio. Consta, sí, la protesta del Jefe de los Pájaros (Robots) o jefe de policía de Kalma, un Subjefe llamado Fisi.

Las cintas muestran su aparición. Entra en la escena por la derecha, se inclina respetuosamente ante los cuatro Jefes y levanta la mano derecha en la se-

ñal tradicional de "deseo interrumpir", una extraña torsión de la mano alzada que los actores encuentran muy difícil de imitar cuando tratan de condensar en un único acto dramático la historia completa de Juana y Elena. (En los hechos, él no previó más que los otros que las futuras edades estudiarían su aparición fortuita. Todo el episodio, a la luz de lo que ahora sabemos, estuvo caracterizado por la prisa y la precipitación.)

El Señor Limaono dice:

—Interrupción denegada. Estamos a punto de tomar una decisión.

El Jefe de los Pájaros habló de todos modos.

—Mis palabras tienen que ver con vuestra decisión, Señoras y Señores míos.

—Dílas entonces —ordenó la Dama Goroke—, pero sé breve.

—Desconectad los aparatos de observación. Destruíd a esa bestia. Lavad los cerebros de los espectadores. Perded vosotros la memoria de esta hora. Toda esta escena es peligrosa. Yo no soy más que un supervisor de ornitópteros, encargado de mantener un orden perfecto, pero...

—Hemos oído lo suficiente —dijo el Señor Femtiosex—. Tú, ocúpate de tus pájaros y nosotros gobernaremos los mundos. ¿Cómo te atreves a pensar "como un Jefe"? Nosotros tenemos responsabilidades que tú ni siquiera puedes sospechar. Retírate.

En las imágenes, Fisi retroce-

de, hosco el semblante. En esta serie particular de escenas, puede verse que algunos de los espectadores se marchan. Es la hora de comer y empezaban a sentir hambre; no se imaginaron que perderían la suprema atrocidad de la historia, acerca de la cual se escribirían mil y una grandes óperas.

Femtiosex llegó al climax.

—Más y no menos conocimiento es la respuesta para este problema. Estamos en presencia de algo que, si bien no es tan nefasto como el Planeta Shayol, podría igualmente servir como ejemplo para un mundo civilizado. A ver, tú —le dijo a Fisi, el Jefe de los Pájaros—, ve a buscar petróleo y un rociador. Ahora mismo.

Juana lo miró con compasión y ansiedad, mas nada dijo. Sospechaba lo que iban a hacerle. Como doncella, como perro, la horrorizaba; como revolucionaria, lo recibía con regocijo, como la consumación de su misión.

El Señor Femtiosex levantó la mano derecha. Curvó el dedo anular y el dedo meñique y los cubrió con el pulgar. De este modo, quedaban extendidos y rectos los dos primeros dedos. En aquellos tiempos, la señal de un Jefe a otro Jefe, que significaba: "canales telepáticos privados, inmediato". Desde entonces, ha sido adoptada por el subpueblo como emblema de la unidad política.

Los cuatro Jefes cayeron en un estado como de trance y comparcieron la sentencia.

Juana empezó a cantar en un quejido suave, de protesta, semejante al llanto de un perro, repitiendo el canto llano y discordante que el subpueblo había entonado antes de su hora de decisión, al salir del Corredor Pardo y Amarillo. No había nada de especial en las palabras de su canto, meras repeticiones del "gente, amada gente, yo os amo", que había estado predicando desde que saliera a la superficie de Kalma. Pero su cantar no ha podido ser imitado con el correr de los siglos. Existen miles y miles de poemas líricos y melodías que dicen ser, de uno u otro modo, *El Cantar de Juana*, mas ninguno de ellos tiene ni remotamente el patetismo sobrecogedor de los registros originales. Como su personalidad, su cantar fue único.

Su llamado era profundo. Hasta la gente verdadera trataba de escuchar, mirando alternativamente a los cuatro inmóviles Jefes de la Instrumentalidad y a la joven de ojos castaños que cantaba. Algunas no lo pudieron soportar. En forma verdaderamente humana, olvidaron por qué estaban allí, y se marcharon distraídamente a sus hogares, a comer.

De pronto, Juana se interrumpió.

Con una voz que resonó claramente a través de la multitud, anunció:

—El fin se acerca, amado pueblo. El fin se acerca.

Todos los ojos se volvieron hacia los dos Señores y las dos Damas de la Instrumentalidad. La Dama Arabella Underwood tenía un aspecto horrendo después de la conferencia telepática. La Dama Goroke estaba ojerosa de secreto dolor. Los dos Señores parecían severos y resueltos.

Fue el Señor Femtiosex quien tomó la palabra.

—Te hemos juzgado, bestia. Tu ofensa es grave. Has vivido en la ilegalidad. La pena que por ello te corresponde es la pena de muerte. Has interferido a los robots en ciertas formas que nosotros no comprendemos. Por este delito inédito, el castigo debiera ser más que la muerte; y yo he recomendado un castigo que se aplicó en un planeta de la Estrella Violeta. También has dicho muchas cosas impropias e ilegales, denigrantes para la felicidad y la seguridad de los hombres. Para ello, el castigo es la reeducación, pero puesto que pesan sobre tu cabeza dos penas de muerte, esto carece de importancia. ¿Tienes algo que decir antes que pronuncie la sentencia?

—Si hoy encendéis una hoguera, mi Señor, esa hoguera nunca se extinguirá en los corazones de los hombres. Podéis destruirme. Mas no podéis rechazar mi amor. Por mucho que pueda encolerizaros la bondad, no podréis destruir la bondad que hay en vosotros mismos...

—Cállate —rugió él—. Te pedí un alegato, no un sermón. Mo-

rirás por el fuego, aquí y ahora. ¿Qué dices a esto?

—Os amo, querido pueblo.

Femtiosex hizo una señal a los hombres del Jefe de los Pájaros que habían arrastrado hasta la calle un barril y un rociador y los habían depositado frente a Juana.

—Atadla a ese poste —les ordenó—. Rociadla. Ponedle fuego. ¿Están enfocados los registradores? Queremos que esta escena sea registrada y difundida.

Si el subpueblo vuelve a intentarlo, sabrá que es la humanidad la que rige los destinos de los mundos.

—Miró a Juana y sus ojos parecían bizquear. Con una voz extraña en él, añadió:— No soy un mal hombre, niña-perro, pero tú eres una mala bestia y debemos usar tu caso como escarmiento. ¿Me comprendes?

—Femtiosex —prorrumpió Juana, prescindiendo del título—. Siento por ti una inmensa lástima. Y te amo, además.

Estas palabras de Juana tuvieron el efecto de ensombrecer otra vez el rostro del Señor Femtiosex, de encolerizarlo. Bajó la mano derecha; un gesto tajante.

Fisi imitó el gesto y los hombres que manejaban el barril y el rociador empezaron a esparcir sobre Juana una siseante lluvia de petróleo. Ya dos guardias la habían encadenado al lampadario utilizando una improvisada cadena de esposas, para asegurarse de que permanecería de pie y a la vista de la muchedumbre.

—Fuego —ordenó Femtiosex.

Elena sintió que el cuerpo del Cazador se contraía bruscamente junto al suyo. Parecía presa de un intenso calambre. En cuanto a ella, tuvo la misma sensación que cuando la descongelaron y sacaron de la cápsula adiabática en que hiciera el viaje desde la Tierra: náuseas en el estómago, ofuscación en la mente, extrañas emociones que se mecían de un lado a otro en su interior.

—Intenté llegar hasta su mente —le susurró al oído el Cazador— para que muera en paz. Alguien se me adelantó. No... no sé quién es.

Elena miró azorada.

Traían el fuego. Súbitamente tocó el petróleo y Juana se encendió como una antorcha humana.

10

El abrasamiento de Juana duró muy poco tiempo, pero las edades no podrán olvidarlo.

La medida más cruel la tomó Femtiosex.

Por invasión telepática suprimió la mente humana de Juana, dejando sólo en actividad su primitiva mente canina.

Juana no permaneció impávida como una reina mártir.

Se debatió entre las llamas que la lamían y trepaban por su cuerpo. Gritó y aulló como un perro dolorido, como un animal cuyo cerebro, aunque piensa con claridad, no alcanza a comprender

la insensatez de la crueldad humana.

El resultado fue diametralmente opuesto al que previera el Señor Femtiosex.

Movida no por la curiosidad sino por la compasión, la muchedumbre avanzó. Habían evitado las extensas zonas de la calle donde yacían las subpersonas que habían muerto asesinadas, algunas bañadas en su propia sangre, algunas destrozadas por las manos de los robots, algunas reducidas a escombros de cristales glaciales. Ahora caminaban sobre los muertos para presenciar la muerte, pero sus miradas no reflejaban el tonto aburrimiento de personas que nunca ven un espectáculo; era el movimiento instintivo y profundo de criaturas vivientes hacia el espectáculo de un semejante en situación de peligro y ruina.

Hasta el guardia que había detenido a Elena y al Cazador, asiendo al Cazador por el brazo, hasta él se había adelantado impensadamente algunos pasos. Elena, al encontrarse en la primera fila de espectadores, sintió en la nariz el escozor del tufo extraño que despedía el petróleo al arder; los alaridos de la muchacha-perra agonizante le perforaban los tímpanos y le penetraban en el cerebro. Ahora Juana se agitaba y se retorció en la hoguera tratando de esquivar las llamas que le envolvían el cuerpo, más ceñidas que las ropas. Un olor nauseabundo y extraño llegó a la multitud. Pocos habían sentido antes

el hedor de la carne quemada. Juana jadeaba.

En los minutos de silencio que siguieron, Elena oyó algo que nunca en su vida esperó oír: el llanto de seres humanos adultos. Hombres y mujeres sollozaban, sin saber por qué sollozaban.

Obsesionado por el fracaso de su demostración, Femtiosex se irguió ante la multitud. No sabía que el Cazador, con mil muertes sobre sus espaldas, estaba cometiéndole el ultraje legal de espiar la mente de un Jefe de la Instrumentalidad.

—Dentro de un minuto lo intentaré. Ella es digna de algo mejor... —le susurró a Elena el Cazador.

Elena no preguntó qué. También ella lloraba.

De pronto, la muchedumbre toda advirtió que un soldado estaba gritando. Tardaron varios segundos en apartar las miradas de la ardiente, agonizante Juana.

El soldado era un soldado común. Acaso el mismo que pocos minutos antes, cuando los Señores decretaron que se pusiera a Juana en custodia, no se había atrevido a atarla con las cuerdas. Ahora gritaba a voz en cuello, vociferaba salvaje y frenéticamente, alzando el puño hacia el Señor Femtiosex.

—Eres un embustero, eres un cobarde, eres un tonto y yo te desafío...

El Señor Femtiosex reparó en el hombre y comprendió lo que le estaba gritando. Salió de su pro-

fundo ensimismamiento y dijo, con mansedumbre extraña para un momento tan tumultuoso como aquel:

—¿Qué quieres decir?

—Este es un espectáculo de locura. No hay aquí ninguna doncella. Ni fuego. Nada. Por alguna oscura y horrible razón personal, nos estás alucinando a todos y yo te desafío por ello, a ti, bestia, a ti, imbécil, a ti, cobarde.

En tiempos normales, hasta un Señor tenía que aceptar el desafío o ajustar las cosas por medio de una clara discusión.

Pero aquellos no eran tiempos normales.

El Señor Femtiosex dijo:

—Todo esto es real. Yo no engaño a nadie.

—Si es real, Juana, estoy contigo —aulló el joven soldado—. Antes que los otros soldados pudiesen desviarlo, saltó frente al chorro de petróleo y de allí a la hoguera, junto a Juana.

Ya los cabellos de Juana habían ardido hasta las raíces, pero sus rasgos aún eran visibles. Había dejado de gemir y gañir como un perro. Femtiosex había sido interrumpido. Juana sonrió al soldado, que al permanecer voluntariamente a su lado empezaba a arder, con la más dulce y femenina de las sonrisas. Luego, como si de pronto recordase algo que era preciso hacer, pese al terror y el dolor que la rodeaban, frunció el ceño.

—¡Ahora! —murmuró el Cazador. Empezó a acosar al Señor

Femtiosex con la misma crueldad con que había acosado a las extrañas mentes nativas de Fomalhaut III.

La muchedumbre no entendía qué le había pasado al Señor Femtiosex. ¿Se había vuelto cobarde? ¿Se había vuelto loco? (La verdad es que el Cazador, utilizando cada gramo del poder de su mente, había atronado momentáneamente a Femtiosex y lo había llevado a cortejar en los cielos; él y Femtiosex eran dos bestias en forma de pájaros, que trinaban salvajemente para la bella hembra oculta allá abajo en el paisaje, lejos, lejos.)

Juana estaba libre y sabía que estaba libre.

Envió su mensaje. Paralizó de pronto los pensamientos del Cazador y de Femtiosex; inundó a Elena; hizo que hasta Fisi, el Jefe de los Pájaros, respirase serenamente. Llamó tan fuerte que a la hora torrentes de mensajes manaban hacia Kalma desde las otras ciudades, preguntando qué había sucedido. Juana pensó un mensaje simple, sin palabras. Pero en palabras significaba esto:

—Amados, me matáis. Este es mi destino. Yo traigo amor y el amor debe morir para seguir viviendo. El amor nada pide, nada hace. El amor nada piensa. Amar es conocerse a uno mismo y conocer a todas las demás personas y criaturas. Conoced, y regocijáos. Muero ahora por todos vosotros, amados míos...

Abrió los ojos por última vez,

abrió la boca, sorbió la llama ardiente y cayó de bruces. El soldado, que mientras ardían sus ropas y su cuerpo había conservado el coraje, convertido él mismo en una antorcha, saltó de la hoguera y corrió hacia su escuadrón. Un tiro certero lo detuvo en seco, y cayó de plano sobre el pavimento.

El llanto de la gente era audible en las calles. Subpersonas domesticadas y autorizadas, seguían sin pudor entre las personas, y también lloraban.

El Señor Femtiosex regresó fatigosamente junto a sus colegas.

El rostro de la Dama Goroke era una caricatura esculpida, congelada, del dolor.

Femtiosex se volvió hacia la Dama Arabella Underwood.

—Parece que cometí algún error, mi Señora. Reemplázame, por favor.

La Dama Arabella se puso de pie y llamó a Fisi.

—Apaga esa hoguera.

Desde su altura contempló a la multitud. Sus duros y honestos rasgos norstrilianos eran impenetrables. Elena, observándola, se estremeció al pensar en todo un planeta habitado por personas tan rudas, tan obstinadas y sagaces como aquella.

—Ya todo ha terminado —dijo la Dama Arabella—. Personas, retiraos. Robots, limpiad. Subpersonas, a vuestros menesteres.

Miró a Elena y al Cazador.

—Sé quiénes sois y sospecho lo que habéis estado haciendo. Soldados, llevadlos.

El cuerpo de Juana había quedado carbonizado. Su rostro no tenía ya una apariencia particularmente humana; la última llamada le había abrasado la nariz y los ojos. Sus pechos jóvenes de muchacha revelaban con sobrecogedora inmodestia que alguna vez había sido joven y femenina. Ahora estaba muerta, solamente muerta.

Si se hubiese tratado de una subpersona, los soldados la habrían recogido con una pala y arrojado en una caja. Le rindieron en cambio los honores de guerra que habrían rendido a uno de sus camaradas o a un civil importante en tiempos de desastre. Tendieron una parihuela, depositaron en ella el menudo cuerpo carbonizado y lo cubrieron con su propia bandera. Nadie les había dicho que lo hicieran.

Mientras el soldado que los custodiaba los llevaba cuesta arriba, hacia Waterrock, donde se alzaban las casas y las oficinas de los militares, Elena notó que también él había estado llorando.

Empezó a preguntarle qué pensaba de todo aquello, pero el Cazador la hizo callar con un movimiento de cabeza. Más tarde le explicó que el soldado podía ser castigado por hablar con ellos.

Cuando llegaron a la oficina, encontraron que ya estaba allí la Dama Goroke.

Ya, allí, la Dama Goroke... En las semanas que siguieron, esto llegó a convertirse en una pesa-

dilla. La Dama había superado su dolor y estaba practicando una indagación acerca del caso de Elena y P'juana.

Ya, allí, la Dama Goroke... Velaba mientras ellos dormían. Su imagen, o quizá ella misma, estuvo presente en cada uno de los largos interrogatorios. Lo que le interesaba particularmente era el encuentro casual de la Dama muerta Panc Ashash con la frustrada bruja Elena y el hombre no adaptado, el Cazador.

Ya, allí, la Dama Goroke... Les preguntaba todo, pero no les decía nada.

Excepto una vez.

Una vez, al cabo de interminables horas de trabajo formal, oficial, estalló, violentamente personal:

—Cuando acabemos con esto, vuestras mentes no serán lavadas, de modo que no importará cuánto más sepáis. ¿Sabéis que esto me ha herido a mí, ¡a mí!, hasta lo más hondo de todas mis convicciones?

Ellos menearon las cabezas.

—Voy a tener un hijo, y voy a volver a la Cuna del Hombre para tenerlo. Yo misma voy a preparar su código genético. Le pondré el nombre de Jestocost. En una de las Antiguas Lenguas, la paroskii, significa "crueldad", para que sepa de dónde viene y por qué. Y él, o su hijo, o su hijo restituirán al mundo la justicia y resolverán el enigma del subpueblo. ¿Qué pensáis de esto? Pensándolo mejor, no penséis. No es

cosa vuestra, y de todos modos lo voy a hacer.

Ellos la miraron con sorpresa y simpatía, pero estaban demasiado embrollados en los problemas de su propia supervivencia para poder brindarle mucha simpatía o consejo. El cuerpo de Juana había sido pulverizado y arrojado al aire, pues la Dama Goroke temió que el subpueblo hiciese con él un *lugar santo*; ella misma lo sentía así, y sabía que si hasta ella había estado tentada de hacerlo mucho más tentado estaría el subpueblo.

Elena nunca llegó a saber qué fue de los cuerpos de todas las otras subpersonas que, bajo el liderazgo de Juana, se habían convertido de bestias en seres humanos, abandonando el túnel de Englok en descabellada y salvaje procesión. ¿Fue en verdad descabellada? ¿Fue realmente salvaje? De haber permanecido donde estaban, quizá habrían tenido unos pocos días o meses o años de vida, pero tarde o temprano los robots los habrían descubierto y exterminado como gusanos repugnantes que eran. Acaso la muerte que eligieron fue mejor. Juana había dicho:

—Es la misión de la vida buscar siempre algo más alto que la vida misma y tratar de trocar vida por sentido.

Finalmente, la Dama Goroke los llamó y les dijo:

—Adiós, vosotros dos. Es absurdo decirnos adiós cuando dentro de una hora no os acordaréis

de mí ni de Juana. Vuestra misión aquí ha concluido. Os he asignado una hermosa tarea. No tendréis que vivir en una ciudad. Seréis observadores meteorológicos y andaréis por las montañas observando todos aquellos cambios diminutos que las máquinas no pueden interpretar con suficiente rapidez. Tendréis toda la vida para caminar y merendar y acampar juntos. He pedido a los técnicos que sean muy cuidadosos, porque vosotros dos estáis muy enamorados el uno del otro. Cuando rehagan vuestras sinapsis, quiero que en ellas, con vosotros, esté el amor.

Ambos se arrodillaron y le besaron la mano. Nunca más volvieron a verla, o si la vieron no lo supieron. Años después veían de tanto en tanto un moderno ornitóptero que revoloteaba suavemente sobre su campamento y a una mujer elegante asomada a una de las bordas; pero no tenían recuerdos para saber que era la Dama Goroke, curada de su locura, la que así los miraba.

Su nueva vida fue su vida final.

De Juana y el Corredor Pardo y Amarillo nada quedó.

Eran los dos muy compasivos con los animales, pero quizá lo habrían sido igualmente aunque nunca hubiesen participado en la loca aventura política de la querida Dama muerta Panc Ashash.

Una vez ocurrió algo extraño. Un subhombre derivado de un elefante trabajaba en un pe-

queño valle, creando un exquisito jardín en las rocas para algún jerarca de la Instrumentalidad que acaso con el tiempo fuese a echar un vistazo un par de veces al año. Elena estaba atareada observando la atmósfera y el Cazador había olvidado que alguna vez había cazado, de modo que ni a uno ni a otro se le ocurrió espiar la mente del subhombre. Era un individuo enorme, de las máximas dimensiones permisibles: cinco veces la estatura media de un hombre. En otros tiempos les había sonreído amistosamente.

Una noche les llevó frutas. ¡Qué frutas! Raros especímenes extramundanos; ni un año de solicitudes habría podido procurarlas para gente común como eran ellos. El hombre les sonrió con su tímida y enorme sonrisa elefantina, les dejó las frutas y se preparó para marcharse con su pesado andar.

—Espera un minuto —le gritó Elena—. ¿Por qué nos ha traído esto? ¿Por qué a nosotros?

—Por amor a Juana —respondió el hombre-elefante.

—¿Quién es Juana? —preguntó el Cazador.

El hombre-elefante los miró con lástima.

—No importa. Vosotros no la recordáis, pero yo sí.

—Pero ¿qué hizo Juana? —preguntó Elena.

—Os amó. Nos amó a todos —dijo el hombre-elefante.

Y se alejó de prisa, para no

decir más. Con una agilidad inverosímil en una persona tan corpulenta, escaló velozmente las feroces y adorables rocas y se perdió de vista.

—Me hubiera gustado conocer-

la —dijo Elena—. Suena tan encantadora.

En ese año nació el hombre que habría de ser el primer Señor Jestocost.

Título del original en inglés: The Dead Lady of Clown Town
Traducción de Matilde Horne

ALGUNAS NOTAS SOBRE "LA DAMA MUERTA DE CLOWN TOWN"

Pablo Capanna

Cordwainer Smith nos dice que *La Dama muerta de Clown Town* es "una versión de la historia de Juana de Arco, o Jeanne d'Arc, que fuera quemada viva en el año 1429. Escritores más grandes que yo han contado esta historia muchas veces, aunque creo ser el primero que la ha introducido en la ciencia-ficción. Otras versiones famosas de este cuento pueden hallarse en las obras de Voltaire, Schiller, Mark Twain, Percy MacKaye, Anatole France y Bernard Shaw".

Pero estas referencias sólo nos explican el origen de la anécdota; en el contexto de la vasta alegoría histórica que integran todos los relatos de Cordwainer Smith —treinta cuentos y una novela— aquella adquiere un significado distinto.

Hacia el año 12.000, época en que puede ubicarse la historia de la Dama muerta, la comunidad galáctica de mundos colonizados por la Tierra está regida por un poder invisible y a la vez oprimente, la Instrumentalidad. Es una institución que tiene el control de los mundos, aunque formalmente no los gobierna, algo así como una orden iniciática que se ha impuesto luego de una larga época de barbarie y guerras incesantes, garantizando la paz y una férrea justicia. En este "mundo feliz" los hombres no sufren por la miseria,

© 1976 by Pablo Capanna

la enfermedad, la muerte no deseada, la tristeza, la angustia. Son inconscientemente felices, bajo la tutela paternalista de la Instrumentalidad; es la única forma de vida que conocen, pues no hay historia.

El precio ha sido elevado: para que la disensión no cundiera entre los hombres, la Instrumentalidad ha eliminado la información y la opinión pública, ha suprimido la religión de un modo sutil e insidioso, ha eliminado el dolor y el conflicto: aun la política se ha reducido a mera administración, a cargo de sabias computadoras.

Paradójicamente, los únicos que viven como seres humanos son los animales; los viejos animales terrestres (perros, gatos, gallinas, vacas o pájaros) a quienes la ciencia ha dado forma e inteligencia humana. Son los parias de ese mundo: se enferman, mueren, temen, aman, sufren, luchan; son los únicos que conservan sentimientos "humanos" y religiosidad.

En el comienzo de la epopeya del *subpueblo* (los animales humanizados) está la historia de su primer mártir, la inspirada P'Juana, y de su cruzada no violenta para lograr la dignidad de su pueblo, y a la vez para redimir a los hombres de su abulia mecanizada.

Dos mil años más tarde, la propia Instrumentalidad, bajo la influencia de un dirigente sabio y prudente, el Señor Jestocost, emprenderá una paradójica revolución: el Redescubrimiento del Hombre.

Inspirado por G'mell, la mujer-gata a quien ama, y por E-telekeli, el líder espiritual del subpueblo, Jestocost pone en marcha el gran cambio: los hombres volverán a ser mortales, a tener existencias riesgosas y a valorar la vida, de la mano de sus hermanos animales.

En la historia futura compuesta por Cordwainer Smith, los hechos capitales son de carácter religioso: uno es la historia de P'Juana, cuyos ecos se encuentran en toda la obra; el otro es "aquello que contaron el robot, la rata y el Copto al volver del Espacio Tres", de lo cual sólo quedó un esbozo inédito por causa de la muerte de su autor.

La historia de P'Juana encierra un sentido simbólico, y puede ser leída en clave; de todos modos, la simple lectura es una experiencia apasionante.

Hay argumentos de peso para creer que el subpueblo es una alegoría de los pueblos "de color" marginados de la historia, y en especial los negros norteamericanos. Este cuento fue escrito bajo la presidencia de Kennedy, cuando Martin Luther King organizó la gran marcha sobre Washington (1963), y es probable que refle-

je ese acontecimiento. En la ficción, Kennedy se llama Jestocost y Martin Luther King es E-telekeli.

El lugar donde comienza la historia es An-fang (*Anfang* es "origen" en alemán) y P'Juana predica en el Corredor Pardo y Amarillo: ¿acaso una alusión a los pueblos "de color"?

También se habla de un sitio conocido como *Waterrock*, que los lectores de buena memoria asociarán con *Little Rock* (Arkansas) donde en 1957 las tropas federales intervinieron para proteger a los estudiantes negros que ingresaban a un colegio segregado.

Pero también hay una clave religiosa. Lo que P'Juana predica no es una nueva religión: es el cristianismo evangélico rescatado por los desheredados de la historia. Aquí se lo conoce como la Vieja Religión Fuerte, el Símbolo del Signo del Pez o los Tres Grandes Olvidados.

Sandra Miesel señala que el escenario del cuento recuerda las catacumbas romanas, donde se reunían los primeros cristianos perseguidos, y aun el nombre del planeta donde esto ocurre —Fomalhaut III— lleva implícito un simbolismo religioso. Fomalhaut es la estrella más brillante de la constelación del Pez (*Piscis Australis*), y el Pez fue la contraseña por la cual se reconocían los cristianos de las catacumbas: el número III sería una referencia a la Trinidad.

El lector encontrará un personaje tentador, Rastri, que se abandona a la desesperación y profetiza el fracaso: ¿no es acaso la Serpiente bíblica?

Cordwainer Smith era un hombre que podía expresarse en siete idiomas distintos, y en sus cuentos abundan los juegos de palabras exóticas, que el lector difícilmente descubrirá. ¿A quién se le ocurriría que *Meeya Meefla*, la playa que se menciona casi al comienzo, sea tan solo *Miami (Fla.)*? ¿Cuántos sabrán que "Panc Ashash" significa "cinco-seis" en hindi?

La historia central de *La Dama muerta* nunca aparece contada de una manera tradicional, y recuerda las crónicas legendarias chinas. No hay intriga que develar, porque desde las primeras páginas se sabe de qué se trata. El título alude a la difunta Dama Panc Ashash, pero pronto se ve que la historia no trata de ella sino de Elena. Luego descubrimos que el encuentro de ésta con aquella permite introducir al Cazador, y a quien ha de ser el personaje central, P'Juana. Hábilmente, el autor se mantiene siempre a distancia de P'Juana, como para no disipar el misterio. P'Juana nunca aparece en primer plano: las escenas más sublimes y las más crueles aparecen distorsionadas y magnificadas por vistas indirectas: una pintura, un noticiario cinematográfico, las actas del proceso...

Si se piensa que el autor de estas páginas era capaz al mismo

tiempo de componer un manual de guerra psicológica usado por los ejércitos de varios países del mundo, de ser una autoridad en materia de política del Sudeste asiático, de obtener varios doctorados y cátedras universitarias; si se piensa que su carrera militar le había hecho conocer seis guerras, pero no había querido ir a Vietnam por considerarlo un grave error, la perspectiva que adquiriera el cuento será distinta.

En el próximo número

THEODORE STURGEON

RAY BRADBURY

FREDERIK POHL

ROBERT SILVERBERG

ISAAC ASIMOV

BOB SHAW

RICHARD WILSON

Clifford Donald Simak nació en 1904 en Wisconsin, EE.UU., de padre polaco y madre norteamericana, y pasó toda su infancia en la granja de sus abuelos en Millville, Condado de Grant. Empezó a trabajar como periodista en 1929, y en 1931 publicó su primer cuento de ciencia ficción, World of the Red Sun. Entre 1944 y 1951 aparecieron los relatos que más tarde reunió en el libro Ciudad, Premio Internacional de Fantasía, escritos, según Simak, "como reacción contra los asesinatos masivos y como protesta contra la guerra: la creación de un mundo que pensaba que tendría que existir, llamado de la dulzura y la bondad y el coraje que me parecían necesarios en el mundo". Una muerte en casa es otra historia de bondad y coraje, del encuentro de un campesino y una extraña criatura moribunda.

UNA MUERTE EN CASA

Clifford D. Simak

EL VIEJO MOSE ABRAMS ANDABA por afuera persiguiendo a las vacas cuando encontró al extraño. No sabía que era un extraño, pero sí que estaba vivo y sufría horriblemente, y el viejo Mose, pese a cuanto de él dijeran sus vecinos, no era hombre de abandonar en el monte a una cosa enferma.

Era una cosa de aspecto horrible, verde y brillante con algunas manchas violáceas, repulsiva ya desde cinco metros de distancia. Y apestaba.

Se había arrastrado —o había

intentado hacerlo— hasta un matorral de avellanos, pero no había podido llegar. El lado de la cabeza estaba, sí, debajo de los arbustos, pero el resto yacía allí desnudo, a la intemperie. De tanto en tanto las partes que parecían ser brazos y manos arañaban el suelo, como si quisiera tomar impulso para entrar un poco más en la espesura, pero estaba demasiado débil, no conseguía avanzar un solo centímetro.

Y gemía, además, pero no en voz muy alta: apenas el plañido de un viento triste y solitario que

sopla en un alero ancho y profundo. Pero había algo más que el lamento de un viento invernal; había un tono de pánico, de desesperación, que hizo que al viejo Mose se le erizaran los pelos de la nuca.

El viejo Mose estuvo largo rato cavilando, preguntándose qué debía hacer, y otro rato aún más largo tratando de juntar coraje, aunque la mayoría de la gente hubiera dicho sin vacilar que coraje era lo que le sobraba al viejo Mose. Pero esta era una de esas situaciones que requerían algo más que simple coraje. Hacía falta mucha, mucha temeridad.

Esta era una cosa salvaje, estaba enferma y él no podía dejarla abandonada, de modo que se acercó y se arrodilló; costaba mirarla, aunque de tan repulsiva ejercía una especie de fascinación difícil de entender: como si atrajese precisamente por ser tan horrible. Y el hedor. Mose nunca había olido nada semejante.

Eso que Mose no era escrupuloso. Entre sus vecinos no tenía por cierto fama de pulcro. Desde la muerte de su mujer, casi diez años atrás, vivía solo en su sucia granja, y la limpieza que hacía era el escándalo de todas las mujeres del vecindario. Una vez al año, si es que se decidía, barría o algo así la casa entera, pero el resto del año dejaba que las cosas se acumularan.

Por eso el olor que despedía la criatura no le asqueaba tanto co-

mo hubiera podido asquear a otros. Lo que sí lo inquietaba era su aspecto, y tardó un buen rato en decidirse a tocarla, y cuando por fin la tocó, se quedó perplejo. Había esperado palpar algo frío o viscoso, o quizá las dos cosas a la vez. Era diferente. Estaba tibia y era dura y firme al tacto; le hizo pensar en una mazorca de maíz todavía verde.

Deslizó una mano por debajo de la cosa enferma y tiró suavemente para sacarla del matorral y la dio vuelta para verle la cara. No tenía cara. Había un ensanchamiento en la parte superior, como una flor en lo alto de un tallo, aunque el cuerpo no se parecía en nada a un tallo, y alrededor de ese ensanchamiento una orla que se agitaba como una lata de gusanos, y en ese momento Mose sí estuvo en un tris de dar media vuelta y echar a correr.

Pero resistió.

Se acurrucó sin apartar los ojos de aquel sitio sin cara con su orla de gusanos, y sintió un frío en todo el cuerpo y se le revolvió el estómago y el miedo lo paralizó, y ese miedo fue aun mayor cuando le pareció que el gemido de la criatura venía de los gusanos.

Mose era un hombre testarudo. Uno tenía que ser testarudo para mantener una granja tan miserable como la suya. Testarudo e insensible en muchos aspectos. Pero no insensible, es claro, frente a una cosa enferma.

Pudo al fin alzarla y sostenerla

en sus brazos, y no le costó gran esfuerzo, pues no pesaba mucho. Menos que un cerdo de tamaño mediano, calculó.

Subió por el sendero del monte llevando a la criatura en brazos, de vuelta a casa, y le pareció que el olor no era tan fuerte. Ya casi no tenía miedo y estaba otra vez caliente y no sentía más aquel frío en todo el cuerpo.

Porque la cosa parecía ahora más tranquila y apenas lloraba. Y aunque no podía estar seguro, tenía la impresión de que por momentos se le apretaba contra el cuerpo, como un niño asustado y hambriento se aprieta contra la persona mayor que se le acerca y lo alza.

El viejo Mose llegó a la granja y se detuvo un momento en el patio, preguntándose si debía llevarla al establo o a la casa. El establo era, por supuesto, el sitio natural, dado que el ser no era humano; ni siquiera estaba tan cerca de lo humano como un perro, o un gato, o un corderito enfermo.

No vaciló mucho, sin embargo. Lo llevó a la casa y lo acostó en lo que él llamaba una cama, cerca del fogón de la cocina. Lo estiró con cuidado y suavidad y lo tapó con una manta sucia y fue al fogón y atizó hasta que empezó a salir llama.

Entonces acercó una silla a la cama y miró atentamente aquella cosa que había llevado a su casa: una mirada larga, inquisidora. La criatura estaba ahora mu-

cho más serena y parecía sentirse más a gusto que allí afuera, en el monte. Mose la arropó y abrigó con la manta, con una ternura que a él mismo lo sorprendió. Se preguntó qué podría darle de comer, y cómo se las arreglaría, aunque supiera, para alimentarla, pues no parecía tener boca.

—Pero no debes preocuparte por nada —le dijo—. Ahora que estás bajo techo, te curarás. Yo de estas cosas no entiendo mucho, pero te cuidaré lo mejor que pueda.

Ya había empezado a anochecer, y al mirar por la ventana vio que las vacas que había estado persiguiendo habían vuelto solas a la casa.

—Tengo que ir a ordeñar y a hacer los otros trabajos —le dijo a la cosa acostada en la cama—, pero no tardaré. Pronto estaré de vuelta.

El viejo Mose llenó de leña el fogón para que la cocina se mantuviese caliente y volvió a arrojar a la criatura y tomó los baldes y se encaminó al establo.

Dio de comer a las ovejas y a los cerdos y a los caballos y ordeñó las vacas. Juntó los huevos y cerró el gallinero. Bombeó un tanque de agua.

Luego volvió a la casa.

Estaba oscuro ahora y encendió sobre la mesa la lámpara de querosene, porque Mose estaba en contra de la electricidad. Se había negado a firmar cuando la RAE tendió la línea, y muchos de sus vecinos se habían resentido

con él por su falta de solidaridad. Aunque, claro, eso no le importaba.

Echó una ojeada a la cosa que yacía sobre la cama. No parecía estar mejor, ni tampoco peor, en realidad. Si fuera un cordero enfermo o un ternero herido, Mose habría sabido decir en seguida si estaba mejor o peor, pero con esta cosa era diferente. No había forma de saberlo.

Se preparó algo para cenar y lo comió, y pensó que le gustaría saber cómo alimentar a esa cosa. Y también que le gustaría saber cómo ayudarla. Le había dado albergue y calor, pero ¿sabía acaso si eso era bueno a malo para una cosa como esa? No tenía ninguna idea.

Se preguntó si debía pedir ayuda a alguien, pero no se decidió a pedirla porque ni siquiera sabía decir qué era lo que necesitaba ayuda. Pero entonces se preguntó cómo se sentiría él si se encontrara en un país lejano y extraño, agotado y enfermo, y sin que nadie pudiese ayudarlo porque nadie sabía qué cosa era él, exactamente.

Ese pensamiento lo decidió y fue hasta el teléfono. Pero ¿debería llamar a un médico o a un veterinario? Resolvió llamar al médico porque la cosa estaba en la casa. Si estuviese en el establo, habría llamado al veterinario.

Estaba en una línea rural y la audición no era buena, y además él era algo sordo, de modo que no utilizaba el teléfono con dema-

siada frecuencia. Solía decirse que no era más que otra preocupación, y más de una vez había amenazado con sacarlo. Pero ahora se alegraba de no haberlo hecho.

La operadora lo comunicó con el viejo doctor Benson. No se escuchaban muy bien el uno al otro, pero Mose logró por fin hacerle entender al doctor quién lo llamaba y que lo necesitaba, y el doctor dijo que vendría.

Con cierto alivio Mose colgó el teléfono y estaba allí, de pie, cuando se le ocurrió de pronto que a lo mejor había más cosas como esa afuera, en el monte. No tenía ninguna idea de qué eran ni qué podían estar haciendo allí ni a dónde iban, pero era evidente que el que estaba aquí, en la cama, era una especie de extranjero venido de un lugar distante. Era lógico suponer que podía haber más de uno, porque era triste viajar solo a un lugar remoto y a cualquier persona — a cualquier cosa — le gustaría hacerlo acompañada.

Sacó la linterna del gancho y la encendió y salió a los tropezones por la puerta. La noche era negra como jauría de gatos y la luz de la linterna era débil, pero eso para él no tenía importancia porque Mose conocía la granja como la palma de su mano.

Bajó por el sendero del monte. Era un lugar de espanto, pero para espantar al viejo Mose Abrams hacía falta algo más que un monte en plena noche. Miró en el sitio donde había encontra-

do la cosa, apartando el ramaje y alzando la linterna para poder alumbrar una superficie mayor, pero no halló ninguna otra.

Algo encontró, sin embargo: una especie de jaula para pájaros de un metal entretejido, que se había incrustado alrededor de un nogal de unos veinte centímetros de diámetro. Mose trató de desprenderlo, pero estaba tan clavado que no lo pudo mover.

Siguió con la mirada el camino que debía haber recorrido. Vio el sitio por donde había atravesado las ramas más altas de los árboles; del otro lado estaban las estrellas con su frío fulgor y su aire de lejanía.

Mose no dudó un instante de que la cosa que yacía en su cama junto al fogón de la cocina había llegado en aquel artefacto en forma de jaula. El solo pensar en eso lo maravillaba un poco, pero no se preocupó demasiado, porque era todo tan sobrenatural que sabía que tenía pocas posibilidades de sacar algo en limpio.

Volvió a la casa, y apenas había tenido tiempo de soplar la linterna y colgarla otra vez en su gancho cuando oyó llegar el coche.

El doctor, cuando estuvo en la puerta, se enfadó un poco al ver a Mose allí de pie.

—Para mí no tienes cara de enfermo —le dijo el doctor—. Por lo menos no lo suficiente como para hacerme venir hasta aquí a estas horas de la noche.

—No estoy enfermo —dijo Mose.

—Bueno, entonces —dijo el doctor más enojado que nunca— ¿para qué me llamaste?

—Tengo un enfermo en casa —dijo Mose—. Espero que usted pueda ayudarlo. Yo mismo lo habría hecho, pero no supe cómo.

El médico entró y Mose cerró la puerta.

—¿Tienes algo podrido aquí dentro? —preguntó el doctor.

—No, es el olor del enfermo. Al principio era insoportable, pero ahora me estoy acostumbrando.

El doctor vio la cosa acostada en la cama y se acercó. El viejo Mose lo oyó abrir la boca y tragar aire y lo vio allí de pie, muy rígido y muy tieso. Y el doctor se inclinó y examinó de cerca y minuciosamente a la criatura acostada.

Cuando se irguió y enfrentó a Mose, estaba tan apabullado que ya no se le notaba la furia.

—Mose —chilló— ¿qué es esto?

—No sé —dijo Mose—. Lo encontré en el monte y estaba herido y se quejaba y no podía dejarlo allí.

—¿Piensas que está enfermo?

—Estoy seguro —dijo Mose—. Y que necesita ayuda como nadie en el mundo. Temo que se esté muriendo.

El doctor se volvió otra vez hacia la cama y levantó la manta y luego fue a buscar la lámpara que estaba sobre la mesa para poder ver. Miró a la criatura de

arriba abajo y la palpó con dedos temerosos e hizo con la lengua ese chasquido misterioso que solamente hacen los doctores.

Luego volvió a estirar la manta y puso otra vez la lámpara sobre la mesa.

—Mose —dijo—, no puedo hacer nada por esto.

—¡Pero usted es un doctor!

—Un doctor humano, Mose. No sé qué es esto, pero humano no es. Ni siquiera podría imaginarme qué es lo que le duele, si algo le duele. Y aun cuando pudiera diagnosticar su enfermedad, tampoco sabría con certeza qué podría hacer por él. Ni siquiera estoy seguro de que sea un animal. Algunos detalles me hacen sospechar que se trata más bien de una planta.

Entonces el doctor le preguntó a Mose abiertamente cómo había encontrado eso, y Mose se lo explicó al pie de la letra. Pero de la jaula nada le dijo, porque cuando lo pensó le pareció tan fantástico que no se atrevió a contarlo. Ya bastante raro era haber encontrado a la criatura y tenerla en la casa, sin dejar caer, por añadidura, lo de la jaula.

—¿Sabes una cosa, Mose? —dijo el doctor—. Tienes aquí algo que está más allá del saber humano. Dudo que antes de ahora alguien haya visto en la Tierra una cosa como esta. Yo no tengo ni la más remota idea de lo que puede ser, y no voy a tratar de adivinarlo. Si yo estuviera en tu lugar, me pondría en contacto con

la Universidad, en Madison. A lo mejor alguien de allí puede resolver el misterio, y aunque no puedan, tal vez les interese. Seguramente les gustaría estudiarlo.

Mose fue hasta la alacena y sacó la caja de cigarros casi repleta de dólares de plata y le pagó al doctor. El doctor se guardó los dólares en el bolsillo, e hizo algunas bromas sobre la excentricidad de Mose.

Pero Mose era testarudo con respecto a los dólares de plata.

—No sé, pero el papel moneda no parece legal —declaró—. Me gusta la sensación de tocar la plata, y el tintineo. Tiene autenticidad.

El doctor se fue, menos desconcertado de lo que Mose había temido. En cuanto se quedó solo, Mose acercó una silla y se sentó junto a la cama.

No estaba bien, pensó, que la criatura sufriese tanto y que nadie pudiese ayudarla; que nadie supiese cómo ayudarla.

■ Sentado en la silla, escuchó el tictac del reloj que retumbaba en el silencio de la cocina, y la crepitación de la leña que ardía en el fogón.

■ Al mirar la cosa acostada en la cama, tuvo una esperanza casi feroz de que eso pudiese curarse y quedarse con él. Ahora que la jaula estaba abollada, quizá no tendría más remedio que quedarse. Y esperaba que así fuese, porque ya no había tanta sensación de soledad en la casa.

■ Sentado en la silla entre el fo-

gón y la cama, Mose se dio cuenta de lo solo que había vivido. La situación no había sido tan extrema hasta que murió Towser. Había pensado en conseguirse otro perro, pero nunca pudo. Porque no había ningún perro que pudiera ocupar el lugar de Towser, y hasta intentarlo habría sido una infidelidad. Hubiera podido, por supuesto, conseguirse un gato, pero eso le recordaría demasiado a Molly; a Molly le gustaban mucho los gatos y, hasta que se murió, siempre había habido dos o tres bajo los pies, yendo y viniendo por la casa.

Pero ahora estaba solo. Solo con su granja y su testarudez y sus dólares de plata. El doctor creía, como todos los demás, que la única plata que Mose tenía era la que estaba en la caja de cigarros de la alacena. Nadie sabía lo de la caldera de hierro llena hasta el tope, escondida debajo de los tablones del piso del living. Se rió para sus adentros pensando en cómo los había engañado. Cuánto daría por ver las caras de sus vecinos si llegaban a enterarse. Pero no era él quien iría a decirselo. Si algún día lo descubrieran sería cosa de ellos, nada más.

Cabeceó en la silla y finalmente se durmió, sentado muy erguido, la barbilla apoyada en el pecho y los brazos cruzados alrededor del cuerpo como para mantenerse caliente.

■ Cuando se despertó en la oscuridad, antes del amanecer, a la

luz trémula de la lámpara y las ascuas del fogón el extraño había muerto. No había ninguna duda de la muerte. La criatura estaba fría y rígida, y la cáscara que era su cuerpo empezaba a endurecerse y a secarse, como un tallo de maíz en el campo, una vez que ha terminado de crecer.

Mose estiró la manta hasta cubrirlo por completo, y aunque era temprano todavía para empezar con las faenas, salió a la luz de la linterna y las hizo.

Después del desayuno, calentó agua y se lavó la cara y se afeitó, y era la primera vez en muchos años que se afeitaba un día que no fuera domingo. Luego se vistió con su único traje decente y se alisó el pelo y sacó del cobertizo de las máquinas la vieja castramina y fue al pueblo.

Buscó a Eb Dennison, el empleado del Municipio que era al mismo tiempo el secretario de la asociación del cementerio.

—Eb —le dijo—, quiero comprar una parcela.

—Pero si ya tienes una parcela —protestó Eb.

—Esa parcela —dijo Mose— es una parcela familiar. Sólo hay sitio para Molly y para mí.

—Y bueno —preguntó Eb— ¿para qué quieres otra, entonces? No tienes más familiares.

—Encontré a alguien en el monte —dijo Mose—. Lo llevé a casa y anoche se murió. Quiero enterrarlo.

—Si encontraste un muerto en el monte —le previno Eb— te

conviene notificar al médico forense y al *sheriff*.

—Lo haré llegado el momento —dijo Mose, sin ninguna intención de hacerlo—. ¿Y qué hay de la parcela?

Lavándose las manos de todo el asunto, Eb le vendió la parcela.

Después de comprarla, Mose fue a la empresa de pompas fúnebres de Albert Jones.

—Al —dijo—, hubo una muerte en casa. Un forastero que encontré en el monte. Parece que no tiene a nadie y quiero ocuparme de él.

—¿Tienes un certificado de defunción? —preguntó Al, que no participaba de ninguna de las delicadezas características de la mayor parte de los encargados de funerarias.

—Bueno, no, no lo tengo.

—¿Lo atendió algún médico?

—El doctor Benson estuvo anoche.

—Tendría que haberte extendido uno. Lo llamaré.

Llamó por teléfono al doctor Benson y habló con él un rato y se fue poniendo rojo hasta la papada. Finalmente cortó con un golpe seco y se encaró con Mose.

—No sé qué demonios estarás tramando —estalló—, pero el doctor dice que esa cosa que tienes en la casa ni siquiera es humana. Yo no me ocupo de perros, ni de gatos, ni... .

—No es perro, ni gato.

—No me importa lo que sea. Para que yo lo atienda tiene que

ser humano. Y ni se te ocurra enterrarlo en el cementerio, porque es ilegal.

Profundamente descorazonado, Mose salió de la funeraria y subió lentamente por la cuesta hacia la única iglesia del pueblo.

Encontró al pastor en su estudio preparando un sermón. Mose se sentó en una silla y empezó a hacer girar el raído sombrero entre sus rudas manos de labriego.

—Pastor —dijo—. Le voy a contar la historia del principio al fin —y así lo hizo. Y añadió—: No sé qué es. Y supongo que nadie lo sabe, tampoco. Pero está muerto y necesita un entierro decente y eso es lo menos que yo puedo hacer. No puedo enterrarlo en el cementerio, así que supongo que tendré que encontrar un sitio para él en la granja. Quisiera saber si usted estaría dispuesto a ir y decir una o dos palabras.

El pastor consideró el asunto con cierta profundidad.

—Lo lamento, Mose —dijo por último—. No creo que pueda. No estoy nada seguro de que la iglesia lo apruebe.

—No será humano —dijo el viejo Mose—, pero es una criatura de Dios.

El clérigo pensó un poco más, hizo algunas consideraciones en voz alta, pero finalmente decidió que no era posible.

Entonces Mose volvió al coche y regresó a su casa, pensando en lo crueles que son algunos seres humanos.

Ya en la granja, tomó el pico y la pala y fue a la huerta, y allí, en un rincón, cavó una fosa. Entró en el cobertizo de las máquinas a buscar algunos tablones para hacer un ataúd; pero resultó que los últimos los había usado para reparar el chiquero.

Mose volvió a la casa y registró una cómoda en una habitación del fondo que nadie usaba desde hacía años, en busca de una sábana para hacerle una mortaja, ya que no podía ofrecerle un ataúd. No encontró ninguna sábana, pero descubrió, sí, un mantel de hilo blanco. Pensó que podía servir, y lo llevó a la cocina.

Levantó la manta y miró a la criatura que ahora yacía muerta, y una especie de nudo le subió a la garganta al pensar en ella, en lo sola que había muerto, tan lejos de su tierra y sin un semejante que la acompañase en los últimos momentos. Y desnuda, además, sin una mísera hebra encima, sin nada propio, sin nada que pudiese dejar como recuerdo.

Extendió el mantel sobre el piso junto a la cama, y levantó la cosa y la acostó sobre el mantel. Al acostarla vio el bolsillo (si era un bolsillo), una especie de abertura en el centro de lo que podía ser el pecho. Pasó la mano por la superficie del bolsillo. Había un bulto adentro. Largo rato permaneció agachado junto al cuerpo, preguntándose qué debía hacer.

Finalmente metió los dedos en

la abertura y sacó el objeto que abultaba. Era una pelota, un poco más grande que una pelota de tenis, de un vidrio turbio, o al menos parecía de vidrio. Siempre agachado, la miró un largo rato, y luego la llevó hasta la ventana para verla mejor.

No había nada raro en la pelota. Era una simple pelota de vidrio turbio, y producía al tacto la misma sensación de cosa seca, muerta, que el cuerpo de la criatura.

Meneó tristemente la cabeza y volvió a poner la pelota donde la había encontrado, y envolvió con cuidado el cuerpo en la mortaja. Lo llevó a la huerta y lo puso en la fosa. Solemnemente, desde la cabecera de la sepultura, pronunció unas pocas palabras y luego, con la pala, lo cubrió de tierra.

Había pensado hacer un túmulo sobre la sepultura, y hasta ponerle una cruz, pero finalmente decidió no hacerlo. Habría curiosos. La voz correría por el lugar, y un día u otro vendrían a husmear el sitio donde había enterrado la cosa que encontrara en el monte. Por eso no habría ningún túmulo que señalara el lugar, ni tampoco una cruz. Y acaso eso fuese lo mejor, se dijo, pues ¿qué hubiera podido grabar o inscribir en la cruz?

Ya pasaba bastante del mediodía, y Mose empezaba a tener hambre, pero no hizo ninguna pausa para comer, porque debía hacer otras cosas. Fue al prado y

buscó a Bess y la ató a la carreta y bajó al monte.

Amarró a Bess a la jaula que había quedado clavada en el árbol, y la yegua la desprendió con toda facilidad. Entonces cargó la jaula en la carreta y la llevó cuesta arriba y la guardó en el fondo del cobertizo de las máquinas, cerca de la fragua.

Después ató a Bess al arado y le dio a la huerta una mano de labranza que no necesitaba, para que toda la tierra estuviese recién removida y nadie pudiese localizar el sitio donde había cavado la tumba.

Estaba terminando de arar cuando llegó el *sheriff* Doyle y se apeó del coche. El *sheriff* era un hombre de modales suaves pero ni corto ni perezoso. Fue derecho al grano.

—Tengo entendido —empezó— que encontraste algo en el monte.

—Es cierto —dijo Mose.

—Y me han dicho que murió en tu casa.

—*Sheriff*, le han dicho la verdad.

—Me gustaría verlo, Mose.

—Imposible. Lo enterré. Y no lo voy a decir dónde.

—Mose —dijo el *sheriff*—, no quiero crearle problemas, pero hiciste una cosa ilegal. No puedes encontrar personas en el monte y enterrarlas por tu cuenta si les da por morir en tu casa.

—¿Habló con el doctor Benson?

El *sheriff* asintió.

—Me dijo que nunca había visto nada como esa cosa. Me dijo que no era humana.

—Bueno, en ese caso —dijo Mose—, supongo que usted no tiene nada que ver. Si no era humana no pudo haber delito contra una persona. Y si no era de nadie, no pudo haber delito contra la propiedad. Nadie se ha presentado a reclamarla, ¿no es así?

El *sheriff* se frotó la barbilla.

—No, nadie. Quizá tengas razón. ¿Dónde estudiaste leyes?

—Nunca estudié leyes. Nunca estudié nada. Uso el sentido común, nada más.

—Algo dijo el doctor sobre la gente de la universidad. Que tal vez les gustaría verlo.

—Le diré una cosa, *sheriff* —dijo Mose—. Esta cosa vino aquí desde algún lugar, y aquí murió. No sé de dónde vino y no sé qué era y no tengo ganas de que nadie lo sepa. Para mí era solamente una cosa viva, que necesitaba ayuda. Estaba viva y tenía su dignidad y en la muerte imponía respeto. Cuando todos le negaron una sepultura decente, yo hice lo que pude. Y esto es todo lo que tengo que decirle.

—Está bien, Mose —dijo el *sheriff*—, si eso es lo que tú prefieres.

El *sheriff* dio media vuelta y regresó al coche. Mose, de pie, junto a la vieja Bess atada al arado, miró cómo se alejaba. Conducía veloz e imprudentemente, como si estuviese enojado.

Mose guardó el arado y volvió a llevar la yegua al prado; ya era hora de hacer otra vez las faenas.

Terminó con todo el trabajo y se preparó algo para comer y después de la cena se sentó junto al fogón y escuchó el tictac del reloj que retumbaba en la casa silenciosa, y la crepitación del fuego.

Toda la noche la casa estuvo triste y solitaria.

A la tarde siguiente, mientras araba la tierra para la siembra de maíz, llegó un reportero y lo acompañó hasta el final del surco y entonces le habló. A Mose no le cayó en gracia ese reportero. Era muy impertinente y hacía preguntas raras, así que Mose cerró el pico y no le dijo gran cosa.

Pocos días después apareció un hombre de la Universidad y le mostró la historia que el reportero había escrito. La historia se burlaba de Mose.

—Lo siento —dijo el profesor—. Estos periodistas son todos irresponsables. Yo no me preocuparía demasiado por lo que escriben.

—Yo no me preocupo —le dijo Mose.

El hombre de la Universidad le hizo un montón de preguntas e insistió en lo importante que sería para él ver el cuerpo.

Pero Mose se limitó a menear la cabeza.

—Está en paz —dijo—. Y quiero dejarlo así.

El hombre se marchó disgustado, pero muy digno a pesar de todo.

tado, pero muy digno a pesar de todo.

Durante varios días hubo un incesante ir y venir de curiosos que no tenían nada que hacer, y algunos vecinos que Mose no veía desde hacía muchos meses. Pero Mose los despachaba a todos rápidamente, y al poco rato lo dejaban solo y él continuaba con su labranza, y la casa volvía a estar sola.

Pensó otra vez que quizá debiera conseguirse un perro, pero se acordó de Towser y no pudo hacerlo.

Un día, cuando trabajaba en la huerta, descubrió la planta que había crecido en la tumba. Era una planta muy curiosa y su primer impulso fue arrancarla.

Pero no lo hizo, porque la planta lo intrigó. Era de una especie que nunca había visto, y decidió dejarla crecer, al menos durante un tiempo, para ver de qué se trataba. Era una planta abultada, carnosa, con hojas gruesas y rizadas, de un verde oscuro, que en cierto modo le recordó a la sarracenia que crecía en el monte al llegar la primavera.

Tuvo otro visitante, el más estrafalario de todos. Era un hombre enigmático e impetuoso que dijo ser el presidente de un club de platos voladores. Quería saber si Mose había hablado con la cosa que encontró en el monte, y pareció muy decepcionado cuando Mose le dijo que no. Quería saber si Mose había encontrado

un vehículo en el que podría haber viajado la criatura, y Mose le mintió. Tuvo miedo, por la forma extravagante en que el hombre actuaba, que insistiera en registrar la casa; si lo hacía, casi con seguridad descubriría la jaula escondida en el cobertizo de las máquinas, en el rincón del fondo, junto a la fragua. Pero el hombre le endilgó un sermón sobre el hecho de ocultar informaciones vitales.

Finalmente Mose no aguantó más y entró en la casa y sacó la escopeta que estaba detrás de la puerta. El presidente del club de platos voladores se despidió un tanto apresuradamente y se marchó de allí.

La vida en la granja continuó como siempre, con el maíz sembrado y el heno en sazón; y afuera en la huerta la extraña planta seguía creciendo, y ahora empezaba a tomar forma. El viejo Mose no pudo dar crédito a sus ojos cuando vio en qué se estaba transformando, y al atardecer pasaba largas horas en la huerta mirándola y preguntándose si la soledad no le estaría provocando visiones.

Y llegó la mañana en que encontró a la planta en la puerta de la casa, esperándolo. Hubiera tenido que sorprenderse, es claro, pero no se sorprendió nada, porque había vivido con ella, mirándola todas las tardes, y aunque no se había atrevido a admitirlo ni siquiera para sus adentros, ya sabía qué era.

Porque allí estaba la criatura que había encontrado en el monte, ya no enferma y quejosa, ya no a punto de morir, sino llena de vida y juventud.

Y sin embargo no era exactamente la misma. Mose se quedó mirándola, y vio las diferencias, las pequeñas diferencias que acaso existen entre la juventud y la vejez, o entre un padre y un hijo, o quizá las diferencias que nacen de un proceso evolutivo.

—Buenos días —dijo Mose, sin sentirse nada raro por estar hablándole a la cosa—. Me alegro de tenerte aquí otra vez.

La cosa, de pie en el patio, no le contestó. Pero eso no tenía importancia; Mose no había esperado que lo hiciera. Lo importante era que ahora tenía algo con qué hablar.

—Voy a hacer las faenas —dijo Mose—. ¿Quieres venir conmigo?

La cosa lo siguió a todas partes, y mientras Mose hacía sus tareas la criatura lo observaba y Mose le hablaba, lo cual era mucho mejor que hablar solo.

Cuando fue a desayunar, puso un plato de más y arrimó otra silla, pero la criatura no estaba equipada para usarla, no estaba articulada para sentarse.

Tampoco comió. Mose se sintió molesto en un principio, porque era hospitalario, pero se dijo que un joven alto, recio y robusto como ese sabría cuidarse, y que no valía la pena preocuparse demasiado.

Luego del desayuno salió a la huerta, siempre acompañado por la criatura y, por supuesto, ya no estaba allí la planta. Había, sí, caída en el suelo, una vaina marchita, la envoltura exterior que sirviera de cuna a la criatura que tenía a su lado.

Entonces fueron al cobertizo de las máquinas y la criatura vio la jaula y corrió a ella y la examinó minuciosamente. Y miró a Mose y le hizo una especie de gesto suplicante.

Mose se acercó a la jaula y apoyó ambas manos en uno de los torcidos barrotes, y también la criatura apoyó sus manos sobre el barrote, y entre los dos trataron de enderezarlo, pero les resultó imposible. Movieron un poco el metal, pero no lo suficiente como para que recobrase su forma.

Se quedaron allí de pie, mirándose, aunque tal vez mirar no sea la palabra, porque la criatura no tenía ojos para mirar. Hacía con las manos movimientos extraños, pero Mose no entendía. Entonces la criatura se tiró al suelo y le enseñó a Mose cómo estaban fijados a la base los barrotes de la jaula.

Mose tardó un buen rato en comprender, aunque nunca supo claramente por qué quedaban fijos, pues en verdad no había ninguna razón que pudiera explicarlo.

Primero se hacía un poco de presión, la cantidad justa en el ángulo apropiado, y el barrote se movía algo. Después uno apreta-

taba otro poco, también la cantidad exacta en el ángulo apropiado, y el barrote se movía algo más. Uno hacía esto tres veces seguidas y el barrote se desprendía, aunque Dios sabe que no había ninguna razón para que así lo hiciera.

Mose encendió un fuego en la fragua, y echó carbón con la pala y manipuló los fuelles; la criatura lo seguía observando. Pero cuando levantó el barrote para ponerlo en el fuego, la criatura se interpuso entre él y la fragua y no le permitió acercarse. Mose comprendió que no podía —o tal vez no debía— calentar el barrote para enderezarlo, y en ningún momento dudó de que eso fuera lo adecuado. Porque, se dijo, con seguridad esta criatura tiene que saber cuál es la forma correcta de hacerlo.

Puso entonces el barrote sobre el yunque y empezó a darle martillazos para devolverle la forma, en frío, sin usar el fuego, mientras la criatura trataba de mostrarle la forma que debía tener. Tardó bastante tiempo, pero al final consiguió enderezarlo a satisfacción de la criatura.

Mose pensó que les llevaría un buen rato volver a colocar el barrote en su sitio, pero se deslizó fácilmente en su lugar.

Sacaron entonces otro barrote, y Mose lo preparó en menos tiempo, ahora que conocía el procedimiento.

Pero era un trabajo duro y agotador. Trabajaron el día entero y

sólo alcanzaron a enderezar cinco barrotes.

Les llevó cuatro días retirar los barrotes de la jaula y enderezarlos a fuerza de martillo, y mientras tanto el heno seguía en pie esperando a que alguien fuera a separarlo.

Pero Mose estaba contento. Tenía a alguien con quien hablar y la casa ya no estaba sola.

Cuando terminaron de colocar en su sitio todos los barrotes, la criatura se metió en la jaula y empezó a manipular un artefacto que colgaba del techo y que se parecía a una cesta complicada. Mose, mientras miraba, pensó que la cesta debía de ser algo así como un mecanismo de comando.

La criatura estaba decepcionada. Daba vueltas y vueltas por el cobertizo buscando alguna cosa que al parecer no encontraba. Volvió a donde estaba Mose y otra vez hizo el mismo gesto desesperado, suplicante. Mose le mostró hierro y acero; revolvió una caja de cartón donde guardaba tornillos y grampas y tuercas y resortes de metal y otros desechos, y encontró bronce y cobre y hasta un poco de aluminio, pero no era ninguna de esas cosas.

Y Mose se alegró: la alegría le hizo sentir un poco de vergüenza, pero se alegró de todos modos.

Porque era evidente que cuando la jaula estuviese lista, la criatura se iría. Mose no había podido entorpecer el proceso de reparación de la jaula, o negar su ayuda. Pero ahora que aparen-

temente no podía ser reparada, se sentía muy complacido.

La criatura tendría que quedarse con él, y él tendría a alguien con quien hablar y la casa no estaría tan triste. Sería agradable, se dijo, volver a tener gente en la casa. La criatura era casi tan buena compañía como Towser.

A la mañana siguiente, cuando Mose estaba preparando el desayuno, metió la mano en el armario para sacar la caja de harina de avena, y la mano tocó la caja de cigarros y la caja cayó al suelo con estrépito. Chocó contra el piso de canto y la tapa se abrió y los dólares rodaron por toda la cocina.

Con el rabo del ojo, Mose vio que la criatura saltaba rápidamente detrás de una de las monedas. La atrapó y se volvió hacia Mose, sosteniéndola entre los dedos, y del nido de gusanos que tenía la parte superior del cuerpo salió algo así como un rasgido.

Se agachó y recogió más monedas y las acarició y se puso a bailar una especie de jiga, y Mose supo, con el corazón acojonado, que era plata lo que había estado buscando.

Mose, entonces, se puso de cuatro patas en el suelo y ayudó a la criatura a recoger todos los dólares. Los metieron de nuevo en la caja de cigarros y Mose tomó la caja y se la entregó a la criatura.

La criatura la recibió y la sopeó; parecía decepcionada. Pu-

so otra vez la caja sobre la mesa, sacó los dólares y los amontonó en cuidadosas pilas, y Mose se dio cuenta de que estaba muy desilusionada.

Tal vez, después de todo, no era plata lo que había estado buscando, pensó Mose. A lo mejor se había confundido, había pensado que la plata era otra clase de metal.

Mose bajó la avena, y la vertió en un poco de agua y la puso sobre el hornillo. Cuando estuvo cocida, y el café preparado, llevó a la mesa el desayuno y se sentó a comer.

La criatura seguía de pie al otro lado de la mesa, apilando y volviendo a apilar los dólares de plata. Y ahora le hacía ver, sosteniendo la mano por encima de las pilas, que necesitaba más. Todas estas pilas, y así de altas, le indicaba.

Mose quedó anonadado, con una cucharada de avena a mitad de camino hacia la boca. Pensó en todos aquellos otros dólares, la caldera de hierro llena hasta el tope, debajo de los tablonces del piso del living. No podía hacerlo; eran lo único que tenía... aparte de la criatura, ahora. Y no podía regalárselos, para que la criatura se fuese y lo dejase solo otra vez.

Comió el tazón de avena sin sentirle el sabor, y bebió dos tazas de café. Y la criatura seguía allí, mostrándole cuánto le faltaba todavía.

—No puedo hacer eso por tí

—le dijo el viejo Mose—. Hice todo cuanto se puede esperar de un ser viviente. Te encontré en el monte y te di albergue y calor. Traté de ayudarte y, como no pude, te di al menos un lugar donde morir. Te di sepultura y te protegí de toda esa gente, y cuando empezaste a crecer de nuevo no te arranqué. No puedes esperar, supongo, que siga dándote eternamente.

Pero era inútil. La criatura no lo oía, y él no estaba muy convencido de lo que decía.

Mose se levantó de la mesa y caminó hasta el living, con la criatura siempre detrás. Aflojó las tablas del piso y sacó la caldera, y la criatura, al ver lo que había en la caldera, se echó los brazos alrededor del cuerpo y se abrazó de felicidad.

Llevaron el dinero al cobertizo de las máquinas, y Mose hizo un fuego en la fragua y puso la caldera en el fuego, y empezó a fundir ese dinero penosamente ahorrado.

Hubo momentos en que creyó que no podría terminar la tarea, pero la terminó.

La criatura sacó la cesta de la jaula y la depositó cerca de la fragua, y con un cucharón de hierro recogió la plata fundida y la empezó a verter aquí y allá, dentro de la cesta, dándole forma con cuidadosos golpes de martillo.

Tardó mucho tiempo, porque era un trabajo de precisión, pero por fin terminó, y para ese entonces ya casi no quedaba nada de

plata. La criatura llevó la cesta a la jaula y la volvió a colocar en su lugar.

Ya era casi de noche y Mose tuvo que marcharse a hacer las faenas. Casi tenía la esperanza de que, al volver a casa, la criatura hubiese arrastrado la jaula afuera y no estuviese más. Y trató de mostrarse resentido con ella por tanto egoísmo: había recibido cosas de él, y no había tratado de retribuírselas. Que él supiese, ni siquiera había intentado darle las gracias. Pero con eso de mostrarse resentido no fue muy convincente.

Cuando volvió del establo con los dos baldes llenos de leche, la criatura lo estaba esperando. Lo siguió al interior de la casa, siempre dando vueltas a su alrededor, y Mose trató de hablarle. Pero no se sentía con ánimo para hablar demasiado. No podía olvidar que la criatura se marcharía, y el placer que le producía ahora su compañía se perdía en el terror de la soledad inminente.

Porque ahora ni siquiera tenía el dinero para ahuyentar la soledad.

Esa noche, en la cama, lo asaltaron sigilosos y extraños pensamientos: el pensamiento de una soledad aun mayor que la que él conociera en la solitaria granja, la terrible, devastadora soledad de las vacías inmensidades que se extendían entre las estrellas, la forzada soledad del que busca un lugar o una persona que no es más que un pensamiento nebuloso,

que no se alcanza a definir, pero que es de importancia vital, y hay que encontrarla.

Era extraño que él pensase esas cosas, y entonces, de pronto, supo que no eran sus pensamientos sino los pensamientos de ese otro que estaba con él en el cuarto.

Trató de levantarse, hizo un esfuerzo para levantarse de la cama, pero no pudo. Alzó la cabeza, pero en seguida volvió a caer sobre la almohada y se quedó profundamente dormido.

A la mañana siguiente, cuando Mose hubo desayunado, fueron los dos al cobertizo de las máquinas y arrastraron la jaula afuera. Allí, en el patio de la granja, a la fría claridad del alba, era un objeto misterioso y extraño.

La criatura se acercó y empezó a deslizarse entre dos de los barrotes, pero cuando ya había introducido la mitad del cuerpo volvió a salir y se acercó al viejo Mose y se detuvo delante de él.

—Adiós, amigo —le dijo Mose—. Te voy a echar de menos.

Sentía una extraña picazón en los ojos.

El otro le tendió la mano en un gesto de despedida, y Mose la tomó, y había algo en la mano que estrechaba, algo redondo y suave que pasó de la mano de la criatura a su mano.

La criatura retiró la mano y volvió de prisa a la jaula, y otra vez se deslizó entre los barrotes. Sus manos tocaron la cesta y hubo un súbito chisporroteo y la jaula desapareció.

Mose se quedó solo en el patio de la granja, mirando el sitio donde ya no estaba la jaula y recordando lo que había sentido o pensado —¿o le habían dicho?— la noche anterior, en la cama.

Ahora la criatura estaría allí, en el espacio entre las estrellas, en esa soledad negra y total, buscando un lugar, una cosa, una persona que ninguna mente humana era capaz de concebir.

Despacio, Mose dio media vuelta, y echó a andar hacia la casa para recoger los baldes y bajar al establo a ordeñar las vacas.

Recordó el objeto que tenía en la mano y levantó el puño todavía cerrado. Abrió los dedos y allí, en la palma, estaba la pequeña pelota de cristal, idéntica a la que encontrara en la ranura del cuerpo que había enterrado en la huerta. Sólo que aquella era turbia y fría y seca, y esta tenía el vivo fulgor de un fuego distante.

Mientras la miraba tuvo la extraña sensación de una felicidad y una paz que rara vez había conocido, y era como estar rodeado por mucha gente, todos amigos.

Cerró la mano sobre la pelota, y la felicidad seguía estando en él; era absurdo, porque no tenía una sola razón para ser feliz. Al fin y al cabo la criatura lo había

abandonado, y había perdido el dinero y no tenía amigos, pero a pesar de todo seguía sintiéndose contento.

Metió la pelota en el bolsillo y echó a andar con paso ágil hacia la casa, para buscar los baldes de la leche. Arrugó los labios barbudos y se puso a silbar; hacía mucho, mucho tiempo que ni siquiera pensaba en silbar.

A lo mejor, se dijo, estaba contento porque la criatura no se había ido sin detenerse a darle la mano y a tratar de decirle adiós.

Y un regalo, por poco valor que tuviera, por más que fuese una simple chuchería, tenía en todo caso un valor básico en afecto puro. Hacía muchos años que nadie se molestaba en hacerle un regalo.

Sin el Compañero, la inmensidad del espacio era oscura y solitaria e infinita. Y quizá pasaría mucho tiempo antes de que pudiese procurarse otro.

Tal vez era un disparate, pero aquella vieja criatura había sido tan buena, tan torpe y tan piadosa, y había tenido tanta voluntad de ayudar. Y cuando alguien viajaba lejos y a gran velocidad, necesita también viajar ligero de equipaje. No había tenido ninguna otra cosa para darle.

*Título del original en inglés: A Death in the House
Traducción de Matilde Horne*

Una historia construida, en partes iguales, con elementos de fantasía y realidad; sobre un hombre (en palabras de la autora) "acosado por las dudas, que ha fracasado en el matrimonio y tiene problemas de conciencia frente a su trabajo". Premio Nebula 1969.

LOS PROGRAMADORES

Kate Wilhelm

RAE SE DETUVO FRENTE A LA VENTANA de visión unilateral, se agachó y espío al gibón bebé de la jaula. Darin la miró con severidad. Al cabo de un momento ella se irguió, las manos en los bolsillos del delantal, la cara inocente de toda maldita expresión, y continuó mariposeando hacia él por el pasillo que separaba las jaulas.

—¿Piensas siempre que es una crueldad inútil?

—¿Lo piensa usted, doctor Darin?

—¿Por qué haces siempre eso? Contestar a una pregunta mía con otra tuya.

—¿Lo enfurece?

Darin se encogió de hombros y le volvió la espalda. Su túnica de laboratorio seguía sobre la silla en que la había arrojado al pasar. Se la puso sobre la camisa sport celeste.

—¿Cómo está el chico Driscoll? —preguntó Rae.

El doctor Darin se puso rígido, luego se aflojó. Todavía sin mirarla, dijo:

—Como la semana pasada, como el año pasado. Como estará hasta que se muera.

La puerta del vestíbulo se abrió y por ella asomó una cara muy grande y muy vulgar. Stu Evers miró hacia el pasillo más allá de Darin, con una pregunta en la mirada.

—¿Solo? Me pareció oír voces.

—Hablaba conmigo mismo —dijo Darin—. ¿Listo ya el comité?

—Casi. El doctor Jacobsen lo está retrasando con la rutina de pulverización de nariz y garganta, como de costumbre.

Titubeó un momento, echó una nueva ojeada a las jaulas, luego otra a Darin. No preguntó qué

demonios era lo que lo estaba mortificando; le dijo, en cambio:

—¿No te parece que un tipo alérgico a los monos tendría que buscarse otra rama de investigación?

Darin también miró, pero Rae había desaparecido. A veces no volvía durante meses y meses, otras su visita era cosa de todos los días, hasta de varias veces por día. ¿Qué había sido esta vez? ¿El chico Driscoll, la marcha del proyecto mismo? Se preguntó si acaso tendría vida propia cuando no venía.

—Estaré afuera, en el vivero —dijo.

Se cruzó con Stu en el dintel y se encaminó a la lujuriosa selva de invernáculo de la Florida.

La cacofonía de los ruidos de la jungla lo sacudió desde la puerta misma. Había cuatrocientos sesenta y nueve monos en las catorce hectáreas y media de predios boscosos que utilizaba el departamento de investigación. Cada uno de los monos estaba chillando, ululando, cantando, blasfemando o haciendo notar su presencia de una u otra forma. "Los monos más felices del mundo", los había calificado una nota periodística. "Monos cantores", anunciaba un subtítulo. "Monos que toman píldoras estimulantes del intelecto", había proclamado el más enardecido. "Denuncias de crueldad", agregaba otro en tono mortificado, condolido.

El vivero consistía en una hectárea y media de selva cerca-

da, cuidadosamente proyectada y mantenida, circundada en toda su extensión por un liso muro de plástico de nueve metros de altura. Una cúpula transparente cubría el recinto. A intervalos regulares, a todo lo largo del cerco, había ventanas de visión unilateral. Un pequeño grupo de personas se encontraba reunido frente a una de ellas. El comité.

Darin se detuvo y escudriñó el interior del vivero. Vio a Eloísa y Skitter quitándose plácidamente el uno al otro pulgas inexistentes. Adán mascaba enérgicamente una banana; Homero, ocioso, tendido de espaldas, se rascaba la nariz con la punta del pie. Una pareja de chimpancés estaba junto al surtidor de agua, no bebiendo sino tan solo apretando el pedal y estudiando el surtidor, sumergiendo de tanto en tanto una cabeza o una mano en el fuentón de agua fría. Apareció el doctor Jacobsen y Darin se unió al grupo.

—Buenos días, señora Bellbottom —dijo Darin cortésmente—. ¿Sabía usted que se le ha caído la falda? —Se volvió hacia el mayor Dormouse.— Ah, mayor, ¿a cuántos hombres del enemigo ha abatido usted hoy con su hermoso trapito amarillo? —Le sonrió afablemente a un joven granujiento provisto de una cámara.— Mayor, ¿así que se ha traído a un figón profesional? ¿Más historias en los periódicos, y con fotos esta vez?

El joven granujiento cambió de

postura, jugueteando nerviosamente con la cámara. El mayor estaba furibundo. La señora Bellbottom, de rodillas en el suelo, espiaba por debajo de un matorral en busca de su falda. Darin parpadeó. Ninguno de ellos llevaba una sola prenda encima. Se dio vuelta hacia la ventana. Los chimpancés estaban tendiendo una mesa, cargada con un servicio de té, platería, porcelana, emparedados diminutos. Todos los chimpancés llevaban camisas y vestidos floreados. Hortensia se había puesto un ridículo sombrero de paja verde pálido con anchas alas flotantes. Darin se recostó contra el cerco para reprimir la carcajada.

—Acido ribonucleico soluble —estaba diciendo el doctor Jacobsen cuando Darin se recobró—. ARNs para abreviar. Así, desde los burdos comienzos, cuando adiestrábamos a gusanos enteros y alimentábamos con ellos a otros gusanos que parecían sacar provecho del aprendizaje original, hemos llegado a estos métodos más sutiles. Ahora extraemos la molécula de ARNs de animales ya adiestrados, y la suministramos en solución a especímenes no adiestrados, y observamos los resultados.

Mientras Jacobsen hablaba el joven sacaba fotos. La señora Whoosis tomaba nota, su boca una fina línea sin labios, el sombrero tiñéndole de verde la cara. El sol parecía dotarle el vestido estampado rojo y amarillo de un

zarandeo propio, imprimiendo a sus caderas rollizas un perpetuo movimiento ondulante. Darin la miraba fascinado. Andaría por los sesenta.

—...mi colega, que propuso esta línea de experimentación, el doctor Darin —concluyó Jacobsen, y Darin saludó con una ligera reverencia. Se preguntó qué habría dicho Jacobsen acerca de él, y decidió esperar las preguntas antes de decir nada.

—Doctor Darin ¿es cierto que también extraen ustedes esta sustancia de las personas?

—Cada vez que usted se rasguña, pierde la sustancia —dijo Darin—. Cada vez que le sale una gota de sangre, la pierde. Está en todas y cada una de las células de su cuerpo. A veces extraemos una muestra de sangre humana, sí, para fines de estudio.

—¿Y la inyectan a estos animales?

—A veces lo hacemos —dijo Darin. Esperó la siguiente, la inevitable pregunta, pensando mientras esperaba cómo la respondería. Jacobsen lo había aleccionado sobre cómo debía contestarla, pero no recordaba lo que le había dicho Jacobsen. La pregunta no llegó.

La señora Whoosis, los ojos fijos en la ventana, se adelantó. Darin volvió hacia ella su atención; ella le esquivó la mirada y casi con la misma rapidez volvió a clavar la vista en los simios.

—Sí, señora mmm... ¿señora? —la azuzó Darin.

La mujer no lo miró.

—¿Por qué? ¿Cuál es la finalidad de todo esto? —preguntó ella. La voz sonó estrangulada. El joven granujiento se iba acercando pasito a pasito a la ventana más próxima.

—Bueno —dijo Darin— nuestra teoría es simple. Creemos que la capacidad de aprender puede ser drásticamente mejorada en casi todas las especies. La curva de aprendizaje es la normal, la curva previsible en forma de campana, con unos pocos, los que poseen la capacidad de aprender con suma rapidez, en uno de los extremos; la gran mayoría, los que aprenden a un ritmo normal, en el centro; y unos pocos, los que aprenden muy lentamente, en el otro extremo. Con nuestros experimentos estamos en condiciones de aumentar la capacidad de la gran mayoría que ocupa el centro de la curva, así como la de los que están en su extremo deficiente, de manera tal que su capacidad de aprendizaje iguale a la de aquellos que aprenden con máxima rapidez en cualquier grupo dado...

Nadie lo estaba escuchando. No importaba. Se les entregaría el comunicado de prensa que él había preparado para ellos, redactado en lenguaje simple, sin palabras polisílabas, sin oraciones de más de una cláusula. Todos estaban observando a los chimpancés a través de las diversas ventanas.

—Así pues —dijo—, glaribamos

la garuca tres veces enérgicamente, hasta que por fin las minas entraron por el aro. —Uno de los miembros del comité lo miró de soslayo.— Ya sea por vía intravenosa o por vía oral, parece ser igualmente efectivo —dijo Darin, y el hombre sudoroso se volvió otra vez hacia la ventana—. Inyecciones todas las mañanas... reyecciones, dieta planificada, planificación familiar, planes planificados planificando planes.

Jacobsen le lanzó una mirada oblicua y suspicaz. Darin cesó de hablar y encendió un cigarrillo. La mujer de las caderas inquietas se volvió desde la ventana, la cara muy encendida.

—Ya he visto bastante —dijo—. Este sol aquí afuera calienta demasiado. ¿Podemos ahora visitar los laboratorios?

Darin los derivó a Stu Evers para que los guiase por el interior del edificio. Volvió lentamente al vivero. Una sonrisa se le dibujó en los labios cuando divisó a Adán, en el sector más alejado, masturbándose triunfalmente, sin prestar la más mínima atención a Hortensia que, mecándose sobre las grupas, parecía totalmente deslumbrada. Darin saludó a Adán haciéndole la venia y luego, silbando, volvió a su consultorio. La señora Driscoll estaba citada con Sonny para la una.

Sonny Driscoll tenía catorce años. Medía un metro setenta y cinco y pesaba setenta y dos kilos. Su niño medía un metro

noventa y pesaba cien kilos. A los doce años Sonny le había quebrado un brazo a su madre; a los trece le había fracturado a su padre una pierna y un brazo. El niño hasta ahora se conservaba intacto. Cada mañana la señora Driscoll lavaba y vestía amorosamente a su bebé, le daba de comer, lo sacaba a pasear por el jardín, le hablaba alegremente de los planes para los meses venideros, o simplemente le cantaba canciones infantiles. Sonny nunca parecía verla. El niño, Johnny, cuando estaba en funciones nunca se alejaba a más de un metro de distancia de su pupilo.

La señora Driscoll rehusaba pensar en el día en que tendría que entregar el hijo a una institución. Depositaba en cambio toda su fe, todas sus esperanzas en Darin.

Aparecieron a las dos y cuarto, más temprano de lo que él esperaba, más tarde de lo que prometieran llegar.

—El chico no ha hecho otra cosa que desnudarse —dijo Johnny hoscamente.

El chico se estaba desnudando de nuevo en el consultorio. Johnny amagó un paso en dirección a él, pero Darin meneó la cabeza. No tenía importancia. Darin extrajo la muestra de sangre de uno de los musculosos brazos, le aplicó la inyección en el otro. Sonny no parecía darse cuenta de lo que le estaban haciendo. Nunca parecía darse cuenta. Sonny se

negaba a ser examinado. Consiguieron llevarlo hasta la silla y la mesa, pero se sentó con la mirada fija en la nada, sin prestar atención a los cubos, a las pelotas brillantes, las tizas de colores, los caramelos. Nada de cuanto Darin hacía o decía ejercía una influencia visible en el muchacho. Por fin pasó la hora. La señora Driscoll y Johnny volvieron a vestirlo y se marcharon. La señora Driscoll le dio las gracias a Darin por lo mucho que estaba ayudando a su hijo.

Stu y Darin dictaban clase de cuatro a cinco diariamente. Kelly O'Grady tenía a los monos rotulados y preparados cuando aparecieron en el aula. Kelly era muy alta, muy esbelta y pelirroja. Stu se estremecía si accidentalmente ella lo rozaba al pasar; Darin esperaba el día en que Stu le echara encima un Adán. Recatadamente sentada en su alto taburete con su cuaderno sobre el regazo, Kelly no parecía notar el cambio que se operaba en Stu en las horas de clase o, si lo notaba, le era indiferente. Darin se preguntaba si sería realmente una muñeca Barbie¹ diseñada para

¹ Las muñecas Barbie surgieron en la década del cincuenta y sobrevivieron hasta bien avanzada la del sesenta. No aspiraban a despertar en las niñas el instinto maternal: eran muñecas con cuerpo de mujer joven, el de la *teen-ager* bonita, y cumplían todos los rituales del estilo de vida norteamericano, con sus padres, hermanos, *boy friends*, etc., constituyendo un verdadero fenómeno social, psicológico y hasta económico. (N. de la T.)

cumplir tareas de laboratorio, y nada más.

Pensó en la Escuela de Educación Social para Barbies, de donde jóvenes de piernas largas, pechos altos y vientre chato egresaban pulcramente depiladas, las uñas de los pies pintadas de rosa, extirpados los pezones, todos los orificios corporales cosidos excepto la boca, que se curvaba en perpetuas sonrisas vacías.

El alumnado consistía en seis negros monos aracnoides que ese día no habían sido alimentados. Tenían que realizar en orden seis tareas: 1) tirar de una sogá; 2) cruzar la jaula y recoger una varilla que era liberada por la sogá; 3) Tirar otra vez de la sogá; 4) recoger una segunda varilla que podía ser insertada en uno de los extremos de la primera; 5) insertar una varilla en la otra; 6) utilizando la varilla así alargada, empujar hacia los barrotes un racimo de bananas, lo suficiente como para poder recogerlas con la mano y llevarlas al interior de la jaula, donde les estaba permitido comérselas. Todos los monos tenían jaulas idénticas, aisladas cada una de ellas de la vista de las restantes. A las cinco los monos fueron devueltos a Kelly quien, uno por uno, los llevó al depósito general. Ninguno había ejecutado todas las tareas, si bien dos las habían realizado en parte antes del tiempo límite.

Mientras esperaban a que los últimos monos fuesen devueltos a su sitio, Stu preguntó:

—¿Que les hiciste esta mañana a esos imbéciles? A la hora en que me los pasaron a mí, todos se comportaron como si los hubiesen chasqueado.

Darin le contó la hazaña de Adán, y ambos se estaban riendo a mandíbula batiente cuando regresó Kelly. La risa de Stu se ahogó en algo que sonó casi como un sollozo. Darin quiso decirle lo de la escuela a que había asistido Kelly, lo pensó mejor y optó por marcharse.

Para volver a casa tuvo que manejar veinticinco kilómetros por un camino recto y estrecho, en el umbroso interior de la Península de la Florida.

—Seguro que no me importa vivir aquí —había dicho una vez Lea, nueve años atrás, cuando surgió aquel trabajo en la Florida. Y no le importaba. La casa estaba climatizada; el coche de la familia, el de Lea, estaba climatizado; en el jardín del fondo había una piscina de natación lo suficientemente grande como para que flotase el *Queen Mary*. Una muchacha nativa, tímida y de ojos grandes, se ocupaba de los quehaceres domésticos, y Lea aumentaba de peso y escribía esporádicamente —poesía— y agasajaba regularmente a esposas de catedráticos.

Darin sospechaba que de vez en cuando también agasajaba a los catedráticos.

—Oh, profesor Dimples, ¿una hora esta tarde? Le costará quince dólares, sabe usted. —Tomó

nota de la cita y se volvió hacia Lea.— Sólo dos más hoy y tendrás la cuota del auto. ¿Qué me dices? —Ella le enroscó los brazos flacuchos alrededor del cuello y apretó contra él sus pechos altos. Tenía que inclinar levemente la cabeza para recibir el beso.— Luego te tocará a ti, querido. Por nada.

Trató de besarla; su lengua chocó contra algo y entonces comprendió que la sonrisa era sólo por fuera, que en realidad el orificio no existía en absoluto.

Estacionó junto a un MG, no el de Lea, y entró en la casa, donde a toda hora los martinis estaban estremecedoramente fríos.

—Querido, te acuerdas de Greta ¿verdad? Me va a dar clases dos veces por semana. ¿No es fantástico?

—Pero si ya te graduaste —murmuró Darin. Greta no era alta ni de piernas largas. Era una cosita toda chiquitita. Pensaba que probablemente la recordaba de alguna parte, vagamente. La mano de Greta era fresca en la suya.

—Greta se ha mudado por aquí; va a enseñar arte moderno en el semestre de primavera. Le pedí clases particulares y dijo que sí.

—Greta Farrel —dijo Darin, reteniendo en la suya la mano menuda. Se alejaron de Lea, salieron por la puerta-ventana al jardín donde la fragancia de los naranjos en flor saturaba la atmósfera.

—Greta piensa que debe de ser maravilloso estar casada con un

psicólogo. —La voz de Lea lo perseguía.— ¿Dónde estáis, los dos?

—¿Qué le hace decir semejante cosa? —preguntó Darin.

—Oh, cuando pienso cómo debe comprender usted a una mujer, conocer sus rarezas y las razones de sus caprichos. Ha de saber exactamente lo que debe hacer y en qué circunstancias, y cuando hay que hacer algo diferente... sí, eso, nada más.

Las manos de Darin ardían sobre el cuerpo de ella, la piel de ella estaba fresca. La voz petulante de Lea se acercaba. Darin tomó en sus brazos a Greta y se metieron en la piscina, donde ambos, siempre juntos, se hundieron hasta el fondo. Greta no había ido a la escuela Barbie. Las manos de Darin le conocieron el cuerpo; luego su cuerpo le conoció el cuerpo. Después de hacer el amor Greta se separó de él apesadumbrada.

—Tengo que irme ahora. Usted es un hombre afortunado, doctor Darin. Nunca duda de usted mismo, siempre comprende perfectamente qué es lo que lo mueve.

Estaba otra vez acostado en el diván de cuero, la mirada fija en el cielo raso.

—Siempre es así, doctor. Fantasías, sueños, alucinaciones. Sé que es a causa de esta investigación que nos amenaza ahora, pero incluso cuando las cosas marchan relativamente bien, me escapo sin ninguna razón verdadera por una tangente como esta.

Sentado, Darin se agitaba imperceptiblemente, tamborileando con suavidad en el brazo del sillón, la mirada fija en el reloj cuyas manecillas estaban inmóviles. Preguntó:

—Antes de esta presión reciente, ¿tenía usted fantasías tan intensas?

—No lo creo —dijo Darin pensativo, tratando de recordar.

El otro no le dio tiempo. Le preguntó:

—¿Y puede usted ahora salir de ellas cuando lo necesita o cuando quiere hacerlo?

—Oh, naturalmente —dijo Darin.

Riéndose, bajó del auto, palmeó el MG y entró en la casa. Oyó voces en el living y recordó que los jueves Lea tenía de veras su clase de pintura.

Lacey se marchó cinco minutos después de la llegada de Darin. Dijo algunas vaguedades acerca de la gran promesa que era Lea, y del talento todavía virgen de Lea, y Darin se manifestó sobriamente de acuerdo. Si tenía talento era, sin duda, un talento muy virgen. Eso no lo dijo.

Lea vestía un traje de recibo, ligeros paños flotantes de tul celeste sobre un leotardo ceñido como un guante de color azul noche. Darin se preguntó si se daría cuenta de que había engordado en los últimos años. Pensaba que no.

—Oh, ese hombre se está poniendo imposible —dijo ella cuando el MG zumbó lejos de la ca-

sa—. Ya van dos años y todavía no quiere exponer mis cosas.

Mirándola, Darin se preguntó qué otras cosas de Lea podían exponerse.

—No te demores demasiado con tu martini —le dijo Lea, saliendo del living—. A las siete nos esperan con almejas en casa de los Ritter.

El teléfono sonó cuando él se estaba duchando. Era Stu Evers. Darin chorreaba agua mientras escuchaba.

—¿No viste aún el diario de la noche? Esa arpía declaró que las condiciones son extremas en la estación, que hacemos sufrir innecesariamente a nuestros animales.

Darin gruñó suavemente. Stu continuó:

—Mañana se vendrá con todo su equipo de mujeres para atestiguar su declaración. Es una figura de la SPCA, o algo por el estilo.

Darin se echó a reír. La señora Whoosis tenía la cara apretada contra una de las ventanas; otras señoras gordas de vestidos floreados apretaban las suyas contra las ventanas restantes. Ninguna de ellas respiraba ni se movía. En el interior del vivero Adán copulaba con Hortensia, luego con Esmeralda, con Hilda...

—Maldita sea, Darin no le veo la gracia —dijo Stu.

—Pero es que la tiene. Claro que la tiene.

En casa de los Ritter las almejas estaban deliciosas. Almejas,

toneladas de manteca, una montañosa ensalada y, para terminar, café generosamente guarnecido de cognac. Darin se sentía contento y animado al final de la velada. Ritter enseñaba literatura inglesa medieval pero no hablaba del asunto, lo cual era una forma de caridad. Se mostró solidario con respecto al problema de la S.P.C.A. Pensaba que los científicos no tenían imaginación. Darin estuvo de acuerdo con él, y pronto Lea y él emprendieron el regreso a casa.

—Cuánto me alegra que no hayas decidido quedarte hasta tarde —le dijo Lea cruzando con un bocinazo la franja amarilla. Siempre le había gustado conducir. El la dejaba. No valía la pena reñir por eso. Por muy poco de lo que ocurría valía la pena reñir—. Hay una película esta noche que me muero por ver.

Lea hablaba pero él no la escuchaba; un adiestramiento de doce años le arrancaba en momentos que acaso fuesen oportunos un ocasional gruñido, lo suficiente para que ella no cuestionase su atención.

—Ritter es tan pelmazo —dijo ella más tarde. Estaban acercándose a la casa—. Como si tú tuvieras algo que ver con esa declaración inverosímil que trae el periódico de esta noche.

—¿Qué declaración?

—¿No siquiera leíste el artículo. Dios santo, ¿por qué no? Todo el mundo va a hablar de eso... —Suspiró, exagerando.—

Alguien dijo, mencionando una fuente fidedigna, que en un futuro previsible, a partir de los resultados ya obtenidos, estaréis en condiciones de producir monos que serán tan inteligentes como los seres humanos normales.

Se echó a reír, una risa dura, quebradiza, sin ningún sentido.

—Leeré el artículo cuando lleguemos a casa —dijo él. Lea no le preguntó por la declaración; no le importaba si era falsa o verdadera, si él la había hecho de veras o no. Leyó el artículo mientras Lea se instalaba frente al televisor. Luego fue a nadar un rato. La versión que ella le había dado no era muy exacta, pero el espíritu era el mismo.

El agua estaba templada, la brisa fresca sobre su piel. Los mosquitos lo descubrieron ni bien salió de la piscina, de modo que se sentó detrás de la mampara de la galería. La luz azulada se apagó en el living al cabo de un rato y sólo quedó la noche oscura. Lea no lo llamó cuando se fue a acostar. Sabía que se había retirado sigilosamente, cerrando la puerta con cautela para que el clic del picaporte no lo perturbara si estaba dormitando en la galería. No le importó.

Sabía por qué no rompía con eso de una vez por todas. Piedad. La emoción endógena más corrosiva para el hombre. Ella era el producto de la escuela de muñecas que enseñaba que la marcha hacia el altar era la meta, la realización de los sueños de toda

doncella; escandalizadas, horrorizadas al percatarse de que era en realidad otro comienzo, algunas de ellas no se recuperaban jamás. Lea nunca se había recuperado. Jamás se recuperaría. A los sesenta frunciría los labios ante las exteriorizaciones sexuales de animales incivilizados, humanos o no, y se sentiría asqueada y ayudaría a formular leyes que prohibiesen tales actividades. Tiempo atrás él había esperado que un hijo fuese la respuesta, pero la escuela les hacía algo también por dentro. No concebían, o si la concepción se producía, no conservaban el fruto, y si lo conservaban, parían una cosa que nacía muerta. Los que sobrevivían eran, habitualmente, aún más dignos de lástima que los que habían luchado y sido derrotados *in utero*.

Un murciélago voló sobre las aguas quietas de la piscina y desapareció en la negrura de las azuleas. Pronto asomaría la luna y los chimpancés se agitarían por un rato para sumirse luego otra vez en su imperturbado letargo. Los chimpancés dormían muy cerca los unos de los otros, como buenos amigos, sin pensamientos sexuales a esa hora. Sólo las criaturas nocturnas y las criaturas humanas copulaban en la oscuridad. Se preguntó si Adán tendría idea de la existencia de sus captores humanos. La colonia del vivero se había iniciado veinte años atrás, y desde entonces ninguno de los chimpancés había visto a un ser humano. Cuando era pre-

ciso entrar en el parque se les daba narcóticos por la noche para tener la certeza de que no iban a despertarse. Entonces les cambiaban la uterina, agregaban nuevos obstáculos a los que ya habrían vencido. De tanto en tanto un chimpancé era sacado del vivero para fines de estudio, y casi siempre terminaba en la sala de disección. Pero no Adán. Adán era el padre del mundo. Darin sonrió en la oscuridad.

Adán apartó a su prometida de las otras bestias, y supo que era hermosa. Era su prometida verdadera, creada para él, capaz de igualarlo por la vivacidad de su inteligencia. Juntos escalaron los lisos muros y atisbaron el inmenso mundo que se extendía más allá de su huerto. Juntos descubrieron el abra que los conducía al mundo que pronto sería suyo, y se alejaron de los seres inferiores. Y el dios los buscó y, al no hallarlos, los maldijo y cerró el abra a piedra y lodo para que ninguno de los demás pudiera seguir sus pasos. Así fue cómo Adán y su esposa se convirtieron en el primer hombre y la primera mujer y de ellos nació la prole que habría de poblar el mundo entero. Y un día dijo Adán: "Avergüenzate, mujer ¿no ves que estás desnuda?" Y la mujer respondió: "También tú lo estás, chico, también tú." Entonces cubrieron sus desnudeces con hojas de los árboles y desde ese momento realizaron el acto sexual en las tinieblas de la noche, para que

el hombre no pudiera mirar a su mujer ni ella a él. Y se limpiaron así de su vergüenza. Por siempre jamás. Amén. Aleluya.

Darin se estremeció. Al fin y al cabo se había quedado dormido y ahora el viento de la noche soplabla frío. Se fue a acostar. Lea se apartó de él en sueños. La sintió tibia al tacto. Se dio vuelta para su lado, de espaldas a ella, y se durmió.

—Está el potencial x —le dijo Darin a Lea a la mañana siguiente durante el desayuno—. No sabemos con certeza dónde está x . Representa el logro intelectual más alto posible para los monos, por ejemplo. Probamos cada nueva camada de monos que recibimos y los clasificamos: $x-1$, $x-2$, $x-3$, digamos, y luego los hacemos procrear más $x-1$. Al mismo tiempo administramos a los otros dos grupos el ARNs que extraemos de los $x-1$ originales. Finalmente obtenemos un mono que es superior a nuestro $x-1$ original, entonces hacemos una reclasificación total y volvemos a empezar utilizando su ARNs para elevar a los restantes hasta su mismo nivel. Hacemos verificaciones constantes para asegurarnos de que nuestros niveles no decaigan y para evitar que grupos de niveles inferiores se mezclen con nuestros ejemplares más perfeccionados, y mantenemos grupos de control que reciben el mismo adiestramiento, la misma alimentación, el mismo proceso de selección, pero no el ARNs. Luego los cotejamos.

Mientras hablaba, Lea le observaba el rostro con cierto interés. Darin pensó que la comunicación se había establecido, hasta que ella dijo:

—¿Te diste cuenta de que tu pelo está casi totalmente blanco en las sienes? Estás encaneciendo de golpe.

Darin depositó cuidadosamente su taza sobre el platillo. Le sonrió y se levantó.

—Te veré esta noche —le dijo.

También tenían dos viveros diferentes de chimpancés que en un principio habían sido idénticos. Ninguno de los dos había recibido adiestramiento alguno a través de los años; se los había mantenido aislados entre sí y aislados del hombre. El grupo de Adán había recibido su dosis diaria de ARNs extraído de los animales inteligentes de más elevado nivel que habían descubierto. El grupo de control no había recibido ninguno. Los chimpancés del grupo de control no habían aprendido aún a vencer las dificultades que presentaba el surtidor de agua helada; bebían del arroyuelo que corría a través de cada vivero. El grupo de control no había aprendido aún que los frutos de las ramas altas y frágiles podían ser alcanzados con las varillas telescópicas previstas para derribarlos. El grupo de control se amontonaba a la intemperie o bajo el parco abrigo de las palmeras cuando llovía y la cúpula quedaba abierta. Adán, hacía mucho tiempo que había

capitaneado a su grupo en la construcción de una choza rudimentaria pero funcional, donde se refugiaban cuando llovía.

Mientras estacionaba el auto, Darin vio al comité de mujeres amontonado más allá del vivero. Fue directamente a la consola de su despacho, movió una palanca, manipuló botones y diales, guiando al grupo por los distintos senderos, abriéndoles uno, cerrándoles el otro, hasta conducirlos al más nuevo de los viveros, donde abrió el portón y las hizo entrar. Volvió a cerrar el portón rápidamente y observó los frenéticos esfuerzos que hacían por salir. Al cabo de un rato les soltó los chimpancés, y su sonrisa se ensanchó viendo como los hombres nuevos ultrajaban a las mujeres viejas. Algunos de los frutos de la mezcla de razas fueron negros y peludos, otros lampiños y rosados, algunos una mezcla de ambos. Crecieron rápidamente, y se alinearon con los brazos extendidos para recibir la dosis diaria, de pie frente a una máquina que los medía instantáneamente mientras eran clasificados. Algunos pasaban a una cámara de desintegración, otros salían al mundo.

La bocina de un automóvil le restalló en los oídos. Apagó el motor y salió en el momento en que Stu Evers estacionaba junto a su coche.

—Veo que vinieron las viejas arpías —dijo Stu. Acompañó a Darin al laboratorio—. ¿Cómo sigue el chico Driscoll?

—Negativo —dijo Darin. Stu sabía que habían estado tratando de usar con el muchacho ARNs humano, fracasando consecuentemente. Era un paso demasiado grande para que su cuerpo pudiese soportarlo—. Hasta ahora ha presentado una intolerancia total al A-127. Lo devuelve casi instantáneamente.

Stuart se mostró solidario y evasivo. Nadie tenía ya ninguna fe en ese experimento personal de Darin. Quizá el A-127 fuese un salto demasiado grande, pensó Darin. El mono arácnido *Ateles* de Brasil era demasiado vivaz.

Llamó a Kelly desde su consultorio y preguntó por los recién llegados, los monos arácnidos que habían probado el día anterior. La sangre había sido procesada, había una muestra a su disposición. Repasó las notas y eligió a uno que había mostrado interés en las tareas sin finalizar ninguna de ellas. Kelly le prometió tener la jeringa preparada para la una.

Lo que ya nadie vinculado con el proyecto podía poner en duda por más tiempo era que los simios (y también los hombres) que habían sido inoculados con ARNs del chico Driscoll habían sufrido una inhibición real de su capacidad de aprendizaje, en algunos casos aparentemente irreversible.

Darin no quería pensar en la reacción de la señora Driscoll si llegaba a enterarse alguna vez de la medida en que le habían estado utilizando al hijo. Rae se le

sentó en una esquina del escritorio y le habló con burlona insolencia:

—Yo misma podría decírselo, doctor Darin. Le diré: “Lo lamento, señora, tendrá que llevarse de aquí a su idiota; está dañando los cerebros de nuestros monos con su sangre contaminada.” ¿Le suena bien, doctor Darin?

—Dios mío ¿qué haces aquí otra vez?

—Pruebas —dijo ella—. Pruebas, nada más.

Stu lo llamó para que fuese a presenciar la última prueba del grupo de Adán, que tendría lugar dentro de cuarenta minutos. Darin había olvidado que tenía que estar presente. Durante la noche habían talado un árbol en cada uno de los viveros, cuyo tronco, atravesado sobre el pequeño arroyo, embalsaba el agua, la estancaba. A las once todos los surtidores de agua se cerrarían por el resto del día. El árbol había sido tumbado casi en el extremo del vivero, no lejos del cerco por donde entraba el arroyuelo, de modo que el hilo de agua que corría más allá de la choza estaba interrumpido. Ya el grupo que no recibía ARNs daba señales de tener sed. El grupo de Adán no había notado la interrupción de la corriente.

Darin se reunió con Stu y fueron juntos hasta el sector más distante, desde donde tendrían una buena visión de conjunto del vivero. Ya para entonces las mujeres se habían marchado.

—Había demasiada calma para ellas esta mañana —dijo Stu—. Adán estaba ocupado haciendo sus rondas; estuvo casi una hora en cuclillas sobre el árbol caído, antes de apartarse y volver con los otros.

El charco de agua crecía notoriamente. Ya su aspecto era cenagoso, repulsivo. A las once y diez ya todo el mundo sabía en el vivero que el abastecimiento de agua había sufrido algún desperfecto. Algunos de los chimpancés mayores probaron el surtidor. Adán lo probó varias veces. Lo golpeó con un palo y lo volvió a probar. Luego se sentó sobre las grupas y lo contempló largamente. Uno de los chimpancés cachorros lloriqueaba lastimosamente. Todavía no tenía sed, sólo estaba perplejo y acaso asustado. Adán lo miró con enojo. El chimpancé se refugió detrás de Hortensia. Hortensia le mostró a Adán los colmillos. Adán le hizo un gesto amenazante y ella empezó a sacarle las pulgas a su cachorro. Cuando volvió a lloriquear, le asestó un bofetón. El cachorro la miró, miró luego a Adán, se metió el pulgar en la boca y se alejó al trote. Adán seguía contemplando el surtidor inservible. Transcurrió una hora. Darin tomó una taza de café y comió a la fuerza un emparedado que le llevó uno de los muchachos del laboratorio. Lo masticó sin sentirle el sabor. Por último Adán se levantó y echo a andar con aire displicente hacia el arro-

yuelo que se secaba al sol. De tanto en tanto, de un charco de agua cada vez más exiguo, se levantaba una pequeña nube de vapor. Los otros chimpancés lo siguieron. Remontó el curso del arroyo hasta el cerco, donde nacía el agua. Cuando llegó al charco se volvió a poner en cuclillas. Uno de los chimpancés jóvenes caminó cuidadosamente alrededor del estanque, se agachó y tocó el agua fangosa, retrocedió, la volvió a tocar, y bebió. Otros bebieron también. Adán seguía en cuclillas. A las doce y cuarenta Adán se puso otra vez en actividad. Gruñendo y gesticulando hacia varios machos jóvenes, se acercó al tronco del árbol. Con mucho ruido y mucho gesto inútil, movieron el tronco. Un segundo envión, y volvieron a moverlo. El agua, puesta en libertad, se volcó sobre los jadeantes chimpancés. Dos de ellos soltaron el tronco y huyeron. Adán y los otros dos se mantuvieron en sus puestos. Los dos primeros regresaron.

Todavía estaban trabajando en eso cuando Darin tuvo que marcharse para cumplir su cita con la señora Driscoll y Sonny. Llegaron a la una y diez. Kelly había dejado la jeringa con la nueva fórmula en el pequeño refrigerador de Darin. Le inyectó una pequeña cantidad, le extrajo una muestra y comenzó las pruebas. Algunas veces Johnny cooperaba hasta el punto de agarrar uno de los objetos de la mesa y tirarlo al suelo. Esta vez limpió la mesa

antes de que hubiesen transcurrido diez minutos. Darin le puso un caramelo en la mano; Sonny se lo arrebató y lo tiró. Pacientemente, Darin puso otro caramelo en la mano del muchacho. Logró que conservara el octavo en la mano crispada el tiempo suficiente para guiar la mano hasta la boca de Sonny. Cuando el caramelo se fue, Sonny abrió la boca pidiendo más. Sus manos descansaban ociosas sobre la mesa. No parecía relacionar manos con caramelo y con sabor agradable. Darin intentó guiar un segundo caramelo a la boca abierta, pero Sonny se negó a retenerlo en la mano por segunda vez.

Cuando pasó la hora y Sonny empezó a mostrar inequívocos signos de fatiga, la señora Driscoll estrechó en su mano la mano de Darin. Tenía lágrimas en los ojos.

—¡Consiguió que comiera solo un bocadito! —le dijo con voz entrecortada—. Dios lo bendiga, doctor Darin, Dios lo bendiga.

Le besó la mano, y dando media vuelta se marchó en el momento en que las lágrimas le empezaban a brotar y a correr por las mejillas.

Kelly lo estaba esperando cuando el grupo se marchó. Recogió la nueva muestra de sangre que debía ser procesada.

—¿Se enteró del alboroto en el vivero? Adán está construyendo un embalse por propia iniciativa.

Darin la miró largamente, luego asintió. ¿El primer gran paso?

Corrió nuevamente al vivero. Esta vez se estaban utilizando las ventanas del sector más cercano. Parecía que todo el personal se hallaba allí, observando en silencio. Avistó a Stu y echó a andar hacia él. El arroyuelo corría a través del vivero, en general a menos de veinticinco centímetros de profundidad, y nunca a más de cincuenta en ningún punto del recorrido. En un lugar, había piedras en el fondo; en el resto, el fondo era de arena bien apisonada. Adán y su cuadrilla estaban apilando piedras en el único lugar apropiado para el embalse, muy cerca de la choza. La represa que estaban construyendo tenía sesenta centímetros de ancho, y estaba a menos de un metro y medio del cerco y a cinco de donde Darin y Stu compartían la ventana. Cuando el embalse estuvo terminado, Adán paseó por el cerco una mirada envolvente. Darin tuvo la impresión de que sus ojos se detenían un instante en los suyos antes de continuar observando. Más tarde supo que casi todas las demás personas que contemplaban la escena sintieron la misma pausa momentánea cuando esos ojos negros, inteligentes, buscaron y sostuvieron otra mirada inteligente.

—...próxima tormenta. Adán y el diluvio...

—...eventualmente semillas en lugar de alimentos...

—...su cerebro. Circunvoluciones tan complejas como las de cualquier hombre.

Darin se alejó. Fragmentos de futuros planes resonaban en sus oídos. Había un memorándum sobre su escritorio. Jacobsen le derivaba el asunto de la comisión investigadora de la S. P. C. A. Debía reunirse con los representantes universitarios, el grupo local de la S.P.C.A. y los representantes legales de todas las partes interesadas el lunes siguiente a las diez de la mañana. Escribió su informe diario sobre Sonny Driscoll. Hacía demasiado tiempo que la conducta de Sonny era demasiado buena. ¿Encendería esta inyección la chispa de determinación que necesitaba para desencadenar una crisis de violencia? Darin había puesto en guardia a Johnny, el guardaespaldas, epa, el niño, con respecto a esa posibilidad, pero sabía que Johnny pensaba que no había peligro alguno de parte del chico. Esperaba que Sonny no matase a Johnny y atacase luego a su madre y su padre. Probablemente violaría a su madre si en algún momento ese impulso llegaba a apuntar en él hacia una meta suficientemente dirigida. ¿Y los tres hombres que se habían prestado voluntariamente para que se les inyectase la sangre de Sonny? No quería pensar en ellos, y por lo mismo no se los podía sacar de la cabeza mientras permanecía sentado frente al escritorio, mirando el vacío. Tres presidiarios. Nada más que eso, simples presidiarios esperando obtener una libertad bajo fianza a cambio de su con-

tribución al progreso de la ciencia. Soltó una áspera carcajada. Ellos no hacían planes ahora. No ese trío. Ningún plan deliberado. Sentados, esperando que algo aconteciera, sin pensar qué podría ser ese algo, ni cuándo ni cómo lo afectaría. Sin pensar. Punto.

—Pero siempre puede consolarse diciéndose que sus motivos eran puros, que todo lo hacía en nombre de la Ciencia ¿sí, doctor Darin? —le preguntó Rae burlo-namente.

Darin la miró.

—Vete al infierno.

Era tarde cuando apagó la luz. Kelly se reunió con él en el corredor que conducía a la entrada principal.

—¿Día difícil, doctor?

Darin hizo un gesto afirmativo.

La mano de Kelly se demoró un instante en su brazo.

—Buenas noches —dijo ella, volviendo a su propia oficina. Darin miró largamente la puerta antes de obligarse a salir y encaminarse a su auto. Lea estaría furiosa con él por no haberla llamado. Probablemente no diría una sola palabra hasta casi la hora de acostarse; entonces estallarían en lágrimas y acusaciones. Podía ver el momento en que esas lágrimas y acusaciones lo herirían en vivo, cuando el cuerpo de Kelly sería aún un recuerdo concreto, cuando aún persistirían las palabras de ella en sus oídos. Y le mentiría

a Lea, no porque en realidad le importase que lo supiera, sino porque era lo previsible. Ella no sabría cómo manejar la verdad. Se enredaría en una telaraña, haría una frustrada tentativa de suicidio, intentaría el grito del ahogado que en última instancia lo ataría con nudos anegados en llanto, eternamente indisolubles. No, le mentiría, y ella sabría que le estaba mintiendo, y todo seguiría como siempre. Puso el motor en marcha y acometió los veinticuatro kilómetros de camino que tenía por delante. Se preguntó dónde viviría Kelly. Qué efecto le haría a Stu cuando se diera cuenta. Qué pasaría con su trabajo si, a la larga, Kelly se ponía malvada. Se encogió de hombros. Las muñecas Barbie nunca se ponían malvadas. No era parte de su mecanismo.

Lea lo esperaba en la puerta, vestida apenas con una bata suelta, el pelo suelto, sin fijador. El cuerpo de ella se confundió con el suyo, y ya no necesitó a Kelly. Y fue padrino cuando Stu y Kelly se casaron. "Eso te satisface", le gritó a Rae, pero ella no le contestó. Acaso esta vez se había marchado para siempre. Estacionó el coche en la oscuridad, junto a la casa, y por un momento apoyó la cabeza en el volante antes de salir. Si no era para siempre, al menos por una larga temporada. Esperaba que Rae no volviese durante mucho tiempo.

*Título del original en inglés: The Planners
Traducción de Matilde Horne*

"La voz de Bradbury ha sido siempre la voz del poeta que rechaza la mecanización del hombre", declaró una vez un crítico. En este cuento Bradbury rechaza otro tipo de opresión: el de los nombres, los rótulos.

REFERENTE

Ray Bradbury

ROBY MORRISON ARDÍA DE IMPACIENCIA. Mientras caminaba en el calor tropical oía el húmedo estruendo de las olas sobre la playa. Reinaba un silencio verde en la Isla Ortopédica.

Era el año 1997, pero a Roby no le importaba.

A su alrededor se extendía el jardín por el que deambulaba con toda la vitalidad de sus diez años. Era la Hora de la Meditación. Más allá del muro del jardín, hacia el norte, estaban los Cubículos de Alto Cociente Intelectual donde él y los otros chicos dormían en camas especiales. Cada mañana saltaban como corchos de botellas, se precipitaban a las duchas, engullían de prisa la comida y eran succionados por tubos de vacío para ser trasladados a través de la isla hasta la Escuela de Semántica. De allí a Fisiología. Después de Fisiología era aspirado nuevamente bajo tierra para ser descargado a través de

una válvula en el recinto enmullado del gran jardín donde debía pasar esta estúpida hora de frustración meditativa, tal como lo prescribían los psicólogos de la isla.

Roby tenía su opinión al respecto. "Malditamente estúpida."

Hoy estaba en furiosa rebelión. Los ojos fijos en el mar, envidiaba esa libertad del mar de ir y venir. Tenía la mirada sombría, las mejillas arrebatadas; las manos pequeñas se le crispaban nerviosas.

Un carillón vibró apagadamente en algún lugar del jardín. Quince minutos más de meditación. ¡Uff! Y luego al Alimentador Robot, a rellenar un hambre muerta como los taxidermistas rellenan pájaros.

Y, después del almuerzo científicamente puro, de nuevo a través del tubo a Sociología. Claro está que a la hora postrera del verde atardecer se practicarían juegos

en el Jardín Principal. Juegos inventados por algún psicólogo de cerebro reblandecido en el transcurso de una pesadilla. ¡Esto era el futuro! ¡Debes vivir, hijo mío, como la gente del pasado, del año 1920, 1930 y 1942, anticipó que vivirías! ¡Todo nuevo, vital, sanitario, demasiado, demasiado nuevo! Nada de padres viejos y nefastos para endilgarle complejos a uno. ¡Todo bajo control, mi querido muchachol!

Roby debería estar con el ánimo adecuado para algo absolutamente insólito.

No lo estaba.

Cuando la estrella cayó del cielo un momento después, sólo se sintió más irritado.

La estrella era un esferoide. Aterrizó de golpe y rodó hasta detenerse en el caldeado césped verde. Una puertecita se abrió de pronto en ella.

Vagamente, este suceso le recordó un sueño al niño. Un sueño que con suprema obstinación se había negado a registrar en su Cuaderno Freudiano esa mañana. Sin embargo, el sueño volvió a su memoria en el instante mismo en que la puerta de la estrella se abrió y una "cosa" emergió por ella.

Una "cosa".

Los ojos jóvenes, cuando ven un objeto por primera vez, tienen que convertirlo en algo familiar. Roby no sabía qué era esa "cosa", esa cosa que salía de la esfera. Entonces, frunciendo el ceño, Roby pensó a qué se parecía más.

Al instante la "cosa" se transformó en cierta cosa.

El aire cálido se volvió frío. La luz parpadeó; la forma variaba, se derretía, cambiaba a medida que la cosa se transmutaba en algo determinado.

Despavorido, un hombre alto, flaco, pálido, apareció junto a la estrella metálica.

El hombre tenía ojos rosados, aterrorizados. Estaba temblando.

—Oh, te conozco. —Roby estaba desilusionado. — No eres más que el Hombre de la Arena.¹

El desconocido crepitaba como el calor que exhala el metal al hervir. Sus manos temblorosas se alzaron desesperadamente para palpar su largo pelo cobrizo como si nunca lo hubiese visto ni tocado. El Hombre de la Arena contempló con horror sus propias manos, sus piernas, sus pies, su cuerpo, como si fuesen totalmente nuevos. "¿El-Hombre-de-la-Arena?" Las palabras eran difíciles. También hablar era algo nuevo para él. Pareció a punto de huir, pero algo lo retuvo.

—Claro —dijo Roby—. Sueño contigo todas las noches. Oh, ya sé lo que piensas. Semánticamente, nuestros profesores dicen que los fantasmas, duendes y hadas son rótulos, meros vocablos para los que no existen referentes reales, ni objetos ni cosas reales. Pero

¹ En inglés, *Sandman*, un personaje legendario, una especie de duende que aparece de noche a echar arena en los ojos de los niños para que se duerman. (N. de la T.)

al diablo con todo eso. Nosotros, los chicos, sabemos al respecto más que los maestros. El hecho de que tú estés aquí demuestra que los maestros están equivocados. Después de todo, el Hombre de la Arena existe, ¿no es así?

—¡No me pongas un rótulo! —gritó súbitamente el Hombre de la Arena. Ahora parecía comprender. Por alguna razón desconocida estaba terriblemente asustado. Seguía pellizcando, tironeando, palpando ese cuerpo largo y nuevo como si fuese un objeto aterrador. ¡No me nombres, no me pongas un rótulo!

—¿Mmm?

—¡Soy un referente! —chilló el Hombre de la Arena—. ¡No soy un rótulo! ¡No soy más que un referente! ¡Déjame ir!

Los verdes ojitos gatunos de Roby se entrecerraron.

—Dime... —Plantó las manos sobre las caderas.— ¿Te mandó el señor Grill? ¡Apuesto a que fue él quien te mandó! ¡Apuesto a que este es otro de sus tests psicológicos!

Roby ardía de ciego furor. Siempre, eternamente, estaban encima de él. Le escogían los juegos, los alimentos, la educación, lo separaban de sus amigos y de su madre, su padre, y ahora... ¡estas jugarretas!

—No me manda el señor Grill —alegó el Hombre de la Arena—. ¡Escúchame, antes que venga alguien más y me vea en esta forma y empeore las cosas!

Roby empezó a patearlo violentamente.

El Hombre de la Arena retrocedió trastabillando, jadeante.

—Escúchame. ¡Yo no soy humano! ¡Tú sí! —vociferó—. ¡El pensamiento ha moldeado la carne de todos vosotros aquí, en este mundo! ¡Estáis todos determinados por rótulos! ¡Pero yo... yo soy un puro referente!

—¡Mentiroso!

Más puntapiés de Roby.

El Hombre de la Arena farfuleaba de frustración.

—¡La verdad, pequeño! Siglos y siglos de pensamiento han modelado vuestros átomos hasta conferirles su forma presente; si tú pudieras socavar y destruir esa creencia, la creencia de todos tus amigos, maestros y padres, podrías cambiar de forma, ser, también tú, un referente puro. ¡Como Libertad, Fraternidad Humanidad, o Tiempo, Espacio y Justicia!

—¡Te mandó Grill! ¡No hace otra cosa que importunarme!

—¡No, no! Los átomos son maleables. Habéis aceptado ciertos rótulos sobre la Tierra, rótulos llamados Hombre, Mujer, Niño, Cabeza, Manos, Dedos, Pies. De nada que érais, os habéis transformado en algo.

—Déjame en paz —protestó Roby—. Tengo una prueba hoy, necesito pensar.

Se sentó sobre una roca, tapándose los oídos con ambas manos.

El Hombre de la Arena miró atemorizado a su alrededor, como quien prevé un desastre.

Plantándose al lado de Roby empezó otra vez a tiritar y a gritar.

—La Tierra hubiera podido ser de otras mil maneras. El pensamiento, aplicando rótulos, la recorrió de un lado al otro ordenando un cosmos caótico. ¡Ya nadie se molesta en tratar de pensar las cosas en formas diferentes!

—Vete —resopló Roby.

—Aterricé cerca de ti sin sospechar el peligro. Sentía curiosidad. En el interior de mi nave esferooidal, los pensamientos no pueden cambiar mi forma. He viajado de un mundo a otro, a través de los siglos, ¡y nunca fui atrapado así!

—Las lágrimas le anegaban el rostro.— Y ahora, por todos los dioses, tú me has rotulado, me has atrapado, ¡me has aprisionado con tu pensamiento! Esta idea del Hombre de la Arena. ¡Horrible! ¡No puedo defenderme, no puedo volver a cambiar! Y si no puedo cambiar, nunca más podré volver a entrar en mi nave, soy demasiado grande. ¡Quedaré encallado en la Tierra para siempre! ¡Déjame en libertad!

El Hombre de la Arena gritaba, sollozaba, vociferaba. La mente de Roby empezó a divagar. Discurría calladamente consigo mismo. ¿Qué era lo que más deseaba en el mundo? Escaparse de esta isla. Tonto. Siempre lo atrapaban a uno. ¿Entonces qué? Juegos, quizá. Le gustaría jugar a juegos normales, sin psicopersuisión. Claro, eso sería agradable. Patear la lata, hacer bailar

la botella, o aunque más no fuese una pelota de goma para hacerla rebotar contra el muro del jardín y atraparla al vuelo, toda para él. Sí. Sí. Una pelota roja.

El Hombre de la Arena gritó:

—No...

Silencio.

Una pelota de goma roja rebotó sobre el césped.

—¡Eh! —Roby tardó un instante en comprender que la pelota estaba realmente allí.— ¿Y esto de dónde viene? —La lanzó contra el muro y la recogió.— ¡Caramba!

No notó la ausencia de cierto forastero que le había estado gritando pocos momentos antes.

El Hombre de la Arena había desaparecido.

Un poco más lejos, en la sofocante distancia del jardín, sonó un ruido metálico. Un cilindro trepaba velozmente por el tubo de la puerta circular del muro del jardín. La puerta se desprendió con un ligero silbido. Pasos rítmicos crujieron a lo largo del sendero. El señor Grill emergió por entre una frondosa maraña de tigrídias.

—Buenos días, Roby. ¡Oh! —El señor Grill se detuvo petrificado, como si acabase de recibir un puntapié en la cara rosada y moquetada.— ¿Qué es eso que tienes ahí, muchacho? —exclamó.

Roby volvió a hacer rebotar el objeto contra el muro.

—¿Esto? Una pelota de goma.

—¿Eh? —Los ojillos celestes de

Grill parpadearon, se achicaron. Luego se serenó.— Sí, por supuesto. Por un momento me pareció ver... uhhh... ehhh...

Roby siguió haciendo saltar la pelota un momento más.

Grill carraspeó para aclararse la voz.

—Es hora de almorzar. La Hora de la Meditación ya ha terminado. Y no estoy seguro de que al Ministro Locke le guste verte jugando a juegos no ortodoxos.

Roby lanzó por lo bajo una maldición.

—Oh, bueno, continúa entonces. Juega. No le iré con el chisme.

El señor Grill estaba de humor generoso.

—No tengo ganas de jugar.

Enfurecido, Roby hundió la puntera de la sandalia en la tierra. Los profesores lo echaban todo a perder. Uno no podía ni siquiera vomitar sin permiso.

Grill trató de interesar al niño.

—Si ahora vienes a almorzar, luego te dejaré televisar a tu madre en Chicago.

—Tiempo límite, dos minutos, diez segundos, ni uno más ni uno menos—fue la ácida respuesta de Roby.

—Supongo que estás descontento, muchacho.

—¡Algún día me escaparé, espere y verá!

—Bah. Siempre podremos traerte de vuelta, bien lo sabes.

—Yo no pedí que me trajesen aquí, eso en primer lugar.

Roby se mordió los labios, mi-

rando azorado su nueva pelota de goma roja. Le pareció que la había visto... bueno, no estaba seguro, pero tenía la impresión de haberla visto... *moverse*. Curioso. Sostuvo la pelota en la mano. La pelota tiritó.

Grill le palmeó el hombro.

—Tu madre es una neurótica. Mal ambiente. Aquí, en la isla, estás mucho mejor. Tienes un elevado cociente intelectual, y es un honor para ti estar aquí con los otros niñitos genios. Eres un niño inestable y triste, y eso es lo que estamos tratando de cambiar. Con el tiempo serás la exacta antítesis de tu madre.

—¡Yo quiero a mamá!

—Quieres decir que ella te agrada—corrigió tranquilamente el señor Grill.

—Me agrada mi mamá—replicó Roby, desazonado—. La pelota roja se agitó en sus manos sin que él la tocara. La miró con asombro.

—Sólo conseguirás que las cosas te sean más difíciles si la quieres—dijo Grill.

—¡Maldición de Dios! ¡Qué imbécil es usted!—dijo Roby.

Grill se puso muy tieso.

—No blasfemes. Además, tú no quieres realmente decir Maldición, ni tampoco Dios. Hay muy poco de ambas cosas en el mundo. Semántica Libro Siete, página 418. Rótulos y Referentes.

—¡Ahora recuerdo!—gritó Roby, mirando alrededor—. Había un Hombre de la Arena aquí hace un momento y dijo que...

—Acompáñame—dijo el señor Grill—. Es hora de almorzar.

La comida del Alimentador salía de sirvientes robots, en el extremo de resortes retráctiles. Roby aceptó en silencio la fuentecilla ovoide y el globo de leche. Debajo del cinto, donde la había escondido, la pelota roja de goma pulsaba y latía como un corazón. Sonó una campana. Roby tragó velozmente la comida. La carrera tumultuosa hacia el tubo comenzó. Los echaron a todos a volar como plumas a través de la isla hasta Sociología y después, al atardecer, nuevamente a los juegos. Pasaron las horas.

Roby se escabulló al jardín para estar a solas. El odio a toda esa rutina demente, incesante, el odio hacia sus maestros y sus compañeros de estudio, restallaba en su interior como un voraz torrente. Se sentó, solitario, y pensó en su madre, que estaba tan lejos. Con minucioso detalle recordó su aspecto, sus olores, su voz, y cómo lo acariciaba y lo abrazaba y lo besaba. Apoyó la cabeza en las manos y empezó a llenar las palmas de pequeñas lágrimas.

Dejó caer la pelota roja de goma.

No le importaba. Solamente pensaba en su madre.

La selva se estremeció. Algo cambió, rápidamente.

¡Una mujer corría a través del espeso césped!

Huía de Roby, resbalaba, gritaba y se caía.

Algo centelleó a la luz del sol. La mujer corría hacia esa esplandeciente cosa plateada. El esferoide. ¡La plateada nave estelar! Y ella, ¿de dónde había venido? ¿Y por qué corría hacia la esfera? ¿Por qué se había caído cuando él la miró? Daba la impresión de que no podía incorporarse. De un salto Roby se levantó de la roca y echó a correr hacia allí. Llegó junto a la mujer y se detuvo.

—¡Mamá!—gimió.

El rostro de la mujer se estremeció y cambió, como la nieve al derretirse, luego adoptó una forma concreta, se tornó definido y hermoso.

—No soy tu madre—le dijo.

Roby no la oyó. Sólo oía su propio aliento agitado entre los labios trémulos. Estaba tan debilitado por la emoción que a duras penas podía mantenerse en pie. Le tendió los brazos.

—¿Es que no entiendes?—El rostro de la mujer estaba frío.—No soy tu madre. ¡No me pongas rótulos! ¡Por qué debo tener un nombre! ¡Déjame volver a mi nave! ¡Si no me dejas te mataré!

Roby se tambaleó.

—¡Mamá! ¿No me conoces? ¡Soy Roby, tu hijo!—Sólo quería llorar sobre su pecho, hablarle de los interminables meses de encierro.— ¡Por favor, recuérdame!

Se acercó sollozando y cayó contra aquel cuerpo.

Las manos de la mujer se le crisparon sobre la garganta.

Lo estrangulaba.

Roby intentó gritar. La presión

le ahogó el grito, se lo devolvió a los pulmones a punto de estallar. Agitó las piernas.

En lo profundo de ese rostro frío, pétreo, enfurecido, Roby halló la respuesta, aun cuando los dedos seguían apretándolo y a su alrededor todo empezaba a oscurecerse.

En lo profundo de ese rostro vio un vestigio del Hombre de la Arena.

El Hombre de la Arena. La estrella que había caído del cielo estival. La esfera de plata, la nave hacia la cual había corrido esta "mujer". La desaparición del Hombre de la Arena, la aparición de la pelota roja, y ahora, al desvanecerse la pelota roja, la aparición de su madre. Todo encajaba.

Matrices. Moldes. Hábitos de pensamiento. Pautas. Materia. La historia del hombre, su cuerpo, todas las cosas del universo.

Y ella lo estaba matando.

Lo haría dejar de pensar, entonces ella sería libre.

Pensamientos. Oscuridad. Apenas podía moverse ahora. Débil. Débil. Había pensado que "eso" era su madre. No era. Y sin embargo, "eso" lo estaba matando. ¿Y si Roby pensara en otra cosa? Trata, de todos modos. Trata. Lanzó un puntapié. En la insondable oscuridad, pensó, pensó con todas sus fuerzas.

Con un quejido, su "madre" se marchitaba allí delante de él.

Se concentró.

Los dedos se aflojaron y le soltaron la garganta. El rostro claro

de la mujer se desmoronó. El cuerpo se redujo a otro tamaño.

Estaba libre. Se puso de pie, jadeante.

A través de la espesura vio la esfera de plata reposando al sol.

Avanzó, trastabillando, hacia ella, y de pronto gritó, emocionado por el plan que se le acababa de forjar en la mente.

Lanzó una carcajada triunfante. Una vez más clavó la mirada en "eso". Lo que quedaba de la mujer cambiaba a ojos vista, como cera derretida. El, él la transformaba en algo nuevo.

El muro del jardín trepidó. Un cilindro de vacío siseaba subiendo por el tubo. Estaba a punto de llegar el señor Grill. Roby tendría que darse prisa, de lo contrario se malograría el plan.

Roby corrió hasta el esferoide y espió adentro. Simples palancas de control. Apenas el espacio suficiente para su cuerpo pequeño, si lograba lo que se proponía. Tenía que lograrlo. ¡Lo lograría!

El jardín tembló con el trueno cada vez más cercano del cilindro. Roby se echó a reír. Al demonio con el señor Grill. Al demonio con esa isla.

Se precipitó al interior de la nave. Había muchas cosas que podría aprender, eso ya vendría a su debido tiempo. Estaba apenas a la orilla del conocimiento, pero esa pequeña sabiduría le había salvado la vida, y ahora había mucho más.

Una voz gritó a sus espaldas.

Una voz conocida. Tan conocida que lo hizo estremecerse. Oyó el susurro de pies pequeños, pies de niño, pisoteando la maleza. Los pies pequeños de un cuerpo pequeño. Una vocecita suplicante.

Roby asió las palancas de control de la nave. Fuga. Completa e insospechada. Simple. Maravillosa. Grill nunca lo sabría.

La puerta de la esfera se cerró de golpe. Movimiento.

La estrella, con Roby adentro, se elevó en el cielo del estío.

El señor Grill salió por la válvula del muro del jardín. Miró alrededor buscando a Roby. La luz del sol lo hirió en pleno rostro mientras caminaba de prisa por el sendero.

¡Allí! ¡Allí estaba Roby! En el claro, a pocos pasos de distancia. El pequeño Roby Morrison mirando al cielo, amenazando, los puños apretados, gritándole a la nada. Al menos Grill no veía a nadie alrededor.

—Hola, Roby —llamó Grill.

El chico dio un respingo al oír esa voz. Fluctuó . . . fluctuó su color, su densidad, su calidad. Grill parpadeó y decidió que era sólo el efecto del sol.

—¡Yo no soy Roby! —gritó el niño—. ¡Roby se escapó! ¡Me dejó a mí en su lugar, para engañaros a vosotros, para que no lo persigáis! ¡Me engañó a mí también!

—chilló el niño malignamente, sollozando—. ¡No, no me mire a mí! ¡No piense que soy Roby, no hará más que empeorarlo todo! ¡Usted vino esperando encontrarlo a él y me encontró a mí y me convirtió en Roby! ¡Usted me está moldeando y ahora nunca, nunca cambiaré! ¡Oh, Dios!

—Ven aquí, Roby.

—Roby no volverá jamás. Yo siempre seré él. Fui una pelota de goma, una mujer, un Hombre de la Arena. Pero créame, soy tan solo un grupo de átomos maleables, nada más. ¡Déjeme ir!

Grill retrocedió lentamente. Tenía una sonrisa cansada.

—¡Soy un referente! ¡No soy un rótulo! —gritó el niño.

—Sí, sí, comprendo. Espera, Roby, espera ahí, ahí mismo, mientras yo, mientras yo, mientras yo llamo a la psicoguardia.

Momentos después, un cuerpo de enfermeros corría a través del jardín.

—¡Malditos todos! —chilló el niño, pataleando—. ¡Dios os maldiga!

—Vaya —declaró Grill con calma, mientras los otros empujaban al niño de viva fuerza al cilindro de vacío—. ¡Estás empleando un rótulo para el cual no existe ningún referente!

El cilindro los succionó a todos.

En el cielo de verano una estrella parpadeó y se desvaneció.

Título del original en inglés: Referent

Traducción de Matilde Horne

Isaac Asimov nació en 1920 en Petróvichi, un pequeño pueblo de la U.R.S.S., y emigró con sus padres a los Estados Unidos en 1923. Estudió en la Universidad de Columbia, donde se doctoró en química en 1948. Su primer libro, Un guijarro en el cielo, apareció en 1950; desde entonces publicó casi doscientas obras, entre las que se incluyen novelas y volúmenes de cuentos de ciencia ficción, y ensayos sobre diversas especialidades: química, física, astronomía, sociología, historia, literatura. En la nota que sigue analiza las circunstancias que rodearon la invención del pararrayos, y la importancia que ese invento tuvo en la historia de la ciencia.

EL RAYO FATIDICO

Isaac Asimov

EN LOS ÚLTIMOS CINCO AÑOS, más o menos, me he dedicado a escribir historia. No me refiero a la historia de la ciencia (eso lo vengo haciendo desde hace mucho); me refiero a la historia "propriadamente dicha". He publicado hasta ahora siete libros de historia y preparo más.

Esto me resulta valioso de varias maneras. Mantiene mis dedos acariciando ágilmente las teclas de la máquina de escribir, y mantiene mi mente ejercitada en nuevas y refrescantes direcciones. Y, lo más y lo menos importante al mismo tiempo, me atrae a nuevos juegos.

Nadie que lea estos ensayos puede dejar de saber que me encanta jugar con los números. Y bien; he descubierto que también me encanta jugar con momentos cruciales. Qué excitante es rastrear un suceso y decir: "En este punto, en este punto exacto, la historia del hombre se bifurcó, y el hombre tomó irrevocablemente por este camino y no por el otro."

Claro está que soy un tanto fatalista, y estoy convencido de que la "historia del hombre" es el producto de fuerzas bastante masivas

© 1969 by Mercury Press, Inc.

a las que nadie puede escapar; que si en este punto es impedido determinado viraje, éste surgirá tarde o temprano en otro punto de la historia. Pero aun así sigue siendo interesante hallar el momento en que el viraje se produjo.

Lo más divertido de todo es, por supuesto, encontrar un momento crucial flamante, que (por cuanto uno sabe) nunca ha sido señalado. Mis probabilidades de encontrar un nuevo momento de viraje se ven un poco aumentadas, en mi opinión, porque tengo la ventaja de encontrarme igualmente cómodo en historia y en ciencia.

En general, los historiadores tienden a ser débiles en ciencia, y buscan los momentos cruciales principalmente en sucesos políticos y militares. Años históricos que representan líneas divisorias, tales como 1453, 1492, 1517, 1607, 1789, 1815 y 1917, nada tienen que ver directamente con la ciencia. Los científicos, por su parte, tienden a pensar en la ciencia en términos bastante divorciados de la sociedad, y años que indican momentos cruciales, como 1543, 1687, 1774, 1803, 1859, 1895, 1900 y 1905, no tienen ninguna relación inmediata y directa con la sociedad.¹

Para mí, sin embargo, un momento crucial de primera magnitud, tan importante para la ciencia como para la sociedad, tuvo lugar en 1752 y, que yo sepa, nadie lo ha señalado. Por eso, Amable Lector, lo haré yo...

Desde que tenemos constancias —y presumiblemente desde mucho antes—, los hombres han recurrido a expertos en busca de protección contra los caprichos de la naturaleza.

Sin duda necesitaban esa protección, ya que los hombres han estado sometidos a temporadas de mala caza cuando eran cazadores, y a temporadas de pocas lluvias cuando eran agricultores. Han caído presa de misteriosos dolores de muelas y retortijones intestinales; se han enfermado y han muerto; han perecido en tempestades y guerras; han sufrido infortunios y accidentes.

Todo el Universo parecía conspirar contra el pobre y tembloroso hombre; y sin embargo su triunfo trascendental fue, en cierto modo, sentir que había alguna manera de invertir la situación. Teniendo la fórmula adecuada, la señal mística adecuada, el amuleto adecuado, el modo adecuado de amenazar o de rogar... pues entonces habría caza de sobra, lluvia suficiente, no sucederían infortunios y la vida sería bella.

¹ Se invita al lector a participar en la diversión de encontrar momentos cruciales procurando deducir qué pasó en esos años sin consultar textos, pero no es necesario. Los detalles no son pertinentes para el resto de este artículo.

Si no creía eso, entonces vivía en un Universo implacablemente veleidoso y hostil; y pocos hombres, desde el de Neanderthal, que enterraba a sus muertos con la ceremonia adecuada, hasta Albert Einstein, quien se negaba a creer que Dios quisiera jugar a los dados con el Universo, estaban dispuestos a vivir en semejante mundo.

Gran parte de las energías humanas en la prehistoria, pues, y también en la mayoría de las épocas históricas, fueron destinadas a elaborar el ritual adecuado para controlar el Universo, y al esfuerzo de establecer un rígido acatamiento de ese ritual. El anciano de la tribu, el patriarca, el hechicero, el curandero, el brujo, el mago, el vidente, el sacerdote; aquellos que eran sabios por ser viejos, o sabios porque tenían acceso a enseñanzas secretas, o sabios simplemente por tener la capacidad de lanzar espuma por la boca y entrar en éxtasis, estaban a cargo de los rituales, y a ellos recurrían los hombres en busca de protección.

En realidad, mucho de eso existe todavía. Se confía en fórmulas verbales, pronunciadas por especialistas, para traer buena suerte a una flota pesquera, cuyos miembros se inquietarían si tuvieran que salir del puerto sin esas palabras. Si creemos que esto no es más que un capricho de pescadores incultos, podría señalar que el Congreso de los Estados Unidos se sentiría muy intranquilo si tuviera que iniciar sus deliberaciones sin la presencia de un capellán que, remediando el inglés bíblico, invoque a las alturas para que les inspiren buen criterio... un recurso que pocas veces parece haber servido al Congreso.

No hace mucho que era habitual rociar los campos con agua bendita para alejar las langostas, hacer repicar las campanas de las iglesias para impedir los terremotos y contrarrestar los efectos mortíferos de los cometas, llevar a cabo súplicas colectivas de acuerdo con un texto acordado para provocar la lluvia necesaria. En suma, no hemos abandonado todavía la tentativa de controlar el Universo mediante la magia.

La cuestión es que, hasta muy entrado el siglo dieciocho, no había ningún otro modo de encontrar seguridad. O se controlaba el Universo con la magia (ya fuese mediante hechizos o mediante oraciones) o no se lo podía controlar.

Quizá *parezca* que *había* una alternativa. ¿Y la ciencia? Hacia mediados del siglo dieciocho, la "revolución científica" tenía doscientos años y había llegado ya a su cuminación con Isaac Newton, tres cuartos de siglo antes. Europa Occidental, y en particular Francia, estaba en la gloria de la "Edad de la Razón".

Y, sin embargo, la ciencia no era una alternativa.

En verdad, la ciencia, a mediados del siglo dieciocho, aún no significaba nada para el común de las gentes. Había un puñado minúsculo de eruditos y diletantes que se interesaban en la nueva ciencia como un juego de la mente apropiado para caballeros de alto cociente intelectual, pero nada más. La ciencia era una cuestión absolutamente abstracta que no involucraba (y por cierto, según muchos científicos en una tradición que se remontaba a los antiguos griegos, no *debía* involucrar) cuestiones prácticas.

Copérnico podía argüir que la Tierra giraba alrededor del Sol y no lo contrario, Galileo verse en graves aprietos por lo mismo, Newton dilucidar la enorme estructura mecánica que explicaba los movimientos de los cuerpos celestes, pero ¿cómo afectaba todo eso al agricultor, el pescador o el artesano?

Antes de promediar el siglo dieciocho hubo, por supuesto, adelantos tecnológicos que sí afectaron al hombre común, a veces incluso muy profundamente; pero esos adelantos no parecían tener nada que ver con la ciencia. Invenciones tales como la catapulta, la brújula marina, la herradura, la pólvora, la imprenta, eran todas revolucionarias, pero fueron producto de un pensamiento ingenioso que nada tenía que ver con las refinadas elucubraciones del científico (al que en el siglo dieciocho se llamaba "filósofo natural", porque no se había inventado aún el término "científico").

En suma: todavía a mediados del siglo dieciocho, la población en general no sólo no consideraba a la ciencia como una alternativa de la superstición, sino que ni siquiera soñaba que la ciencia pudiese tener alguna aplicación a la vida común.

Fue exactamente en 1752 cuando eso comenzó a cambiar, y el cambio tuvo que ver con el rayo.

De todas las manifestaciones fatales de la naturaleza, la más personal, la que con más claridad es un ataque avasallante de un ser divino contra un hombre individual, es el rayo.

La guerra, la enfermedad y el hambre eran formas de destrucción al por mayor. Aun cuando, para los fieles creyentes, estas desventuras sean el castigo por el pecado, son al menos castigo en escala masiva. No es uno solo, sino también todos los amigos y vecinos quienes sufren los estragos de un ejército invasor, la agonía de la Peste Negra, las hambrunas producidas por la sequía. El pecado de uno se ve absorbido, y por consiguiente disminuido, en el grandioso pecado de la aldea, la región, la nación.

El hombre derribado por un rayo, en cambio, es un pecador personal, ya que sus vecinos son respetados y ni se chamuscan si quiera. La víctima es elegida, seleccionada. Es la seña visible del

disgusto de un dios, más aún que el hombre que muere de un súbito ataque de apoplejía. En este último caso, la causa es invisible y puede ser cualquier cosa; pero en el primero no puede haber dudas. El desagrado divino es proclamado, y en el rayo hay, por consiguiente, una especie de deshonra superlativa que va más allá de la muerte y presta una dimensión adicional de vergüenza y horror a la idea de ser su víctima.

Naturalmente, el rayo se vincula íntimamente con lo divino en nuestros mitos más conocidos. Para los griegos, era Zeus quien lanzaba el rayo; para los normandos, el rayo era el martillo de Thor. Si el lector se molesta en consultar el Salmo 18 (en especial el versículo 14), descubrirá que el Dios bíblico también arroja rayos. O como dice Julia Ward Howe en su "Himno Guerrero de la República": "Él ha lanzado el rayo fatídico de Su espada terrible y veloz."

No obstante, si el rayo era tan obviamente el arma colérica de un ser sobrenatural, había algunas consecuencias difíciles de explicar.

Sucede que los objetos altos son golpeados por rayos con más frecuencia que los objetos bajos. Sucede también que los objetos artificiales más altos, en los pequeños pueblos europeos de principios de la edad moderna, eran los campanarios de la iglesia local. Por lo tanto, para desconcierto de todos, el blanco más frecuente del rayo era entonces la iglesia misma.

He leído que en un período de treinta y tres años, en la Alemania del siglo dieciocho, no menos de cuatrocientas torres de iglesia fueron deterioradas por el rayo. Más aún: como a menudo tañían las campanas durante las tormentas eléctricas, para tratar de desviar la ira del Señor, los campaneros corrían un gran peligro, y en ese mismo período de treinta y tres años murieron ciento veinte de ellos.

Sin embargo, nada de esto pareció perturbar la creencia preconcebida que vinculaba al rayo con el pecado y el castigo. Hasta que intervino la ciencia.

A mediados del siglo dieciocho, los científicos estaban fascinados por la botella de Leyden. Sin entrar en detalles, la botella de Leyden era un aparato que permitía acumular una carga eléctrica considerable, que al descargarse alcanzaba a veces para derribar a un hombre. Esa carga podía ser aumentada hasta tal punto que se descargaba a través de una pequeña distancia en el aire, y cuando esto ocurría, se producía una breve chispa y una nítida crepitación.

A muchos eruditos se les habrá ocurrido que la descarga en una botella de Leyden parecía equivaler a un rayo diminuto, acompañado por un pequeñísimo trueno. O, a la inversa, a muchos

de ellos se les habrá ocurrido que en una tormenta con truenos, la tierra y el cielo cumplían la función de una gigantesca botella de Leyden, y que el gran rayo y el sonoro trueno eran sólo la chispa y la crepitación en enorme escala.

Pero pensarlo y demostrarlo eran dos cosas diferentes. Quien lo demostró fue nuestro Benjamin Franklin, el "hombre renacentista" de las colonias norteamericanas.

En junio de 1752, Franklin preparó una cometa, y ató una vara afilada de metal a la armazón de madera. Enrolló una punta de un hilo de bramante en la vara y conectó la otra punta a la cuerda que sujetaba la cometa. Al extremo inferior de la cuerda le conectó un conductor eléctrico en forma de llave de hierro.

La idea era que si en las nubes se acumulaba una carga eléctrica, sería conducida a través de la vara en punta y la cuerda mojada por la lluvia hasta la llave de hierro. Franklin no era ningún tonto; se daba cuenta de que podía ser conducida también hasta él. Por lo tanto, ató a la cuerda de la cometa un hilo de seda no conductor, que sujetó en lugar de la cuerda misma de la cometa. Más aún: permaneció bajo un cobertizo, de modo que él y el hilo de seda quedarán secos. Así estaba completamente aislado de cualquier descarga eléctrica.

Con gran coraje (y esta fue la parte más arriesgada del experimento), Franklin acercó el nudillo a la llave. Una chispa saltó cruzando la brecha entre llave y nudillo. Franklin oyó la crepitación y sintió el cosquilleo. Era la misma chispa, la misma crepitación y el mismo cosquilleo que había experimentado en cien ocasiones con botellas de Leyden. Franklin dio entonces el paso siguiente. Acercó a la llave una botella de Leyden descargada que había traído consigo y la cargó con electricidad del cielo. Hecho esto, comprobó que esa electricidad se comportaba exactamente igual que la electricidad terrenal común producida por medios terrenales comunes.

Franklin había demostrado que el rayo era una descarga eléctrica que sólo difería de la producida en la botella de Leyden en ser inmensamente más grande.

Esto significaba que las reglas aplicables a la descarga de la botella de Leyden se aplicarían también a la descarga del rayo.

Franklin había notado, por ejemplo, que una descarga eléctrica se producía con más facilidad y tranquilidad a través de una punta fina que a través de una proyección roma. Si se adhería una aguja a una botella de Leyden, la carga se filtraba tranquilamente a través de la punta de la aguja, con tanta facilidad que nunca se podía lograr que la botella chispeará y crepitara.

Y bien, entonces: si se colocaba una vara de metal afilada en

lo alto de algún edificio, y se la conectaba adecuadamente a tierra, cualquier carga eléctrica que se acumulara en dicho edificio durante una tormenta se descargaría sin problemas, y las posibilidades de que se acumulara hasta la catastrófica liberación de un rayo se reducirían mucho.

Franklin propuso la idea de este "pararrayos" en la edición de 1753 del *Poor Richard's Almanach*. Tan sencillo era el concepto, tan claro el principio, tan pequeña la inversión de tiempo y material, tan grande la índole del alivio posible, que casi en seguida empezaron a elevarse centenares de pararrayos sobre los edificios de Filadelfia, después en Nueva York y Boston, y pronto incluso en Europa.

¡Y dio resultado! Donde había pararrayos, no caían rayos. Por primera vez en la historia del género humano, uno de los azotes del Universo había sido derrotado, sin magia, hechizos u oraciones; sin subvertir las leyes de la naturaleza, sino mediante la ciencia, mediante la comprensión de las leyes de la naturaleza y la cooperación inteligente con esas leyes.

Más aún: el pararrayos era un dispositivo importante para cada individuo. No era un juguete para eruditos; era un salvavidas para el taller de cada mecánico y para el granero de cada agricultor. No era una teoría distante, sino un hecho terrenal. Sobre todo, no era producto de un improvisador ingenioso, sino de una elaboración lógica surgida de observaciones científicas. Era evidentemente un producto de la ciencia.

Naturalmente, las fuerzas de la superstición no se rindieron sin luchar. Por un lado, plantearon de inmediato que, como el rayo era la cólera de Dios, tratar de evitarlo era el colmo de la irreligiosidad.

Este, sin embargo, era un argumento muy poco sólido. Si el rayo era la artillería de Dios y se lo podía contrarrestar con un pedazo de hierro, los poderes de Dios eran de veras insignificantes, y ningún sacerdote se atrevía a sugerir que lo fuesen. Además, la lluvia era también enviada por Dios, y si era indecoroso utilizar pararrayos, también lo era utilizar paraguas o, por cierto, usar abrigos para protegerse de los vientos invernales de Dios.

El gran terremoto de 1755, en Lisboa, despertó un pasajero regocijo entre los sacerdotes de las iglesias de Boston. No faltaron quienes señalaran que en su justa ira contra los ciudadanos de Boston, la potente mano de Dios había destruido la ciudad de Lisboa. Lo único que se logró con eso, sin embargo, fue dar a los feligreses una pobre idea sobre la precisión de la puntería divina.

La principal resistencia, sin embargo, fue negativa. Hubo una turbada negativa a instalar pararrayos en las iglesias. Esto parecía

delatar falta de confianza en Dios; o peor aún, una total confianza en la ciencia que parecería respaldar al ateísmo.

Pero los resultados de negarse a instalar pararrayos eran insostenibles. Los campanarios de las iglesias seguían siendo los objetos más altos del pueblo y el rayo continuó alcanzándolos. Para todos fue claramente perceptible que la iglesia local no protegida por pararrayos era alcanzada, mientras que el prostíbulo local, si lo protegía un pararrayos, no lo era.

Uno por uno, y con suma reticencia, los pararrayos empezaron a subir incluso a las iglesias. Se hizo entonces muy evidente que una iglesia determinada, cuyo campanario había sido dañado una vez tras otra, dejaba de tener este tipo de problemas en cuanto se alzaba allí el pararrayos.

De acuerdo con una historia que leí, el incidente culminante tuvo lugar en la ciudad italiana de Brescia. En esa ciudad, la iglesia de San Nazario no estaba protegida por pararrayos, pero tanto confiaba en su santidad la población que almacenó en sus bóvedas cien toneladas de pólvora, considerando que era el sitio más seguro posible.

Pero entonces, en 1767, la iglesia fue alcanzada por un rayo, y la pólvora voló en una gigantesca explosión que destruyó un sexto de la ciudad y mató a tres mil personas.

Esto fue demasiado. El pararrayos había vencido y la superstición se rindió. Cada pararrayos sobre una iglesia era una prueba de la victoria y de la rendición, y nadie podía ser tan ciego como para no ver esa prueba. Para todo aquel que pensara un poco en el problema, era evidente que el camino adecuado hacia Dios no era a través de la obstinación de las fórmulas mágicas hechas por el hombre, sino a través de la humilde exploración de las leyes que gobiernan el Universo.

Aunque en cierto modo la victoria sobre el rayo fue una victoria menor (ya que la cantidad de personas muertas por el rayo durante un año es insignificante comparada con la cantidad muerta por el hambre, la guerra o la enfermedad) en realidad fue decisiva. Desde ese momento, las fuerzas de la superstición¹ sólo pudieron librar acciones de retaguardia, y nunca ganaron una batalla importante.

¹ Digo superstición, no religión. El aspecto ético y moral de la religión no está implicado en la lucha contra el pararrayos ni contra cualquier otro descubrimiento científico. Sólo toman parte en ella las creencias supersticiosas tradicionales, y bien se puede afirmar que éstas son más perjudiciales aún para la verdadera religión que para la ciencia y la razón.

He aquí un ejemplo. En la década de 1840 fueron introducidas las primeras anestесias realmente efectivas, y surgió la posibilidad de que se pudiera abolir el dolor como acompañante inevitable de la cirugía, que los hospitales pudieran dejar de ser las cámaras de tortura más exquisitamente organizadas en la historia del hombre. En particular, la anestesia serviría para aliviar los dolores del parto.

En 1847, un médico escocés, James Young Simpson, comenzó a usar anestesia para las mujeres parturientas, y en seguida los hombres santos subieron a sus tribunas e iniciaron sus denuncias.

Desde un púlpito tras otro, retumbaron las alusiones a la maldición pronunciada por Dios contra Eva después que ésta comió el fruto del árbol del conocimiento del bien y el mal. Los sacerdotes, personalmente a salvo del dolor y del peligro mortal que hay en el parto, salmodiaban: "Dijo a la mujer: multiplicaré grandemente tu pena y tu concepción; en el dolor tendrás hijos..." (Génesis 3:16.)

Según la versión habitual, esos apóstoles de la angustia de las madres, esos hombres que adoraban a un Dios al que consideraban dispuesto a ver cientos de millones de partos atormentados en cada generación cuando se disponía de medios para aliviar el dolor, fueron derrotados por el mismo Simpson mediante otra cita de la Biblia.

El primer "parto" registrado en la Biblia era el de Eva misma, ya que ésta nació de una costilla de Adán. Y ¿cómo se realizó este parto? Está escrito en el Génesis 2:21: "Y Dios nuestro Señor hizo que Adán se sumiera en un profundo sueño, y él durmió; y le quitó una costilla y le cerró en cambio allí la carne."

En síntesis, dijo Simpson, Dios había empleado anestesia.

A decir verdad, esta cita no me convence. Eva fue formada mientras Adán se hallaba todavía en el Edén, y antes de que comiera el fruto; por consiguiente, antes de que el pecado entrara en el mundo. El pecado y el dolor no entraron en el mundo hasta que el fruto fue comido. Por consiguiente, el argumento de Simpson carecía de validez.

Mejor así, además, porque derrotar la superstición con otra superstición es inútil. Lo que realmente derrotó en este caso a las fuerzas de la mitología fue una rebelión de las mujeres. Éstas insistieron con la anestesia y se negaron a aceptar una maldición que les tocaba a ellas pero no a los clérigos que la reverenciaban. La reina Victoria en persona aceptó la anestesia en su siguiente alumbramiento y así quedó zanjada esa cuestión.

Después vino 1859, y *El origen de las especies* de Charles Robert Darwin. Esta vez las fuerzas de la superstición se agruparon

para la batalla suprema, y la preponderancia de poder parecía estar de su lado. El campo de batalla era idealmente adecuado para la superstición, y ahora, sin duda, la ciencia sería derrotada.

El objetivo atacado era la teoría de la evolución por selección natural, una teoría que golpeaba en el corazón y el centro mismos de la vanidad humana. Lo que se consideraba esta vez no era un enunciado verificable; no se trataba de un trozo de metal para proteger al hombre contra el rayo, o un poco de vapor para protegerlo contra el dolor. Era, en cambio, un enunciado totalmente abstracto, que dependía de indicios sutiles y difíciles de entender, según el cual parecía que el hombre se asemejaba mucho a otros animales y habría surgido de antepasados de índole simiesca.

Los hombres podían luchar del lado de la ciencia y contra la superstición para ser protegidos del rayo y del dolor, porque al hacerlo tenían mucho que ganar. Sin duda no lo harían simplemente para que se les dijera que eran monos, cuando la parte contraria les decía que estaban hechos "a la imagen de Dios".

El destacado parlamentario conservador Benjamin Disraeli (más tarde primer ministro), expresó la cuestión en 1864 de modo tan sucinto que agregó una frase al idioma inglés. Dijo: "¿Es el hombre un mono o un ángel? Yo ahora estoy del lado de los ángeles."

¿Quién no iba a estarlo?

Esta vez, aparentemente, la ciencia tendría que perder, porque el público simplemente no estaba de su parte.

Con todo, no faltaron quienes enfrentaran a la multitud encolerizada, y uno de ellos fue Thomas Henry Huxley, un biólogo inglés en gran medida autodidacta. Al principio había sido enemigo del evolucionismo, pero después de leer *El origen de las especies*, exclamó: "Vaya, ¿por qué no se me ocurrió esto a mí?", y subió a la plataforma de conferencias como "el bulldog de Darwin".

En 1860, en una reunión de la Asociación Británica para el Fomento de la Ciencia, en Oxford, el Obispo de Oxford se propuso "aplastar a Darwin" en debate público. Era Samuel Wilberforce, un orador consumado, de voz tan zalamera que se lo conocía universalmente como "Sam el Jabonoso".

Wilberforce se levantó para hablar, y durante media hora tuvo dominada y encantada a una desbordante muchedumbre de setecientas personas, mientras Huxley aguardaba sombríamente su turno. Y cuando el Obispo se aproximaba al final de su discurso, se volvió hacia Huxley y, amortiguando sus tonos de órgano hasta la burla dulzona y suave, rogó que se le permitiera preguntar a su honorable opositor si afirmaba descender del mono por parte de su abuela o de su abuelo.

Al oírlo, Huxley murmuró: "El Señor lo ha puesto en mis manos." Se levantó, enfrentó al público y esperó con seriedad y paciencia a que la risa cesara.

Entonces dijo: "Si se me pregunta entonces si prefiero tener por abuelo a un desdichado mono o a un hombre altamente dotado por la naturaleza, y poseedor de grandes recursos e influencia, y que sin embargo emplea esas facultades y esa influencia con el solo propósito de introducir el ridículo en una discusión científica sería... yo afirmo sin vacilar mi preferencia por el mono."

Pocos debates han resultado en un tan devastador ejemplo de burlador burlado, y desde ese momento la ofensiva de la superstición contra la ciencia quedó condenada a la derrota.

Huxley había puesto en claro que ahora era la ciencia la que hablaba con los truenos del Sinaí, y era la antigua ortodoxia la que, como en el lamentable comentario de Wilberforce, saltaba alrededor del becerro de oro de los mitos del hombre.

La lucha no terminó, por cierto. Disraeli no había pronunciado todavía su untuosa observación, y los púlpitos seguirían tronando durante décadas. Aún en este mismo año en que ahora vivimos, soy blanco frecuente de sinceros miembros de la secta de los Testigos de Jehová que me envían una publicación tras otra con el propósito de refutar la teoría de la evolución.

Pero la verdadera batalla terminó. Tal vez haya escaramuzas subrepticias en los montes, y es posible incluso que corresponda a los astronautas de Apolo 8 tartamudear los primeros versículos del Génesis 1 mientras giran alrededor de la luna (en una obra maestra total de incongruencia), pero ningún hombre de estatura ajeno a la ciencia se levanta para denunciar a la ciencia.

Cuando la ciencia plantea un peligro para la humanidad, como en el caso de la bomba atómica, la guerra bacteriológica o la contaminación ambiental; o cuando simplemente derrocha esfuerzos y recursos como (según sostienen algunos) en el caso del programa espacial, las advertencias y las críticas se elevan desde adentro de la ciencia.

La ciencia es la religión laica de hoy; y los científicos son, en un sentido muy literal, los nuevos sacerdotes. Y todo empezó cuando Ben Franklin remontó su cometa bajo una tormenta eléctrica en el año crucial de 1752.

Título del original en inglés: The Fateful Lightning

Traducción de Ariel Bignami

Damon Knight (n. 1922) es autor de cinco novelas, cuatro volúmenes de cuentos y dos ensayos. Además, compiló casi medio centenar de antologías. En Cómo servirlo al hombre una raza inteligente llega a la Tierra y pone al servicio del hombre todos sus formidables conocimientos científicos. Pero ¿a cambio de qué?

COMO SERVIRLO AL HOMBRE

Damon Knight

ES VERDAD QUE LOS KANAMIT NO eran precisamente bonitos. Parecían mitad cerdos y mitad personas, combinación, por cierto, nada atractiva. La primera impresión que daban era desfavorable; ésa era su desventaja. Si una criatura con aspecto diabólico baja de las estrellas para ofrecer un regalo, nadie está muy dispuesto a aceptarlo.

No sé cómo esperábamos que fueran los visitantes del espacio (me refiero, al menos, a los que habíamos reflexionado sobre el caso): ángeles, quizá, o algo excesivamente ajeno como para inspirar horror. Acaso por esa razón nos aterraron y repugnaron tanto cuando descendieron en sus grandes naves y vimos cómo eran en realidad.

Los kanamit eran de baja estatura; un vello pardo e hirsuto les cubría los cuerpos redondos y abominables. Tenían hocico en

lugar de nariz, ojos pequeños y gruesas manos con tres dedos cada una. Vestían equipos de cuero verde y shorts, verdes también, aunque creo que éstos eran una concesión a nuestro concepto de la decencia pública. Usaban ropa a la moda, con bolsillos cortados y traba en la espalda. No carecían de sentido del humor.

Habían acudido tres a esta reunión en la O.N.U., y es imposible expresar lo raro que resultaba verlos en medio de una solemne Sesión Plenaria: tres criaturas gordas, vestidas de verde, en *shorts*, sentadas debajo del podio, rodeadas por las graderías atestadas de delegados de todas las naciones. Se sentaban con corrección, muy erguidos y, con suma cortesía, observaban a los que hablaban. Las chatas orejas les cubrían los audífonos. Creo que más tarde aprendieron todas las lenguas humanas, pero enton-

© 1950 by Galaxy Publishing Corporation

ces sólo sabían inglés y francés.

Se los veía muy cómodos, y ese detalle —al igual que su humor— me hacía simpatizar con ellos. Yo formaba parte de la minoría, pues no pensaba que tuvieran segundas intenciones. Ellos, simplemente, proclamaban su propósito de ayudarnos, y yo les creía. Por supuesto que mi opinión, la de un mero intérprete de la O.N.U., carecía de importancia, pero yo sostenía que ellos eran el acontecimiento más feliz que hubiésemos presenciado los terrestres.

El delegado de la Argentina se incorporó para declarar que su gobierno tenía interés en una fuente de energías de bajo costo, cuyas características los kanamit habían expuesto en la sesión anterior, pero el gobierno argentino no podía comprometerse en cuanto a su futura política sin emprender un examen más minucioso.

Eso era lo que decían todos los delegados, pero debí prestar especial atención al señor Valdés, pues escupía mientras hablaba y su dicción era pésima. Salí adelante con la traducción, con sólo un par de momentáneas vacilaciones, y luego tomé la línea de inglés-polaco para escuchar cómo se las arreglaba Gregori con Janciewicz. Janciewicz era la cruz que debía soportar Gregori, así como Valdés era la mía.

Janciewicz repitió las mismas observaciones con leves variantes ideológicas, y luego el Secretario General dio la palabra al delega-

do de Francia, que presentó al doctor Denis Lévêque, criminólogo; en seguida introdujeron en la sala un equipo enorme y complicado.

El doctor Lévêque señaló que el delegado de la U.R.S.S., en la sesión anterior, había planteado con exactitud la cuestión que preocupaba a mucha gente, al preguntar qué perseguían los kanamit y cuál era su propósito al ofrecernos semejantes regalos sin pedir nada a cambio.

—A pedido de varios delegados y con el pleno consentimiento de nuestros huéspedes —dijo el doctor—, mis asociados y yo hemos sometido a los kanamit a diversas pruebas con el equipo que ustedes ven aquí. Las repetiremos en presencia de todos.

Hubo un murmullo general y una salva de *flashes*, y una de las cámaras de televisión se apresuró a enfocar el panel de instrumentos del equipo del doctor. Simultáneamente, la enorme pantalla de televisión que había detrás del podio se iluminó, y vimos los inexpresivos rostros de dos cuadrantes cuyos indicadores estaban en punto cero, y una tira de papel sobre la que descansaba una aguja.

Los ayudantes del doctor sujetaban alambres a las sienes de uno de los kanamit, envolviéndole el antebrazo con un tubo de goma forrado con lona reforzada y adhiriéndole algo a la palma de la mano derecha.

Vimos en la pantalla que la ti-

ra de papel comenzaba a moverse mientras la aguja trazaba una línea zigzagueante sobre la superficie. Uno de los indicadores comenzó a brincar rítmicamente; el otro se sacudió y volvió a su lugar con un leve temblor.

—Estos son los instrumentos que suelen usarse para comprobar la verdad de una declaración —explicó el doctor Lévêque—. Nuestro primer objetivo, ya que desconocemos la fisiología de los kanamit, era determinar si, frente a estos tests, tienen las mismas reacciones que los seres humanos. Ahora repetiremos uno de los muchos experimentos que realizamos para descubrirlo.

Señaló el primer cuadrante.

—Este instrumento registra los latidos del corazón del sujeto. Este revela la conductividad eléctrica de la piel en la palma de su mano, un modo de medir la transpiración, que aumenta en situaciones compulsivas. Y éste —señaló el aparato del papel y la aguja— muestra la longitud e intensidad de las ondas eléctricas emitidas por su cerebro. Ha sido demostrado, con sujetos humanos, que estas lecturas varían notoriamente según el sujeto diga o no la verdad.

Recogió dos trozos de cartón, uno rojo y otro negro. El rojo era un cuadrado de un metro de lado; el negro era un rectángulo de un metro y medio de longitud. El doctor se dirigió al kanama:

—¿Cuál es el más largo?

—El rojo —dijo el kanama.

Los indicadores oscilaron bruscamente, al igual que la línea trazada en el papel.

—Repetiré la pregunta —dijo el doctor—. ¿Cuál es el más largo?

—El negro —respondió la criatura.

Los instrumentos, esta vez, continuaron su ritmo normal.

—¿Cómo llegaron a este planeta? —preguntó el doctor.

—Caminando —repuso el kanama.

Los instrumentos volvieron a reaccionar, y en la sala estalló una discreta carcajada.

—Una vez más —dijo el doctor—. ¿Cómo llegaron a este planeta?

—En una nave espacial —dijo el kanama, y los instrumentos no sufrieron alteración.

El doctor apeló una vez más a los delegados.

—Realizamos muchos experimentos de este tipo, y tanto mis colegas como yo creemos que los mecanismos son efectivos. Ahora —se volvió hacia el kanama— interrogaré a nuestro distinguido huésped sobre la cuestión suscitada en la última sesión por el delegado de la U.R.S.S., es decir, ¿qué propósito persiguen los kanamit al ofrecer dones semejantes a la gente de la Tierra?

El kanama se incorporó.

—En mi planeta hay un refrán —declaró en inglés— que dice: “Más enigmas encierra una piedra que la cabeza de un filósofo.” Los propósitos de los seres dota-

dos de inteligencia, aunque a veces parezcan oscuros, son algo simple si se los compara con la compleja maquinaria del universo natural. Por lo tanto espero que los pueblos de la Tierra me comprendan, y me crean, cuando digo que nuestra misión en este planeta es, simplemente, traerles la paz y la abundancia de que nosotros gozamos, y que en el pasado ya otorgamos a otras razas de la galaxia. Cuando en este mundo ya no haya hambre, ni guerra, ni sufrimientos innecesarios, tendremos nuestra recompensa.

Los indicadores no habían saltado una sola vez.

El delegado de Ucrania se incorporó y pidió la palabra, pero estábamos sobre la hora y el Secretario General dio por concluida la sesión.

Encontré a Gregori a la salida. Estaba rojo de furia.

—¿Quién organizó este circo? —preguntó.

—Las pruebas me parecieron auténticas —le respondí.

—¡Un circo! —exclamó con vehemencia—. ¡Una farsa de segunda categoría! Escúchame, Peter: si eran auténticas, ¿por qué impidieron el debate?

—Mañana habrá tiempo para debates.

—Mañana el doctor y sus instrumentos estarán de vuelta en París. Pueden pasar muchas cosas antes de mañana. Díme, hombre, en nombre de la salud mental: ¿quién puede confiar en una

cosa con cara de comerse a los chicos?

Me sentí un poco molesto.

—¿Estás seguro —le dije— de que no te perturba más la política que siguen que su aparición?

—Bah —se despidió.

Al día siguiente comenzaron a llegar los informes de los laboratorios estatales donde se probaba la fuente de energía de los kanamit. Eran ferozmente entusiastas. Yo no entiendo mucho de esas cosas pero, al parecer, las pequeñas cajas metálicas podrían suministrar más energía eléctrica que una pila atómica, por un costo mínimo y por tiempo ilimitado. Se comentaba que resultaba tan barato fabricarlas que nadie se quedaría sin la suya. A tempranas horas de la tarde nos informaron que diecisiete países ya habían comenzado a levantar fábricas para manufacturarlas.

Al otro día los kanamit expusieron un artefacto capaz de incrementar entre un sesenta y un cien por ciento la fertilidad de cualquier suelo cultivable. Aceleraba la formación de nitratos en el terreno, o algo por el estilo. Los kanamit usurpaban todas las noticias de primera plana. Al día siguiente, estalló la bomba.

—Ahora ustedes cuentan con fuentes de energía potencialmente ilimitadas y con mayor provisión de alimentos —dijo uno de ellos. Señaló con uno de sus tres dedos un instrumento que se erguía ante él, en una mesa. Era una caja, instalada sobre un trí-

pode; en el frente de esa caja había una pantalla parabólica—. Hoy les ofrecemos un tercer regalo que es al menos tan importante como los dos primeros.

Indicó a los camarógrafos de televisión que se acercaran. Luego recogió una gran lámina de cartón cubierta con dibujos e inscripciones en inglés. La vimos proyectada en la pantalla que había sobre el podio; era perfectamente legible.

—Sabemos que esta emisión sale al aire en toda la Tierra —dijo el kanama—. Sería bueno que todos los que tengan equipo para sacar fotografías de las pantallas de televisión lo usaran ahora.

El Secretario General, inclinándose hacia él, lo increpó con una pregunta, pero el kanama no le hizo caso.

—Este artefacto —dijo— proyecta un campo dentro del cual no puede detonar ningún tipo de explosivo.

Siguió un perplejo silencio.

—Ya es imposible volver atrás —dijo el kanama—. Si una nación lo tiene, todas deben tenerlo.

Nadie parecía comprenderlo; entonces explicó con firmeza:

—Ya no habrá más guerras.

Era la mejor noticia del milenio; una noticia cierta, además. Resultó que los explosivos a que aludía el kanama incluían la gasolina y las explosiones de motor Diesel. Así era imposible que nadie montara o equipara un ejército moderno.

Claro que podíamos volver al arco y las flechas, pero eso no hubiese satisfecho a los militares. No después de la bomba atómica y todas las nuevas armas. Además, ya no habría motivos para la guerra: pronto cada una de las naciones tendría todo lo necesario.

Nadie volvió a pensar en experimentos con detectores de mentiras o en preguntar a los kanamit cuáles eran sus proyectos. Gregori había perdido esta vez: no tenía con qué fundamentar sus sospechas.

Pocos meses después dejé mi trabajo en la O.N.U. porque preví que no iba a durar mucho tiempo. En una época, estar en la O.N.U. ofrecía muchas posibilidades, pero en cosa de un año ya no iba a haber nada que hacer. Todas las naciones de la Tierra estaban en vías de arreglárselas por sí solas y ya no iban a depender del arbitrio de nadie.

Acepté un puesto como traductor en la Embajada Kanamit; allí lo volví a encontrar a Gregori. Me alegró verlo, pero no acerté a imaginar qué hacía allí.

—Creí que estabas con la oposición —le comenté—. No me digas que te convenciste de la bondad de los kanamit.

Pareca algo avergonzado.

—En todo caso —repuso—, no son lo que que parecen.

No se le podía exigir que concediera más; lo invité al bar de la embajada a beber una copa. El lugar era bastante íntimo, y Gre-

gori, al segundo daiquirí, se puso confidencial.

—Me fascinan —dijo—. Aún los odio por instinto, de sólo verlos... eso no cambió, pero puedo dominarme. Por supuesto que tenías razón: sólo nos quieren hacer el bien. Pero ¿sabes una cosa? —Apoyó el cuerpo sobre la mesa:— La pregunta del delegado soviético jamás fue respondida.

Temo que resoplé.

—No, en serio —prosiguió—. Nos dijeron cuál era su propósito: “Traerles la paz y la abundancia de que nosotros gozamos.” Pero no dijeron *por qué*.

—¿Por qué los misioneros...?

—¡Me importan un comino los misioneros! Ellos tenían razones religiosas. Si estas criaturas profesan una religión, jamás la mencionaron. Más aún: no enviaron un grupo de misioneros, sino una delegación diplomática... un grupo que representa la voluntad y el anhelo de todos ellos. Ahora bien, los kanamit, como pueblo o nación, ¿qué van a ganar con nuestro bienestar?

—Bueno, un intercambio...

—¿Qué intercambio ni qué diablos! No, es algo menos obvio, algo oscuro que pertenece a la psicología de ellos, no a la nuestra. Pero créeme, Peter, no existe un altruismo totalmente desinteresado. Tienen algo que ganar, sea lo que sea.

—¿Y por eso estás aquí? ¿Para averiguar de qué se trata?

—Exacto. Intenté integrarme a uno de los grupos de intercam-

bio que iban a residir diez años en su planeta natal, pero no pude; cubrieron el cupo una semana después de anunciarlo. Descartada ésa, esta es la mejor oportunidad. Estoy estudiando su lengua, y tú sabes que la lengua refleja los supuestos básicos de la gente que la utiliza. Ya domino bastante las formas coloquiales. En realidad, no es difícil, y ya me permite vislumbrar algunas cosas. Algunas expresiones son muy similares a las del inglés. Obtendré la respuesta alguna vez, estoy seguro.

—Suerte —dije yo, y regresamos a nuestra tarea.

Desde entonces lo vi a Gregori con frecuencia, y él me mantenía al tanto de sus progresos. Al mes de ese primer encuentro, estaba exultante: decía haberse apoderado de un libro de los kanamit, que estaba tratando de descifrar. Empleaban una escritura ideográfica, peor que la china, pero estaba decidido a desentrañarla aunque le llevara años. Me pidió que lo ayudase.

Lo cierto es que yo estaba interesado a pesar mío, pues sabía que sería una tarea ardua. Compartimos varias noches de trabajo, examinando boletines kanamit y materiales de ese tipo, con ayuda del limitado diccionario inglés-kanamit que le daban al personal. El robo del libro era una molestia para mi conciencia, pero no tardó en imponerse mi fascinación. Era inevitable: después de todo, las lenguas son mi especialidad.

En pocas semanas desciframos el título. Era *Cómo servirlo al hombre*, y obviamente se trataba de una guía que suministraban a los kanamit recién incorporados al personal de la embajada. Todos los meses llegaban nuevos integrantes; abrían toda clase de laboratorios de investigación, clínicas, etcétera. Si aún quedaba alguien, además de Gregori, que desconfiara de esa gente, debía hallarse en el medio del Tibet.

Era asombroso ver los cambios ocurridos en menos de un año. No había ejércitos ni escasez ni desempleo. Al abrir un periódico, a uno no lo agredían con informes sobre la “BOMBA H” o la “V-2”; las noticias siempre eran buenas. Costaba acostumbrarse. Los kanamit emprendían investigaciones sobre bioquímica humana y los de la embajada ya sabíamos que no tardarían en proclamar métodos para que nuestra raza fuera más alta y más fuerte y más sana —prácticamente una raza de superhombres— y que disponían de una cura potencial para las dolencias del corazón y el cáncer.

Después que llegamos al título del libro, no lo vi a Gregori durante una quincena: hacía tiempo que yo necesitaba unas vacaciones, y me fui al Canadá. Cuando regresé, me asombró el cambio que había sufrido su aspecto.

—¿Qué te pasa? —dije—. Tienes una cara de mil demonios.

—Acompáñame al bar.

Fui con él. Gregori bebió un buen trago de whisky, como si lo necesitara.

—Vamos, hombre, ¿qué es lo que pasa? —insistí.

—Los kanamit me incluyeron en la lista de pasajeros de la próxima nave de intercambio —dijo—. A ti también, si no no estaría hablando contigo.

—Bueno —dije yo—, pero...

—No son altruistas.

Intenté razonar con él. Recalqué que gracias a ellos la Tierra, comparada con lo que era antes, parecía un paraíso. Gregori meneó la cabeza.

—Bueno —dije entonces—, ¿y esas pruebas con el detector de mentiras?

—Una farsa —replicó sin pasión—. Te lo dije en el momento, idiota. A pesar de todo, no mintieron.

—¿Y el libro? —pregunté, ya molesto—. ¿Qué me dices de eso...? *Cómo servirlo al hombre*. Eso no lo pusieron para que lo leyeras tú. Tienen toda la intención de cumplirlo. ¿Cómo lo explicas?

—Leí el primer párrafo del libro. ¿Por qué crees que no dormí durante una semana?

—Y bien?

Una extraña sonrisa le torció la boca.

—Es un libro de cocina —repuso.

José Pedro Díaz (Montevideo, 1921) es autor de las novelas *Los fuegos de San Telmo y Partes de naufragios*, del ensayo crítico *Bécquer: vida y poesía y de un curioso volumen de textos inclasificables*, *Tratados y ejercicios*.

EL LUGAR LLANO

José Pedro Díaz

EL LLANO ES TAMBIÉN UN LUGAR bajo. Esto no quiere decir que lo sea en relación con otros; es bajo por sí; bajo, pero no hondo.

Es bajo, además, por la imposibilidad que determina de situar referencias de altura. Allí no se concibe lo alto; tampoco lo hondo. Simplemente, desde él, el arriba es nubosamente negativo. Quizá por eso lo caracteriza una turbia calidad cenicienta: toda tentativa de pensar en un arriba sólo sitúa nubosidades, lentas lluvias de cenizas impalpables que descienden y cubren; y nada de volcán: son cenizas inmotivadas. Imposible pensar en nada erguido, y menos aún firme y ardiente o empenachado siquiera de humo ya que no de resplandores. Ceniza sí, pero volcán, no. Casi diría que precisamente toda esa ceniza se debe a la imposibilidad en la que se está de pensar en un volcán. Porque un volcán implica el tremendo hogar ardiente en lo profundo y la alta y brillante o negra altivez de su cúspide. Y en nada de eso se puede pensar desde el lugar que

digo. Cualquier pensamiento tan hondo o ardiente o tan alto disiparía en seguida las cenizas como un viento impetuoso y transparente y haría aparecer toda una constelación de lugares, pero entonces ya no estaríamos en ese lugar, que es precisamente un lugar del que no se sale así como así.

El lugar llano es bajo, además, porque su suelo arenoso apenas deja que hundamos los dedos del pie al dar un paso. Reaparecen al instante. No es duro, ese suelo, pero es calladamente impenetrable, pesado, espeso, y uno no puede soñarle honduras; imposible también imaginarle un adentro: no lo tiene. O al menos, si tiene algo, sólo consiste en un magma informe, en el cual, con el tiempo —pero con mucho tiempo— podrían imaginarse apenas algunas formas, porque sólo cede muy poco y con extrema lentitud a las presiones del pulgar de la imaginación, pero además las pocas formas que en él se pueden esbozar vuelven siempre después, aunque lenta-

mente, a su nada originaria, al magma informe del que parecían dispuestas a nacer.

En realidad debe estudiarse como un lugar superficial: tiene la vacua, inextensa horizontalidad del hombre que duerme; que duerme y no sueña. Esto no quiere decir que cuando se está en ese lugar se duerma siempre. A veces efectivamente sí, se duerme. Allí estaba Jonás, por ejemplo, cuando dormía en lo profundo del buque mientras la tempestad rugía en torno. Dormía y no soñaba: es el estado del dormilón. “¡Despierta, dormilón!”, se recordará que le dijo a Jonás el capitán de la nave que lo llevaba a Tarsis.

En cierto sentido puede efectivamente decirse que si se está en ese lugar se está dormido. Pero la expresión sólo tiene un alcance metafórico. A veces no se duerme; aunque la tentación de un sueño sin sueños acecha con mucha intensidad a quien está en ese lugar.

Eso lo sabe bien el hombre común; con frecuencia usa adecuadamente el término para referirse a alguien diciendo que es un dormido, porque a menudo los dormidos están en ese lugar. Pero ésta no se debe considerar una referencia siempre segura. También he oído ese término de dormidos para referirse a gentes que estaban en lugares muy diferentes.

El más intenso recuerdo que se

guarda luego de haber estado allí es sin duda el de la ansiedad, pero de una ansiedad que no se conoce a sí misma. De ahí que pueda coexistir con la tentación del sueño sin sueños: esa ansiedad tiene la forma de la nostalgia de los sueños. De algún modo oscuro —y ceniciento— se sabe, cuando se está allí, que los sueños son posibles, que hay sueños, y que en ellos podrían verse muchas cosas. Pero uno no puede imaginarlas. Es el negativo de la esperanza. No es la desesperación; es el hueco que deja la ausencia de la esperanza, nada más.

Esto en cuanto al alma. En cuanto al cuerpo —que también tiene su importancia— suele entonces estar con claridad en algún lugar. Esto es obvio: corporalmente siempre se está en algún lugar; pero en tales casos se está más que nunca en algún lugar, y la conciencia del cuerpo de estarlo deja al alma sin sitio. Parece como si todas las posibilidades de estar las tomara el cuerpo para sí. Este se prende a las cosas, a los objetos, y se acomoda entre ellos, y tanto más se aferra a las cosas, tanto más en el aire se le queda al alma.

Sobre este concreto espacio que tiene para el cuerpo un lugar que es inhabitable para el alma habría que detenerse sin duda. Pero ello nos haría entrar demasiado en el mundo de las cosas y las referencias a los lugares se nos confundirían.

En El hombre que nunca llegaba a joven el tiempo transcurre en otra dirección, o no transcurre. Fritz Leiber nació en Chicago en 1910 y es autor de los clásicos Gather, Darkness! y Conjure Wife.

EL HOMBRE QUE NUNCA LLEGABA A JOVEN

Fritz Leiber

MAOT SE ESTÁ IMPACIENTANDO. Muchas veces, al caer de la tarde, se encamina lentamente a donde la tierra negra se encuentra con la arena amarilla y allí se queda, avizorando el desierto, hasta que empiezan a soplar los vientos.

Yo en cambio me siento de espaldas a la mampara de cañas y contemplo el Nilo.

No es únicamente porque está llegando a joven. También empieza a hastiarse de los campos. Deja a mi cuidado las tareas de labranza y prodiga su atención al rebaño. Cada día lleva las cabras y las ovejas más lejos a pastorear.

Yo he estado viendo los síntomas durante mucho tiempo. En el transcurso de las últimas generaciones los campos cultivados se han vuelto cada vez más escasos y se los riega con menos diligencia. Se diría que llueve más a menudo. Las casas se han tornado más simples, meras tiendas cercadas por muros. Y cada año hay alguna familia que reco-

ge sus rebaños y emprende la lenta marcha hacia el oeste.

¿Por qué aferrarme tan tenazmente a estas pobres reliquias de civilización, yo que he visto a los hombres del rey Keops desarmar piedra por piedra la Gran Pirámide y transportarla de nuevo a las montañas?

Me he preguntado a menudo por qué yo nunca llego a joven. Ese hecho es todavía para mí un misterio tan grande como el de los labriegos de tez morena que se arrodillan con temerosa veneración cuando paso a su lado.

Envidia a los que llegan a jóvenes. Sueño con desprenderme de esta cáscara de sensatez y responsabilidad, con zambullirme en un período de amores borrascosos y pasiones intensas, los años felices que preceden al fin.

Pero sigo siendo un hombre barbado de unos treinta años, y visto hoy la piel de cabra como otrora vestí el jubón o la toga, siempre a punto de dar el gran

salto, pero sin llegar jamás a darlo.

Tengo la impresión de que siempre fui así. Ni siquiera puedo recordar mi propio desentierro, y eso es algo que todo el mundo recuerda.

Maot es sutil. No pide lo que quiere, pero al anochecer, cuando regresa a casa, se sienta lejos del fuego y murmura incitantes fragmentos de canciones y se frota los párpados con pigmento verde para hacerse deseable a mis ojos, y trata por todos los medios de contagiarme su desasosiego. Me tienta a interrumpir el trabajo abrasador del mediodía y me hace ver lo robustas que se están poniendo nuestras cabras y ovejas.

Ya no quedan más hombres jóvenes entre nosotros. Cuando llegan a jóvenes, o acaso antes, todos toman el camino del desierto. Incluso patriarcas desdentados, macilentos, se levantan de sus sepulcros y sin detenerse casi a reponer sus fuerzas con las vituallas y los brebajes excavados con ellos, juntan sus manadas y sus esposas y parten, cojeando, rumbo al poniente.

Recuerdo el primer desentierro que presencié. Era en un país de maquinarias y humo e incesantes noticias. Pero lo que voy a relatar ocurrió en un remanso donde había aún granjas pequeñas y caminos estrechos y formas de vida simples.

Había dos viejecitas llamadas Flora y Helena. Seguramente

ellas mismas habían sido desenterradas hacía unos pocos años, pero eso no lo recuerdo. Creo que yo era algo así como un sobrino, pero no puedo estar seguro.

Empezaron a visitar una vieja tumba en el cementerio, a un kilómetro del pueblo. Recuerdo los ramilletes de flores que traían cuando regresaban. Sus rostros severos, plácidos, habían empezado a agitarse. Yo veía que el dolor iba entrando en sus vidas.

Pasaron los años. Sus visitas al cementerio se hicieron más frecuentes. Una vez, al acompañarlas, advertí que la borrosa inscripción de la lápida se iba tornando más nítida y clara, al igual que las facciones de los rostros de las dos ancianas. "John, amante esposo de Flora..."

A menudo Flora sollozaba hasta la medianoche, y Helena iba y venía por la casa con el semblante atribulado. Llegaban los parientes y les decían palabras de consuelo, pero con eso sólo parecían ahondarles el dolor.

Por último la lápida llegó a ser totalmente nueva, y el césped que la cubría se puso verde y tierno y desapareció en la húmeda tierra pardusca. Como si estas fueran las señales que sus oscuros instintos habían estado aguardando, Flora y Helena dominaron su pena y visitaron al pastor y al encargado de la funeraria y al médico, e hicieron ciertos arreglos.

En un frío día de otoño, cuando las rizadas hojas castañas remolineaban entre los árboles,

partió el cortejo: el vacío coche fúnebre, los silenciosos automóviles negros. En el cementerio vimos a un par de hombres provistos de palas que se alejaban discretamente de la tumba recién abierta. Entonces, mientras Flora y Helena lloraban desconsoladamente y el pastor pronunciaba palabras solemnes, una caja larga y estrecha fue retirada de la tumba y transportada a la carroza.

En casa desatornillaron y levantaron la tapa del féretro, y vimos a John, un anciano ceroso con una larga vida por delante.

Al día siguiente, en obediencia a lo que al parecer era un antiguo ritual, lo sacaron del ataúd, y el hombre de la funeraria le extrajo de las venas un líquido acre y le inyectó la sangre roja. Luego lo llevaron y lo acostaron en una cama. Al cabo de algunas horas de petrificada espera, la sangre empezó a actuar. El hombre se agitó, y el primer hábito de vida le resonó ásperamente en la garganta. Flora se sentó en la cama y lo estrechó contra su pecho en un tímido abrazo.

Pero estaba muy enfermo y necesitado de reposo, y el médico le indicó por señas a Flora que saliera de la alcoba. Recuerdo la expresión de su rostro en el momento de cerrar la puerta.

También yo hubiera debido sentirme feliz, pero me parece recordar que tuve la sensación de que había un no sé qué de malsano en todo el episodio. Tal vez nuestras primeras experien-

cias de las grandes crisis de la vida nos afecten siempre en esa forma.

Estoy enamorado de Maot. Los centenares de mujeres que antes he amado en mi largo errar por el mundo no desmedran la sinceridad de mi afecto. Yo no entré en su vida, ni en la de las otras, como lo hacen normalmente los amantes: desde la tumba o en la pasión de una terrible querrela. Yo siempre voy a la deriva.

Maot sabe que en mí hay algo extraño. Pero no deja que eso interfiera en sus esfuerzos por hacerme hacer lo que ella quiere.

Amo a Maot y sé que en última instancia accederé a su deseo. Pero antes quiero seguir un tiempo más a la orilla del Nilo y de la magnífica pompa que su pasar conjura.

Mis primeros recuerdos son siempre los más difíciles, y lucho con todas mis fuerzas por interpretarlos. Tengo la sensación de que si pudiera retroceder un paso más en la memoria llegaría a poseer una sabiduría aterradora. Pero, al parecer, nunca puedo hacer el esfuerzo necesario.

Esos recuerdos comienzan sin nada que los preceda, en nubes y torbellinos, en oscuridad y miedo. Soy ciudadano de una grande y lejana nación, no uso barba y visto ropas feas e incómodas, pero por mi aspecto y mi edad no soy distinto del que soy ahora. El país es cien veces más grande que Egipto, y sin embargo es sólo

uno de tantos. Todos los pueblos del mundo se conocen entre sí, y el mundo es redondo, no plano, y flota en una inmensidad sin límites, jalonada por archipiélagos de soles, no circunscripta por una bóveda tachonada de estrellas.

Hay máquinas en todas partes, y las noticias dan la vuelta al mundo como un grito, y los deseos son muchos. Existe una abundancia jamás soñada, oportunidades sin par. Y sin embargo los hombres no son felices. Viven con miedo. Miedo, si la memoria no me engaña, de una guerra que nos envolverá y acaso destruirá a todos y que se cierne sobre nosotros como una amenaza de oscuridad.

Las armas que tienen preparadas para esa guerra son terribles. Grandes máquinas que navegan sin timonel, no a través del agua sino del aire, dando la vuelta al mundo para ir a destruir una ciudad enemiga. Otras que surcan el cielo como dardos hasta más allá del aire, para venir a atacarnos desde las estrellas. Nubes envenenadas. Partículas letales de polvo luminoso.

Pero las peores de todas son las armas que sólo se rumorean.

Durante meses que parecen eternidades esperamos el estallido de esa guerra. Sabemos que los errores ya fueron cometidos, que se han dado los pasos irrevocables, que se han perdido las últimas oportunidades. Sólo esperamos el momento.

Se diría que debiera existir al-

guna razón especial para que hayamos llegado a tales extremos de horror y desesperanza. Como si hubiera habido otras guerras mundiales anteriores y hubiésemos luchado desesperadamente por salir de ellas prometiéndonos que esa sería la última. Pero de esas guerras nada recuerdo. Y bien pudiera ser que el mundo y yo hayamos sido creados a la sombra de esa catástrofe, en un desentierro universal.

Lentos pasan los meses. De pronto, milagrosamente, increíblemente, la guerra empieza a replegarse. Las tensiones se alivian. Las nubes se disipan. Hay gran actividad, conferencias y planes. Se multiplican las esperanzas de una paz duradera.

Pero no dura. En súbito holocausto, surge un opresor llamado Hitler. Curioso que este nombre me vuelva a la memoria después de tantos milenios. Sus ejércitos se despliegan por todo el globo.

Pero sus triunfos son efímeros. Sus soldados son rechazados y Hitler cae en el olvido. Al final, es un oscuro agitador, casi un desconocido.

Otra paz, entonces, pero tampoco duradera. Una nueva guerra, menos cruenta que la anterior, que también trae consigo un período más apacible.

Y así sucesivamente.

Algunas veces pienso (debo aferrarme a esto) que en otras eras el tiempo ha de haber fluído en el sentido opuesto y que, en violenta reacción a la postrer

guerra total, ha de haber vuelto sobre sus pasos para desandar su primitivo curso. Que nuestras vidas presentes no son más que un retorno y un retroceso. Una gran retirada.

En ese caso es posible aún que el tiempo vuelva a invertir su curso. Quizá tengamos otra posibilidad de escalar la valla.

Pero no...

El pensamiento se ha desvanecido en las ondas del Nilo.

Otra familia se marcha del valle en este día. Toda la mañana han estado escalando penosamente la garganta de arena. Y ahora, al volver las cabezas para contemplar acaso por última vez el borde de los amarillos acantilados, se perfilan contra el cielo de la mañana: motas verticales los hombres, motas horizontales las bestias.

Junto a mí, Maot los sigue con la mirada. Pero no hace ningún comentario. Está segura de mí.

El acantilado queda otra vez desierto. Pronto habrán olvidado al Nilo con sus turbadores fantasmas de recuerdos.

Nuestra vida entera es un olvidar y un retornar. Del mismo modo que las madres absorben a los niños, así los grandes pensamientos son absorbidos por las mentes geniales. Al principio están en todas partes. Nos rodean como el aire. Luego hay una merma. Ya no todos los hombres los conocen. Y surge entonces un gran hombre y los toma para sí, y se convierten en un secreto.

Sólo subsiste la inquietante convicción de que algo maravilloso se ha desvanecido.

He visto a Shakespeare describir las grandes tragedias. He visto a Sócrates despensar los profundos pensamientos. He oído a Jesús desdecir las divinas palabras.

Hay una inscripción en la piedra, y parece eterna. Al volver, siglos después, la encuentro igual, apenas un poco menos borrosa, y pienso que ella, al menos, pueda durar. Pero un día llega un escriba y laboriosamente rellena los surcos hasta que queda tan solo la piedra lisa.

Entonces solo él sabe lo que allí estaba escrito. Y cuando llega a joven, ese conocimiento se extingue para siempre.

Lo mismo ocurre con todo cuanto hacemos. Nuestras casas se vuelven nuevas y las desmantelamos, y arrumbamos los materiales en minas y canteras, bosques y campos. Nuestras ropas se vuelven nuevas y las abandonamos. Y nosotros mismos nos volvemos nuevos y olvidamos y buscamos ciegamente una madre.

Ahora todos se han marchado. Sólo Maot y yo nos demoramos.

No pensé que ocurriría tan pronto. Ahora que estamos acercándonos al fin, la naturaleza parece apresurarse.

Supongo que aquí y allá, a lo largo del Nilo, ha de haber otros rezagados, pero a mí me gusta pensar que nosotros somos los últimos, los últimos que veremos

desaparecer los sembrados, los últimos que miraremos el río sabiendo algo de lo que antaño simbolizó, antes de hundirse en el eterno olvido.

Nuestro mundo es el del triunfo de las causas perdidas. Después de esa segunda guerra de que hablé hubo en mi país natal, del otro lado del mar, un largo período de paz. Había en ese entonces entre nosotros un pueblo primitivo al que llamábamos indios, un pueblo desdeñado y dominado, obligado por nosotros a vivir aislado, en áreas miserables. No nos causaban ninguna preocupación. Si alguien nos hubiera dicho que tenían poder para dañarnos, nos habríamos reído.

Pero repentinamente surgió entre ellos una chispa de rebelión. Formaron bandas, se procuraron arcos y armas inferiores y vinieron a nosotros en pie de guerra.

Nosotros los enfrentamos en pequeñas batallas que jamás eran del todo decisivas. Ellos persistían, volvían siempre a la lucha, tendían emboscadas a nuestros hombres y nuestras carretas, nos hostigaban sin cesar y finalmente sus incursiones se volvieron respetables.

Sin embargo, los considerábamos tan insignificantes que hasta encontramos tiempo para librar entre nosotros una guerra civil.

El desenlace de esa guerra fue triste. Una porción de la población de piel oscura fue esclavizada y obligada a trabajar para nosotros en las casas y los campos.

Las fuerzas de los indios crecieron de una manera formidable. Poco a poco nos expulsaron de los anchos ríos y llanuras del oeste medio, obligándonos a atravesar las boscosas montañas hacia el este.

En la costa oriental los resistimos durante algún tiempo, principalmente por habernos aliado con una nación isleña transoceánica, a la que cedimos nuestra independencia.

Hubo un hecho alentador. Los negros esclavizados fueron reunidos y amontonados en navíos y traídos a las playas australes de este continente, y aquí fueron liberados o puestos en manos de tribus guerreras que finalmente les concedieron libertad.

Pero la presión de los indios, esporádicamente ayudados por aliados extranjeros, fue en aumento. Ciudad por ciudad, pueblo por pueblo, caserío por caserío, levantamos nuestras viviendas y también nosotros nos embarcamos para surcar el mar. Hacia el final los indios se tornaron extrañamente pacíficos, y los últimos cargamentos de hombres parecían huir no tanto por miedo físico sino por el terror sobrenatural que inspiraban las verdes florestas silenciosas que habían engullido sus hogares.

En el sur los aztecas empuñaron sus cuchillos de vidrio y sus espadas con filo de pedernal y echaron a los... creo que se llamaban españoles.

Un siglo más y todo el conti-

nente occidental cayó en el olvido, salvo algunas vagas, obsesivas remembranzas.

La tiranía y la ignorancia crecientes, una incesante contracción de las fronteras, rebeliones de los oprimidos, que a su vez se convertían en opresores: estos hechos constituyeron la siguiente era de la historia.

Una vez pensé que la marea había cambiado de rumbo. Surgió un pueblo pujante y disciplinado, el pueblo romano, y sometió bajo su férula a la mayor parte del mundo debilitado.

Pero esa estabilidad resultó transitoria. Una vez más los gobernados se levantaron contra los gobernantes. Los romanos fueron expulsados: de Inglaterra, de Egipto, de la Galia, de Asia, de Grecia. De los campos yermos surgió Cartago para disputarle y arrebatarle a Roma su hegemonía. Los romanos buscaron refugio en Roma, su importancia menguó, se perdieron en un laberinto de migraciones.

Sus ideas revitalizantes resplandecieron durante un siglo glorioso en Atenas, luego cesaron de gravitar.

Después de eso, la declinación continuó a un ritmo uniforme. Ya nunca más me dejé engañar con el pensamiento de que el curso de las cosas había cambiado.

Excepto esta última vez.

Porque era pétreo y seco, porque el sol lo bañaba a raudales, porque estaba lleno de templos y sepulcros, porque era afecto a las tradiciones y a la calma, pensé que Egipto podría perdurar. El casi inmutable correr de los siglos alentó en mí esa creencia. Pensaba que si no habíamos llegado al momento crucial habíamos al menos llegado al reposo.

Pero han comenzado las lluvias, los templos y sepulcros llenan los peñascos de los acantilados, y la tradición y la calma han dado paso a los impacientes afañes del nómada.

Si hay un momento crucial, no llegará hasta que el hombre sea uno con las bestias.

Y Egipto deberá desaparecer como todo lo demás.

Mañana Maot y yo emprendemos la marcha. Ya hemos reunido nuestros animales y enrollado nuestra tienda.

Maot arde de juventud. Está muy cariñosa.

Será extraño andar por el desierto. Pronto, demasiado pronto, nos daremos nuestro último y más dulce beso, y ella parloteará conmigo como una niña y yo velaré por ella hasta que encontremos a su madre.

O quizá un día la abandonaré en el desierto, y su madre la encontrará.

Y yo, yo seguiré eternamente.

Robert Silverberg nació en Nueva York y estudió en la Universidad de Columbia. Empezó a escribir en 1954 y en los diez años siguientes publicó más de cien libros firmados con su propio nombre y veintiún seudónimos: novelas de ciencia ficción, ensayos sobre arqueología e historia, etc. En la década del sesenta decidió reducir drásticamente su producción y escribir sólo lo que le interesaba. Desde entonces publicó unas veinte novelas y varias decenas de cuentos que lo situaron rápidamente entre los grandes maestros del género. La danza del sol utiliza un tema clásico —el exterminio de una raza que puede ser inteligente— como pretexto para analizar diversos niveles de una realidad.

LA DANZA DEL SOL

Robert Silverberg

HOY LIQUIDASTE UNOS CINCUENTA mil Devoradores en el Sector A, y ahora te acosa el insomnio. Al alba, tú y Herndon volaron hacia el este, alejándose del amanecer verde-oro, y derramaron cápsulas neurales sobre una zona de mil hectáreas, a lo largo del Río Bifurcado. Aterrizaron en la pradera que hay más allá del río, donde ya no quedan Devoradores, y almorzaron tendidos sobre esa tersa alfombra vegetal donde ha de levantarse la primera colonia. Herndon recogió algunas flo-

res comestibles, y ambos gozaron de media hora de parcas alucinaciones. Luego, mientras ambos se dirigían al helicóptero para seguir arrojando cápsulas durante la tarde, él súbitamente preguntó:

—Tom, ¿cómo te sentirías si se descubre que los Devoradores son algo más que una plaga animal? Gente, digamos, con su lenguaje, sus ritos, su historia y demás.

Te vino a la mente el destino de tu pueblo.

—No lo son —respondiste.

Copyright © 1969 by Mercury Press, Inc. Reprinted by arrangement with Scott Meredith Literary Agency, Inc., 845 Third Avenue, New York, N.Y. 10022, to whom all inquiries should be addressed.

Título del original en inglés: The Man Who Never Grew Young
Traducción de Matilde Horne

—Supongamos que sí. Supongamos que los Devoradores...

—No lo son. Olvidalo.

Hay en Herndon un rasgo de crueldad que lo lleva a hacer ese tipo de preguntas. Busca los puntos vulnerables, porque lo divierten. Su observación casual, sin embargo, ha reverberado en tu mente toda la noche: supongamos que los Devoradores... supongamos que los Devoradores... supongamos... supongamos... supongamos...

Duermes un rato, y sueñas, y en tus sueños atraviesas ríos de sangre.

Tonterías. Impertinencias de la imaginación. Sabes que es importante acabar con los Devoradores antes de que lleguen los colonos. Son meros animales, y ni siquiera animales inofensivos; atentan contra el equilibrio ecológico, su voracidad se ensaña con las plantas que oxigenan la atmósfera, hay que matarlos. Algunos han sido preservados para estudios zoológicos. El resto debe morir. Extirpación ritual de criaturas indeseables, una historia vieja como el mundo. No compliquemos la tarea con escrúpulos morales, te dices. No soñemos con ríos de sangre.

Los Devoradores, además, no tienen sangre; al menos, no es sangre que pueda formar ríos. Es, en fin, una especie de linfa que penetra cada tejido y permite que los alimentos circulen por los intersticios. Los productos de desecho se eliminan del mis-

mo modo, por ósmosis. El proceso es estructuralmente análogo al que cumple tu propio sistema circulatorio, aunque no haya una red de conductos sanguíneos conectada a una bomba principal. La sustancia vital simplemente fluye por sus cuerpos, como si fueran amibas, esponjas, u otra forma de vida primaria. Aunque por cierto nada tienen de primario su sistema nervioso, su aparato digestivo, la configuración de sus miembros y sus órganos, etcétera. Qué raro, piensas. Las criaturas de otros mundos, te dices, suscitan una perplejidad que no se circunscribe al primer encuentro.

Para ti y tus compañeros esos rasgos biológicos entrañan cierta belleza, pues les permiten exterminarlos con toda prolijidad.

Sobrevuelan las hirsutas llanuras y arrojan las cápsulas neurales. Los Devoradores las descubren y las ingieren. Basta una hora para que el veneno les ataque cada rincón del cuerpo. La vida se detiene; luego, una brusca alteración de la materia celular: el Devorador se desintegra, literalmente, molécula por molécula, en cuanto la nutrición se interrumpe; la sustancia linfática obra como un ácido; se opera una lisis total; la carne y aun los huesos, que son cartilaginosos, se disuelven. En dos horas, un charco en el suelo. En cuatro, nada. Si tienes en cuenta que los planes de exterminio incluyen millones de Devoradores, la buena

voluntad que demuestran esos cuerpos resulta encomiable. De otro modo, este mundo apestaría como un cementerio.

Supongamos que los Devoradores...

Maldito Herndon. Casi sientes deseos de hacerte una corección de memoria por la mañana. Qué tate de la cabeza esas estúpidas especulaciones. Si te atrevieras. Si te atrevieras.

Por la mañana no se atreve. Las correcciones de memoria lo aterran; intentará librarse de esta imprevista culpabilidad sin recurrir a la corrección. Los Devoradores, se explica a sí mismo, son herbívoros sin cerebro y, aunque víctimas infortunadas del expansionismo de los hombres, no merecen una defensa apasionada. Su extinción no es trágica; es simplemente lamentable. Si este mundo está destinado a la gente de la Tierra, los Devoradores deben abandonarlo. Hay una diferencia, insiste, entre el exterminio de los Pieles Rojas de la pradera norteamericana, durante el siglo diecinueve, y la destrucción del bisonte de esa misma pradera. La aniquilación de los turbulentos rebaños provoca un arrebatado de nostalgia; la muerte de tantos millones de bestias nobles, pardas y lanudas, es por cierto deplorable. Pero lo que padecieron los Sioux es distinto; no nos limitamos a deplorarlo nostálgicamente: su destino ultraja nuestra memoria. Hay una diferencia.

Reserva tus pasiones para la causa adecuada.

Sale de la burbuja, en el linde del campamento, y se dirige hacia el centro de las instalaciones. El camino de laja reluce por obra de la humedad. Aún persiste la niebla matinal; los árboles están inclinados, y sus largas hojas, surcadas de nervaduras, se curvan bajo el peso del rocío. Se agacha para observar un arácnido que hila su tejido asimétrico. Mientras tanto un minúsculo anfibio, con delicadas franjas turquesas, se interna subrepticamente en el musgo. No tan subrepticamente; él lo toma con cuidado y lo deposita en el dorso de la mano. Las branquias palpitan con desesperación, el trémulo anfibio se agita. Con lentitud y astucia, cambia de color hasta confundirse con la cobriza superficie de la mano. El *camouflage* es excelente. Baja la mano y el anfibio desaparece en un charco. Él sigue caminando.

Tiene cuarenta años, es más bajo que casi todos los miembros de la expedición, de hombros anchos, torso vigoroso, pelo negro y brillante, nariz grande y achatada. Es biólogo. Esa es su tercera profesión, pues ya fracasó como antropólogo y como administrador de bienes raíces. Se llama Tom Dos Bandas. Se casó dos veces, pero no tiene hijos. Su bisabuelo murió víctima del alcohol; su abuelo era adicto a los alucinógenos; su padre frecuentaba salas de corrección de me-

moria de la peor calidad. Tom Dos Bandas no ignora su infidelidad a la tradición familiar, pero aún no ha descubierto un estilo de autodestrucción que le sea propio.

En el edificio principal encuentra a Herndon, Julia, Ellen, Schwartz, Chang, Michaelson y Nichols. Están desayunando; los demás ya han puesto manos a la obra. Ellen se levanta, se acerca, le da un beso. Corto, lacio y rubio, el pelo de ella le acaricia las mejillas.

—Te quiero —susurra Ellen.

Ellen pasó la noche en la burbuja de Michaelson.

—Te quiero —dice él, y le traza una rápida línea vertical de afecto en la cuenca de los senos, pálidos y pequeños. Le guiña el ojo a Michaelson, quien asiente; luego lleva dos dedos a los labios y lanza un beso hacia el grupo. Aquí todos somos grandes amigos, piensa Tom Dos Bandas.

—¿A quién le toca arrojar cápsulas? —pregunta.

—A Mike y a Chang —responde Julia—. Sector C.

—En once días más —comenta Schwartz—, tendremos limpia la península. Entonces podremos avanzar hacia el continente.

—Si alcanza la provisión de cápsulas —observa Chang.

—¿Dormiste bien, Tom? —pregunta Herndon.

—No —responde Tom. Se sienta y digita su pedido de desayuno. Hacia el oeste, la niebla comienza a calcinar las montañas.

Siente una brusca vibración en la nuca. Hace nueve semanas que está en este mundo, y en ese lapso ha habido el único cambio de estación: el pasaje de clima seco a clima brumoso. Las nieblas durarán meses. Antes que la sequía abraza la llanura, no habrá más Devoradores, y llegarán los primeros colonos. La comida se desliza por el conducto y él la recoge. Ellen se sienta a su lado. Tiene poco más de veinte años; éste es su primer viaje; se encarga de archivos y documentación, aunque también es experta en corrección de memoria.

—Pareces preocupado —dice Ellen—. ¿Puedo ayudarte?

—No. Gracias.

—Me disgusta verte tan triste.

—Un rasgo de mi raza —alega Tom Dos Bandas.

—Lo pongo muy en duda.

—Tal vez mi reconstrucción de personalidad esté perdiendo efecto, ésa es la verdad. El nivel del trauma estaba tan cercano a la superficie. Soy un tegumento que camina, ¿sabes?

Ellen ríe deliciosamente. Viste un semiabrigo de tela sintética. Su piel parece húmeda; al alba, ella y Michaelson fueron a nadar. Tom Dos Bandas está pensando en pedirle que se case con él cuando culminen la tarea. No se casa desde el fracaso del negocio de bienes raíces. El analista sugirió el divorcio como parte de la reconstrucción. A veces se pregunta dónde estará Terry y con quién vivirá ahora.

—Sin embargo, se te ve muy firme, Tom —dice Ellen.

—Gracias —responde él. Ellen es joven. ¿Qué puede saber?

—Si es una tristeza pasajera te la borro en seguida con una corrección mínima.

—No. Te lo agradezco.

—Olvidaba que no te gusta la corrección.

—Mi padre...

—¿Sí?

—En cincuenta años se peló poco a poco, hasta que no quedó de él más que una hilacha. Se hizo borrar sus ancestros, toda su herencia, su religión, su mujer, sus hijos, y finalmente su nombre. Luego se quedaba sentado y no hacía más que sonreír. Gracias, no me interesa la corrección.

—¿Dónde trabajas hoy?

—En el complejo, haciendo pruebas.

—¿Quieres compañía? Tengo la mañana libre.

—No, gracias —responde con demasiada rapidez. Advierte que acaba de herirla e intenta remediar esa involuntaria crueldad; le roza el brazo y le dice:

—¿Qué te parece esta tarde? Necesito conversar un rato. ¿Sí?

—Sí —sonríe ella, y forma un beso con los labios.

Después del desayuno va al complejo. El complejo cubre un millar de hectáreas al este de la base; lo cercan proyectores de campo neural distribuidos cada ochenta metros; tal medida basta para evitar la fuga de la población cautiva, doscientos Devo-

adores. Cuando el resto haya sido aniquilado, perdurará este grupo de estudio. Hacia el sudoeste del complejo se yergue una burbuja-laboratorio donde se practican los experimentos: metabólicos, psicológicos, fisiológicos, ecológicos. Un arroyo atraviesa el complejo en diagonal. Hacia el este se elevan unos cerros cubiertos de hierba. Cinco espesas arboledas de hojas puntiagudas se recortan contra un vasto páramo. Bajo la hierba yacen las plantas de oxígeno, casi totalmente ocultas salvo por las espigas fotosintéticas que alcanzan tres o cuatro metros de altura y los cuernos respiratorios color limón que llegan hasta el pecho de un hombre y exhalan unos gases dulzones y embriagadores. Un disperso rebaño de Devoradores cubre los campos. Mordisquean delicadamente los cuerpos respiratorios.

Tom Dos Bandas espía el rebaño que está más allá del arroyo, se encamina hacia él. Tropieza con una planta de oxígeno oculta en la hierba pero recobra en seguida el equilibrio y, llevando a la boca el arrugado orificio del cuerpo respiratorio, inhala profundamente. Se le disipa la aflicción. Se acerca a los Devoradores. Son criaturas esféricas, abultadas, lentas, cubiertas por una piel anaranjada y áspera. Unos ojos enormes se les destacan sobre los labios delgados y elásticos. Tienen patas finas y escamosas, como los pollos, y brazos cor-

tos siempre pegados al cuerpo. Lo miran con una dócil falta de curiosidad.

—¡Buenos días, hermanos!
—los saluda, sin saber por qué.

Hoy advertí algo extraño. Tal vez inhalé mucho oxígeno en el campo; quizás sucumbí a la sugerencia de Herndon; acaso entró en escena el masoquismo familiar. Lo cierto es que mientras observaba a los Devoradores del complejo me pareció, por primera vez, que revelaban una conducta inteligente, que funcionaban según procedimientos rituales.

Los seguí durante tres horas. Durante ese período devastaron tres prados de plantas de oxígeno. En cada oportunidad adoptaron un modelo de conducta estilizado antes de ponerse a mascar:

Se congregaron en círculo alrededor de las plantas.

Miraron hacia el sol.

Miraron hacia sus vecinos a derecha e izquierda, en el círculo.

Cumplido lo anterior, y *no* antes, prorrumpieron en confusos relinchos.

Miraron nuevamente hacia el sol.

Avanzaron y comieron.

Si esto no era una oración, una plegaria de gratitud, ¿qué diablos era? Y si pueden decir gracias mediante una plegaria, ¿no estamos cometiendo genocidio? ¿Acaso dicen gracias los chimpancés? Dios mío, seríamos incapaces de borrar del mapa a los chimpancés

tal como lo hacemos con los Devoradores. Por supuesto, los chimpancés no perjudican las cosechas y con ellos sería posible la coexistencia, mientras que agricultores y Devoradores no pueden convivir en el mismo planeta. Persiste, sin embargo, el problema moral. La prédica del exterminio se apoya en la suposición de que el nivel de inteligencia de los Devoradores equivale al de las ostras o, en el mejor de los casos, al de las ovejas. Ningún remordimiento hostiga nuestras conciencias porque empleamos un veneno indoloro y eficaz, y porque los Devoradores tienen la gentileza de disolverse al morir, evitándonos la incomodidad de incinerar millones de cadáveres. Pero si elevan plegarias...

Aún no les diré nada a los demás. Quiero más evidencias, objetivas y contundentes. Películas, cintas, grabaciones. Luego veremos. ¿Qué ocurrirá si demuestro que estamos aniquilando seres inteligentes? Después de todo, en mi familia no ignoramos qué es el genocidio, ya que hace unos siglos lo padecimos en carne propia. Dudo que pueda impedirles seguir adelante. Pero al menos podría retirarme de la operación. Volver a la Tierra y exasperar a la opinión pública.

Ojalá sea todo obra de mi imaginación.

No es obra de mi imaginación. Se reúnen en círculos; miran hacia el sol; relinchan y oran. No

son sino pelotas de jalea con patas de pollo, pero demuestran gratitud por su alimento. Esos enormes ojos redondos parecen acusarme. Nuestro dócil rebaño sabe muy bien lo que ocurre: que descendimos de las estrellas para arrasarse con su especie, que sólo ellos sobrevivirán. Carecen de medios para defenderse o aun para expresar su aversión, pero lo *saben*. Y nos odian. Dios mío, matamos dos millones desde que llegamos, estoy metafóricamente manchado de sangre.

Debo actuar con todo cuidado, o acabaré presa de las drogas y la corrección.

No puedo causar disturbios; verán en mí a un chiflado, un charlatán, un agitador. ¡No puedo levantarme y *denunciarlos!* Debo contar con aliados. Herndon, ante todo. Seguro que él está cerca de la verdad; fue él quien me la sugirió, el día que arrojamos las cápsulas. ¡Pensar que creí que bromeaba, como de costumbre!

Le hablaré esta noche.

—Estuve pensando en lo que sugeriste —dice—. Sobre los Devoradores. Quizá no hayamos emprendido estudios psicológicos suficientemente profundos. Es decir, si de veras *son* inteligentes...

Herndon pestañea. Es un hombre alto, de pelo negro y lustroso, barba espesa, pómulos pronunciados.

—¿Y quién dice que lo sean, Tom?

—Tú. Cuando estábamos del otro lado del Río Bifurcado, dijiste...

—Era una mera hipótesis, una especulación. Por decir algo.

—No, yo pienso que había algo más. Pienso que lo creías en serio.

Herndon parece preocupado.

—Mira, Tom, no sé a dónde apuntas, pero mejor apunta hacia otro lado. Si por un momento creyera que estamos matando criaturas inteligentes, buscaría un corrector de memoria con tal rapidez que iniciaría una onda impulsiva.

—¿Entonces por qué me hiciste la pregunta, aquella vez? —insiste Tom Dos Bandas.

—Palabras sin importancia.

—¿Te diviertes pasándoles tus culpas a los demás? Eres un hijo de perra, Herndon. Lo digo en serio.

—En fin, Tom, si yo hubiera sabido que una sugerencia hipotética iba a afectarte tanto...

—Herndon sacude la cabeza.— Los Devoradores no son seres inteligentes. Obviamente. En ese caso no nos habrían dado orden de liquidarlos.

—Obviamente —dice Tom Dos Bandas.

—No —dijo Ellen—, no sé qué intenciones tiene Tom. Pero estoy segura de que necesita un descanso. Hace sólo un año y medio que le reconstruyeron la personalidad, y entonces tuvo un colapso muy grave.

Michaelson consultó una ficha.
—Tres veces consecutivas rehusó arrojar cápsulas. Alega que no puede robarle tiempo a la investigación. Caramba, no hay inconveniente en cubrirle el puesto, pero sospecho que elude sus tareas, y eso es lo que me molesta.

—¿Qué tipo de investigación está haciendo? —preguntó Nichols.

—Investigación no biológica —dijo Julia—. Pasa el tiempo con los Devoradores del complejo, pero no veo que experimente nada. Se limita a observarlos.

—Y a hablarles —dijo Chang.
—Sí, y a hablarles —asintió Julia.

—¿Quién sabe?
Todos miraron a Ellen.

—Tu intimidad con él es mayor —le dijo Michaelson—. ¿No puedes sacarlo de ese estado?

—Ante todo debo averiguar en qué anda —dijo Ellen—. Hasta ahora no abrió la boca.

Sabes que debes andar con sumo cuidado, pues ya te señalaron, y esa preocupación por la salud de tu mente puede ser fatal. Advirtieron tu confusión, y Ellen ya intenta sondear el origen de tus perturbaciones. Anoche estabas en sus brazos y ella te hacía preguntas, hábiles, indirectas, pero tú sabes bien qué es lo que trata de descubrir. Cuando salieron las lunas, ella sugirió dar un paseo por el complejo, entre los Devoradores que dormían. Te

negaste, pero ella percibe que tienes alguna relación con esas criaturas.

Reuniste pruebas por tu cuenta... con disimulo, o por lo menos eso es lo que crees. Y sabes que no puedes hacer nada para salvar a los Devoradores. La situación es irreversible. Nuevamente 1876: éstos son bisontes, éstos son Sioux; destrúyanlos, porque viene el ferrocarril. Si dices algo, tus amigos te aplazarán la furia y te corregirán la memoria, pues ellos no ven lo que tú ves. Si vuelves a la Tierra y lo proclamas, se burlarán de ti y te harán reconstruir una vez más. No puedes hacer nada. No puedes hacer nada.

No puedes salvar, pero quizá puedas registrar.

Vete a la pradera. Convive con los Devoradores; ofréceles tu amistad; aprende sus costumbres. Documentalo todo, cada detalle de su cultura, para que al menos eso no se pierda. Conoces las técnicas de la antropología de campo. En otras épocas alguien lo hizo por tu pueblo; hazlo tú ahora por los Devoradores.

Encuentra a Michaelson.

—¿Puedes arreglarte sin mí durante unas semanas? —le pregunta.

—¿Arreglarme sin ti, Tom? ¿A qué te refieres?

—Tengo que hacer unos estudios de campo. Me gustaría dejar la base y trabajar con los Devoradores en estado salvaje.

—¿Qué problema hay con los del complejo?

—Es la última oportunidad de estudiar a los salvajes, Mike. Tén go que ir.

—¿Solo, o con Ellen?

—Solo.
Michaelson asiente con lentitud.

—De acuerdo, Tom. Como quieras. Puedes ir. No voy a retenerte por la fuerza.

Danzo en la pradera bajo el sol verde-oro. A mi alrededor se congregan los Devoradores. Estoy desnudo; mi piel resplandece de sudor; mi corazón palpita con violencia. Les hablo con los pies, y comprenden.

Comprenden.

Tienen un lenguaje de sonidos tenues. Tienen un dios. Conocen el amor y el horror y el éxtasis. Tienen ritos. Tienen nombres. Tienen historia. No me cabe la menor duda.

Danzo en la hierba.

¿Cómo comunicarme con ellos? Con los pies, con las manos, con gruñidos, con el sudor. Se congregan por centenares, por millares. Danzo. No debo detenerme. Se apiñan a mi alrededor y emiten sonidos. Soy el conductor de fuerzas asombrosas. ¡Si me viera mi bisabuelo! Sentado en su porche de Wyoming, con el vaso de aguardiente en la mano y el cerebro destruido... ¡Mírame! ¡Mira la danza de Tom Dos Bandas! Mis pies hablan con seres extraños bajo un sol de otro color.

Danzo. Danzo. Danzo sin cesar.

—Escúchenme —les digo—. Les ofrezco mi amistad. No pueden confiar en nadie más. Confíen en mí, háblenme, enséñenme. Quiero preservar estas costumbres, porque la destrucción no tardará en llegar.

Danzo, y el sol sube, y los Devoradores murmuran.

Se acerca el jefe. Danzo hacia él, retrocedo, vuelvo, me inclino, señalo hacia el sol, imagino al ser que habita esa bola de fuego, imito los sonidos de esta gente, me arrodillo y me levanto. Esta es mi danza. Esta es la danza de Tom Dos Bandas.

Renacen en mí destrezas que mis antepasados olvidaron. Me inunda un torrente de energía. Como mis antepasados en los días del bisonte, danzo yo ahora, del otro lado del Río Bifurcado.

Danzo, y danzan también los Devoradores. Lentos, graves, vacilantes, se acercan a mí. Alzan las patas, o las piernas, contoneándose.

—¡Así! —grito—. ¡Así, dancen!

Nuestras danzas se hermanan bajo el sol del mediodía.

En sus miradas ya no hay acusación. Veo amistad y calidez. Soy su hermano, su hermano de piel roja, el que danza junto a ellos. Ya no me parecen torpes. Sus pesados movimientos revelan una gracia singular. Danzan. Danzan sin cesar. Hacen cabriolas a mi alrededor. ¡Más cerca, más cerca, más cerca!

mos a los indios, aniquilamos a todo el que se cruce en el camino, y luego venimos aquí y cometemos el mismo crimen. Ustedes no estuvieron conmigo. No danzaron con ellos. No pudieron apreciar la riqueza y la complejidad de la cultura de los Devoradores. Permítanme hablarles de su estructura tribal. Es muy densa: siete niveles de relaciones maritales, para empezar, y un factor exogámico que requiere...

—Tom, mi amor, nadie les hará daño a los Devoradores —dice suavemente Ellen.

—Y su religión —prosigue Tom—. Nueve dioses, cada uno de ellos un aspecto de *el* dios. Adoran el bien y el mal. Tienen himnos, plegarias, toda una teología. Y nosotros, los emisarios del dios del mal...

—No los estamos exterminando —interviene Michaelson—. ¿No lo entiendes, Tom? Es una fantasía tuya, nada más. Estuviste bajo influencia de las drogas, pero te estamos curando. En poco tiempo quedarás limpio. Verás de nuevo las cosas como son.

—¿Una fantasía? —dice amargamente—. ¿Un sueño provocado por la droga? Estuve en la pradera y vi cómo ustedes arrojaban cápsulas. Y vi cómo los Devoradores morían y se derretían. Eso no lo soñé.

—¿Cómo podremos convencerlo? —pregunta Chang con vehemencia—. ¿Qué debemos hacer para que nos creas? ¿Quieres que sobrevolemos juntos el país de los

Devoradores y te mostremos cuántos millones hay?

—¿Pero cuántos millones fueron aniquilados?

Insisten en que está equivocada. Ellen le repite que nadie tuvo jamás intención de dañar a los Devoradores.

—Esta es una expedición científica, Tom. Estamos aquí para estudiarlos. Atacar formas de vida inteligente es violar todos nuestros principios.

—¿Admiten que son inteligentes?

—Por supuesto. ¿Quién lo puso en duda?

—¿Entonces por qué les arrojan cápsulas? ¿Por qué los asesinan?

—Eso jamás ocurrió, Tom —le asegura Ellen. Le aferra una mano entre las suyas—. Créenos, por favor. Créenos.

—Si quieren que los crea —dice Tom con amargura, ¿por qué no hacen las cosas como corresponde? Traigan la máquina de corrección de memoria, y háganme un tratamiento. No pueden negar con meras palabras lo que yo vi con los ojos.

—Estabas drogado —alega Michaelson.

—¡Nunca usé drogas! Salvo lo que comí en la llanura, mientras danzaba... y eso fue después de ser testigo del exterminio durante varias semanas. ¿O me dirán que es una alucinación retroactiva?

—No, Tom —dice Schwartz—. Tu alucinación duró todo el tiem-

po. Es parte de tu terapia, de tu reconstrucción. Viniste aquí programado con eso.

—Imposible.

Ellen le besa la frente afiebrada.

—Se hizo para reconciliarte con la humanidad, ¿te das cuenta? Estabas resentido por el desplazamiento de tu pueblo en el siglo diecinueve. Eras incapaz de perdonar a la sociedad industrial por haber extinguido a los Sioux, y estabas lleno de odio. Tu analista pensó que si te hacían participar en un exterminio imaginario, si podías verlo como una operación necesaria, quedarías purgado de tu resentimiento y podrías ocupar tu sitio en la sociedad como...

Tom aparta a Ellen con violencia.

—¡No digas idioteces! Si supieras algo sobre terapia de reconstrucción, te darías cuenta de que ningún analista puede ser tan torpe. Durante la reconstrucción las correlaciones no son tan simples. No, no me toques. Apártate, apártate.

No les dejará convencerlo de que todo es sólo un sueño provocado por la droga. No es una fantasía, se dice, y no es una terapia. Se levanta. Sale. Nadie lo sigue. Sube a un helicóptero y busca a sus hermanos.

Danzo una vez más. El sol arde hoy con más fuerza. Los Devoradores son más numerosos. Hoy estoy pintado, hoy llevo plumas.

Mi cuerpo resplandece de sudor. Danzan conmigo, con un frenesí que no les conocía. Nuestros pies trepidan sobre la hierba aplastada. Nuestras manos tratan de aferrar el sol. Cantamos, gritamos, aullamos. Danzaremos hasta caer.

No es una fantasía. Esta gente es real, es inteligente, y está condenada. No me cabe duda.

Danzamos. Danzamos aunque la condena nos aceche.

Mi bisabuelo viene a danzar con nosotros. El también es real. Su nariz es como el pico de un halcón, no achatada como la mía; lleva una suntuosa tiara de plumas, y los músculos se le anudan bajo la piel oscura. Canta, grita, aúlla.

Otros antepasados míos se nos unen.

Juntos devoramos las plantas de oxígeno. Abrazamos a los Devoradores. Todos sabemos lo que es ser perseguido.

Las nubes emiten música, el viento adquiere textura, la tibieza del sol tiene color.

Danzamos. Danzamos. Nuestros miembros no conocen el cansancio.

El disco del sol se dilata y abarca todo el cielo; ya no veo a los Devoradores, veo sólo a mi propia gente, a los padres de mis padres, que pueblan los siglos, millares de pieles resplandecientes, millares de narices de halcón, y devoramos las plantas, y buscamos estacas y nos las clavamos en la carne, y la sangre dulzona bro-

Nos domina un sagrado frenesí. Ahora entonan un confuso himno de felicidad. Tienden los brazos, entreabren las minúsculas garras. Saltan al unísono, adelantan el pie izquierdo, el derecho, el izquierdo, el derecho. ¡Dancen, hermanos, dancen, dancen, dancen! Se apretujan contra mi cuerpo. De sus trémulas carnes emana un aroma dulzón. Con suavidad, me empujan por el campo hacia un prado de hierba alta e intacta. Sin dejar de bailar, buscamos las plantas de oxígeno, que abundan bajo la hierba; los Devoradores elevan sus plegarias y con los torpes brazos separan los cuerpos respiratorios de las espigas fotosintéticas. Las plantas, aturdidas, liberan mareas de oxígeno. Mi espíritu se expande. Río y canto. Los Devoradores mordisquean los globos de color limón, los tallos. Me ofrecen sus plantas. Se trata de una ceremonia religiosa. Toma lo nuestro, come con nosotros, únete a nosotros, éste es nuestro cuerpo, ésta es nuestra sangre, toma, come, únete. Me inclino y llevo a mis labios un globo de color limón. No muerdo; los imito a ellos: mis dientes desgajan la piel del globo. La savia me inunda la boca, el oxígeno me colma la nariz. Los Devoradores cantan hosannas. Yo debería estar cubierto con la pintura de mis antepasados, con sus plumas también, para que mi religión se confunda con la de estos seres en todas sus galas. Toma, come, únete. La savia de la planta de oxí-

geno me corre por las venas. Abrazo a mis hermanos. Canto, y la voz, al dejar mis labios, se transforma en un arco que reluce como el acero; canto en un tono más grave, y el arco es ahora de plata sin brillo. Los Devoradores se apiñan más cerca. Sus cuerpos despiden un olor purpúreo. Sus tenues relinchos son volutas de vapor. El sol arde con intensidad; los rayos tintinean y derraman un denso haz de sonidos rítmicos y sibilantes que vibran en el límite de mi oído. Me acuna el cántico profundo de la hierba, y el viento arroja fuegos sobre la pradera. Devoro otra planta de oxígeno, y otra más. Mis hermanos ríen y gritan. Me hablan de sus dioses: el dios de la cordialidad, el dios del alimento, el dios del placer, el dios de la muerte, el dios del bien, el dios del mal, y muchos otros. Me declaman los nombres de sus reyes, y yo percibo sus voces como salpicaduras de moho en la nítida página del cielo. Me inician en sus ritos sagrados. Debo recordarlo todo, me digo, pues cuando esto concluya no se repetirá jamás. Yo sigo danzando. Ellos siguen danzando. Las lomas se vuelven de un color áspero y rugoso, como si corriera sobre ellas un gas corrosivo. Toma, come, únete. Danza. ¡Son tan dulces!

De pronto escucho el zumbido del helicóptero.

Vuela muy alto. No puedo ver quién lo conduce.

—No —grito—. ¡Aquí no! ¡A esta gente no! ¡Escúchenme! ¡Soy Tom Dos Bandas! ¡Me oyen? ¡Estoy haciendo un estudio de campo! ¡No tienen derecho...!

Mi voz dibuja espirales de musgo azul aureoladas de chispas rojas, que se elevan y se dispersan en la brisa.

Grito, bramo, aúllo. Danzo y agito los puños. En las alas del helicóptero los disparadores de cápsulas abren sus fauces. Los resplandecientes grifos comienzan a girar, profiriendo un siseo metálico. Una lluvia de cápsulas neurales se derrama sobre la llanura; cada una de esas cápsulas inscribe en el cielo una estela ardiente. El ruido del helicóptero se transforma en un espeso tapiz que se extiende hasta el horizonte y devora mis gritos.

Los Devoradores se alejan de mí, buscan las cápsulas, arrancan las hierbas de raíz para encontrarlas. Sin dejar de bailar, salto entre ellos, les arrebató las cápsulas, las arrojo al arroyo, las pulverizo. Los Devoradores me gruñen agujas negras. Se vuelven y buscan más cápsulas. El helicóptero vira y se aleja; su sonido abre un surco adiposo en el cielo. Mis hermanos devoran las cápsulas con ansiedad.

No hay modo de impedirlo.

El júbilo los agobia, y caen presas del sopor. Ocasionalmente se les estremecen los miembros; luego, la quietud total. Comienzan a disolverse. Millares de ellos se derriten sobre la planicie; pierden

su forma esférica, se achatan, se confunden con el terreno. Los eslabones entre las moléculas se rompen. Es el crepúsculo del protoplasma. Mueren. Desaparecen. Recorro la pradera durante horas. Inhalo oxígeno, mordisqueo un globo de color limón. Unas graves campanadas anuncian la puesta del sol. Oscuros nubarrones lanzan unos trompetazos en el este, el viento es un torbellino de cerdas negras. Llega el silencio. Caen la noche. Danzo. Estoy solo.

El helicóptero vuelve, te descubren, y no ofreces resistencia. Estás más allá de la amargura. Con toda serenidad, explicas lo que has hecho y lo que has aprendido, y por qué no corresponde exterminar a esta gente. Describes la planta que comiste, su efecto sobre los sentidos, y mientras hablas de la dorada sinestesia, de la textura del viento, del estrépito de las nubes y del címbalo de la luz, asienten, sonríen y te aconsejan que no te preocupes, pues todo va a salir bien, y te aplican algo frío en el antebrazo, tan frío que es una vibración y un zumbido, y el desintoxicante entra en tus venas y te esteriliza de todo éxtasis, dejándose apenado y exhausto.

—Nunca aprenderemos —dices—, somos incurables. Exportamos nuestros horrores a las estrellas. Aniquilamos a los armenios, aniquilamos a los judíos, aniquilamos a los tasmanios, aniquila-

ta y se seca bajo el resplandor del sol, y danzamos, danzamos, y algunos caen agotados, y danzamos, y mi corazón es un trueno y mis rodillas son agua, y el sol me viste con su círculo de llamas, y danzo, y caigo, y danzo, y caigo, y caigo, y caigo.

Una vez más te descubren y te traen. Te aplican esa fría punta metálica en el brazo para extraer de tus venas la droga de la planta, y luego te dan algo para que descanses. Descansas y te notas muy sereno. Ellen te da un beso y rozas la tersura de su piel, luego entran los otros y te hablan, dicen cosas para calmarte, pero no los escuchas porque lo que buscas son realidades. No es una búsqueda fácil. Es como caer a través de muchas puertas trampas buscando esa habitación final cuyo piso no tenga bisagras. Todo lo ocurrido en este planeta es parte de tu terapia, te dices, planeado para reconciliar a un ren-

coroso aborigen con las conquistas del hombre blanco; aquí no se extermina a nadie. Lo admites y vuelves a caer y adviertes que ésta ha de ser la terapia de tus amigos; agobiados por el peso de siglos de culpa acumulada, han venido aquí para dejar esa carga, y tú estás aquí para aliviarlos, para asumir sus pecados y perdonarlos. Vuelves a caer y comprendes que los Devoradores son meros animales que atentan contra la ecología y deben ser eliminados; la cultura que imaginaste es una alucinación arraigada en tus exasperadas entrañas. Quieres deponer tus objeciones a este exterminio necesario, pero vuelves a caer y descubres que tal exterminio sólo existe en tu mente, perturbada por la voraz obsesión que te inflige el destino de tus antepasados, y te sientas, y quieres disculparte ante tus amigos, estos inocentes científicos a quienes acusaste de asesinos. Y vuelves a caer.

Título del original en inglés: Sundance

Traducción de Carlos Gardini